

Tedium Vitae

Papeles para la supresión de la realidad

AÑO 2003 No. 1

\$40.00

B. R. Myers: Manifiesto del Lector

Jerry Coiné: Jesucristo Intergaláctico

**Javier Ruiz de la Presa:
Gershwin o el Arte de la Seriedad**

John Sturrock: Le Pauvre Sokal

César Gilabert: Cómplices y Pederastas

Garry Wills: Curas y Muchachos

**Cristina Gutiérrez:
Iglesias del Éxito: Empresas Multinivel**

**J. M. Mercado Álvarez:
¿Por qué Legalizamos las Drogas?**

**Francesco Passolini:
Los Siete Pecados Capiales del Profesor Tapatío**

**Entrevista a José María Cantú:
Genoma Humano, el Nuevo Oráculo**

Tedium Vitae

Sumario

3	A Manera de Presentación	
4	Sacerdotes y Muchachos	Garry Wills
8	Gershwin o el arte de la seriedad	Javier Ruiz de la Presa
10	Jesucristo Intergaláctico	Jerry Coiné
13	Le pauvre Sokal	John Sturrock
15	Guía Para Salvase De Las Letras Fatuas	Burruchaga
15	Literatura Exponencial	Alberto García Ruvalcaba
17	Manifiesto del lector	B. R. Myers
28	Una vez perdidas todas las batallas	Alejandro Rozado
30	Los Siete Pecados Capitales del Profesor Tapatío	Francesco Passolini
32	Cómplices y Pederastas	César Gilabert
36	Iglesias del éxito: Empresas Multinivel	Cristina Gutiérrez Zúñiga
40	La Genética Predecirá Talentos y Enfermedades Entrevista al Dr. José María Cantú	Ricardo Muñoz Munguía
41	¿Por qué legalizamos las drogas?	Juan Manuel Mercado Álvarez

Tedium Vitae

Editores: Alberto García Ruvalcaba, Javier Ruiz de la Presa, Josué Valencia García / Secretaria: Sofía Díaz Muñoz / Consejo editorial: Francisco Ayala Varela, Alberto García Ruvalcaba, Alfonso Hernández Valdez, Eduardo Mar de la Paz, Sergio Ortiz, Javier Ruiz de la Presa, Josué Valencia García, Héctor Villalobos González / Diseño: Crea Taller Imagen / Para recibir el próximo número de esta revista, envía un mensaje con tu nombre, ocupación, edad y domicilio, a la siguiente dirección electrónica revistatediumvitae@yahoo.com.mx / En portada *Cielo de la Patagonia*, del argentino Oscar Bony, Posadas 1941-Buenos Aires 2002 / La opinión de nuestros colaboradores no siempre coincide con la editorial / Recibimos textos y comentarios en la siguiente dirección electrónica: revistatediumvitae@yahoo.com.mx ■

A MANERA DE PRESENTACIÓN

Esta pretende ser una revista de ensayo y reseña de libros. Su intención es doble. Por un lado dar lugar a investigadores y escritores locales a publicar los textos que por su extensión y pretensión no suelen tener lugar en nuestros periódicos o nuestras revistas de cultura, y que por lo tanto permanecen más o menos inéditos y fuera del alcance de sus lectores potenciales. Su segunda intención es traer al lector tapatío ensayos y reseñas de escritores extranjeros, que de otra manera sólo podrían encontrar en revistas como *THE ATLANTIC MONTHLY*, *THE NEW YORK REVIEW OF BOOKS*, *THE LONDON REVIEW OF BOOKS*, *PROSPECT*...

Sólo tres creencias compartimos quienes la cometemos. La primera es una fe distraída en la sintaxis de la claridad, de lo concreto. Nos gustan las ideas, pero más nos gustan cuando van acompañadas de datos, hechos, ejemplos. Preferimos la escritura *en minúsculas* y mejor aún si está alejada de la *jerga académica*. Los latinoamericanos propendemos a la grandilocuencia. Nosotros quisiéramos encontrar textos escritos en la tonalidad menor del *small talk*.

Si nuestra primera ortodoxia tiene que ver con la forma o el estilo de las colaboraciones, la segunda tiene que ver con los temas a abordar. Intentaremos publicar ensayos, debates, entrevistas, reseñas, más cercanos con el conocimiento (ciencias sociales, biológicas, físicas, filosofía, etc.) que con el divertimento literario. Es decir, el lector debería encontrar aquí más textos de no-ficción que literarios.

Nuestra última profesión de fe es menos precisa. Al tiempo convulsionado, el de los apremios de la sobrevivencia y las compulsiones de la abundancia (Gabriel Zaid *dixit*), nos gustaría oponer los apacibles valores de la simplicidad y la introspección. Ante la hegemonía de la imagen, fomentada por la cultura visual de las *webpage* y los *mass media* (que como en antaño no se dejan leer si no tienen monitos), y en una época que ha hecho dignas de admiración e imitación las reacciones exaltadas y traducciones pre-rationales del adolescente, no es extraño que la lectura que demanda concentración al lector, y sustentación y profundidad al escritor, se halle en peligro de extinción. Esta revista infinitesimal no quiere ser sino una molécula en contra de esa tendencia. Si el lector no comparte nuestros gustos, nos complacería al menos proveerle de sutiles instrumentos de tortura.

Un último comentario. Cualquier apología del tedio debería comenzar por intuir y reconocer que tras la corriente del tiempo acecha el hastío. Nos ocupamos y preocupamos por el temor a quedarnos quietos. La inacción, nuestro estado natural, es, paradójicamente, un estado *contra natura*. De todas las criaturas sólo el hombre es incapaz de soportar la monotonía. El hombre se agita, se mueve, porque huye del tormento de la inmovilidad, del vacío de la autocontemplación, del *horror vacui*. La exaltación, claramente un signo oprobioso de nuestra época, es quizás la forma más rústica de esta evasión. Pero como todo lo que trata de evitarse tarde o temprano termina por precipitarse, luego del frenesí de la acción, el hombre acaba por sucumbir al marasmo, al sopor, al entumecimiento. Inexorablemente se topa con el *tedio de la vida*. Las reacciones varían según los temperamentos. Algunos, más etéreos, más nerviosos, más metafísicos, hallan entonces la acidia, el *ennui*, el *spleen*, y se abandonan –sin consideración alguna para los demás– al *pathos* artístico. Otros, más sensatos y civiles, más benignos, encuentran simplemente el aburrimiento, el bostezo y, con un poco de suerte, un sillón mullido y un libro de Jared Diamond, Ernst Mayr... Esta revista quisiera estar en manos de cualquiera de ellos. A cambio de su indulgencia acaso podamos aspirar a ofrecerles, a la manera del ideario de Lichtenberg, nuevas vistas a través de viejos agujeros. ■

SOBRE ESTA PRIMERA ENTREGA

No es casual que la primera entrega de una revista que ha abrazado el ideal estoico de la *apathia* traiga hasta el lector textos hostiles a la fatuidad y al *pathos*. Contra la pretenciosa literatura contemporánea norteamericana arremete **B. R. Myers** en su artículo MANIFIESTO DEL LECTOR, aparecido originalmente en la revista *THE ATLANTIC MONTHLY*, y en el que el lector podrá contemplar cómo caen una a una las cabezas de Annie Proulx, Cormac McCarthy, Paul Auster, Don DeLillo y David Guterson. Asimismo hallará una inverosímil defensa de las *imposturas intelectuales* de Lacan, Deleuze et al. en el breve ensayo LE PAUVRE SOKAL, escrito por el consejero-editor de *THE LONDON REVIEW OF BOOKS*, **John Sturrock**. Una GUÍA PARA SALVARSE DE LAS LETRAS FATUAS, de la pluma amargada del escritor argentino **Burruchaga**, posiblemente sea de utilidad al lector, quien podrá también encontrar una ofensiva lanzada desde alguna trinchera cubicular de la Universidad de Chicago, por **Jerry Coíné**, en contra del matrimonio entre el cristianismo y la ciencia, titulada JESUCRISTO INTERGALÁCTICO, aparecida en *THE LONDON REVIEW OF BOOKS*. El prestigioso periodista católico **Garry Wills**, por su parte, nos propina un magnífico análisis de los argumentos que han surgido alrededor del escándalo de pederastia de la iglesia católica en los Estados Unidos, en su ensayo CURAS Y MUCHACHOS, publicado por la prestigiosa revista *THE NEW YORK REVIEW OF BOOKS*. Sobre el mismo tema, del Colegio de Jalisco, el investigador **César Gilabert** nos entrega su ensayo CÓMPLICES Y PEDERASTAS, en el que se pregunta si nuestro menosprecio por los débiles puede no ser sino una coartada para la impunidad de pederastas. La también investigadora **Cristina Gutiérrez** nos regala una inesperada imagen interior de las empresas de ventas multinivel en su ensayo IGLESIAS DEL ÉXITO. El investigador del futuro **Juan Manuel Mercado Álvarez**, explica en el año 2027 ¿POR QUÉ LEGALIZAMOS LAS DROGAS? y nos asesta 37 RAZONES DE NUESTRA DERROTA EN LA GUERRA CONTRA LAS DROGAS. El filósofo tapatío **Javier Ruiz de la Presa** colabora con un ensayo que linda con la apología de la seriedad propugnada por Susan Sontag, titulado GERSHWIN O EL ARTE DE LA SERIEDAD. Desde las desventuras del aula **Francesco Passolini** nos informa de los SIETE PECADOS CAPITALES DEL PROFESOR TAPATÍO. El escritor **Alejandro Rozado** colabora con un ensayo titulado UNA VEZ PERDIDAS TODAS LAS BATALLAS, en el que aborda la dimensión histórica el poemario *Salamandra* de Octavio Paz. El periodista **Ricardo Muñoz Munguía** entrevista al genetista José María Cantú, quien aventura algunas predicciones sobre la utilización del conocimiento del genoma humano. ■

Sacerdotes y muchachos

Garry Wills

The New York Review of Books©
Traducción Cecilia Gómez Bobadilla

Garry Wills, prestigioso periodista católico norteamericano (premio Pulitzer 1993), pasa revista y refuta los argumentos con que se trata de atenuar el escándalo de pederastia que envolvió a la iglesia católica de aquel país. La revista norteamericana The New York Review of Books nos permitió traducirlo y reproducirlo aquí.

Libros reseñados:

Intimate Enemies: Moral Panics in Contemporary Great Britain. Por Philip Jenkins. Aldine de Gruyter, 275 pp.

Beyond Tolerance: Child Pornography on the Internet. Por Philip Jenkins. New York University Press, 290 pp.

Pedophiles and Priest: Anatomy of a Contemporary Crisis. Por Philip Jenkins. Oxford University Press, 214 pp.

Harmful to Minors: The Perils of Protecting Children from Sex. Por Judith Levine, con prólogo de la Dra. Joycelyn M. Elders. University of Minnesota Press, 299 pp.

Goodbye, Good Men: How Liberals Brought Corruption into the Catholic Church. Por Michael S. Rose. Aquinas, 276 pp.

Philip Jenkins fue siempre un oscuro historiador, pero en 1996 los católicos reaccionarios lo encumbraron de la noche a la mañana. Jenkins comenzó su carrera como profesor de derecho penal en la Universidad Estatal de Pennsylvania, y se especializó en echar por tierra las teorías de supuestas “oleadas de crímenes”. En revistas especializadas en criminología escribió cuatro artículos sobre lo que considera el miedo injustificado que en Inglaterra se le tiene a los asesinos en serie. (1)

En *Intimate Enemies. Moral Panics in Contemporary Great Britain*, libro que publicó en 1992, ofrece un amplio análisis de su visión respecto a los temores que se han “construido” para encubrir la “cacería de brujas” por satanismo, violación, incesto, pedofilia, pornografía infantil, homosexualidad y consumo de drogas. Los “promotores de la moralidad” le fabrican una “amenaza imaginaria” a cada caso; es su forma de hacer “política simbólica”.

En la mayoría de los casos, afirma Jenkins, estos pánicos están interconectados. “Entre los activistas que ya han explotado con éxito un asunto determinado, existe la tendencia natural a emplear una retórica similar y los mismos ejemplos en otra causa relacionada”. A este fenómeno lo denomina “la convergencia del problema”. Así, las feministas se sirven de la violación, los asesinatos en serie, el abuso infantil y la pornografía para promover su movimiento. Al gobierno se le induce a que asuma el control sobre estas amenazas inexistentes, con lo cual éste crea sus propias amenazas al reprimir sobre la base de la histeria colectiva. El temor británico a la pedofilia, por ejemplo, representa “un ataque más o menos encubierto a los derechos de los homosexuales”. Cuando la pedofilia se complicó e incluyó a niños de la religión anglicana, el resultado fue el surgimiento de una “poderosa imagen anticlerical”.

Después de haber establecido ya sus normas liberales y permisivas, Jenkins hizo una excepción en su libro *Beyond Tolerance*, publicado en 2001. Aun después de haber criticado fuertemente el pánico a la pornografía infantil, fue él mismo quien descubrió una forma de verdadera explotación a través de Internet—la filmación de actos sexuales con niños preadolescentes. Pero no quiso proscribirlos, pues

invitar al gobierno a ejercer su control es invitarlo a ejercer la represión —las leyes actuales sobre pornografía infantil, por ejemplo, amenazan la representación legítima de la sexualidad adolescente, como se dio en *Lolita* o en *American Beauty*. Sólo China y Birmania han logrado suprimir por completo la pornografía infantil, suprimiendo la libertad.

Jenkins considera que todo este pavor al abuso infantil es el resultado de confundir dos cosas diferentes, ambas designadas por el mismo nombre: pedofilia. Para él, la verdadera pedofilia (amar a un niño) se refiere a los preadolescentes. No está a favor, pero argumenta que restringirla puede amenazar a otro tipo de acto sexual muy diferente, aquel con post-adolescentes, al que denomina efebofilia (amar a un muchacho). Sostiene que las leyes que castigan la violación no deben denigrar el amor adolescente, pues no hay nada en la naturaleza (en oposición a las costumbres y tradiciones) que niegue la fuerza del consentimiento sexual de adolescentes muy jóvenes. En los Estados Unidos, “desde el periodo colonial hasta el siglo XIX, se consideró que las niñas de 10 años estaban ya en la edad de la madurez y el consentimiento sexual”. Es difícil distinguir si hay o no pornografía adolescente en la publicidad de *Gap* y en Internet en general, a cuyos efectos benéficos Jenkins reacciona con lirismo pues la contrasta con el falso preciosismo de la pornografía que aparece en los principales medios.

Podríamos argumentar que las

características altamente democráticas y de fácil acceso a la sexualidad por Internet, reeditan en un beneficio social al presentar gente común y corriente, con defectos e imperfecciones, en vez de distorsionar e idealizar imágenes como por mucho tiempo lo han hecho las revistas y las películas con clasificación para adultos.

Jenkins hace notar que incluso mujeres planas o muy gordas se han convertido en estrellas porno a través de Internet, lo que ha cambiado los estándares de belleza “de una manera que muchos críticos catalogarían de positiva”, ya que vuelve la indecencia de *Playboy* más igualitaria al ofrecer la imagen de cualquier vecina. Internet nos acerca a la imagen del tipo que vemos por ahí todos los días, lo cual, según Jenkins, es un gran avance.

¿Cómo fue que este adulator de la pornografía y del amor a los muchachos se convirtió en el héroe de los católicos disidentes? El hombre que dedicó su vida profesional a denunciar el oportunismo de quienes crean pánicos, se convirtió el mismo en el oportunista del anti-pánico. Pasando por alto todas las demás cosas que dice y todas las razones que tiene para decirlas, las publicaciones católicas se apegaron a lo que de su libro *Pedophiles and Priests* [Pedófilos y Sacerdotes], publicado en 1996, les resultó útil. Este libro le asignó a la iglesia católica norteamericana los mismos preceptos que aplicó a seglares y anglicanos en Inglaterra. Para él todos los pánicos son artificiales; sólo se tiene que aplicar el principio *cui bono* [expresión

latina que significa: ¿Quién saca provecho?] y ver quién fabrica el pánico. Los principales villanos en la crisis de los curas pedófilos de la década de los noventa fueron los anti-católicos, los abogados codiciosos, los magistrados y funcionarios con ansias de fama; periódicos sensacionalistas, terapeutas en espera de clientes y feministas en busca de apoyo a su “teología del abuso”. Jenkins parece no tomar nunca en consideración la posibilidad de que el pánico no haya sido fabricado, o que pudo haber muchos factores que más bien impidieron, y no tanto que promovieron, que se revelaran los vicios de los sacerdotes. En la cultura norteamericana está muy enraizada la renuencia a juzgar, denunciar o exponer a los sacerdotes.

Los defensores de los obispos norteamericanos han promovido con beneplácito las afirmaciones de Jenkins en cuanto a que todo lo que hay en el fenómeno de los curas pedófilos no es más que mala fe por parte de quienes lo “explotan”. Incluso han sostenido que su testimonio tiene mucho más vigor y no es interesado, pues Jenkins no es católico. Gracias a su ayuda pudieron eliminar o por lo menos minimizar el “pánico” y esto le permitió al Cardenal Bernard Law continuar enviando a los curas difamados a parroquias ordinarias, con los resultados que ya hemos visto tanto en Boston como en otros lugares. Cuando en los años noventa el Cardenal Law invocó el juicio de Dios en *The Boston Globe*, estaba asumiendo a su manera la misma técnica de ataque de Jenkins a “los intereses políticos de los activistas y de grupos que utilizan los medios para proyectar sus muy particulares interpretaciones de la crisis putativa”.

CACERÍA DE BRUJAS

A pesar de los malos resultados que se obtuvieron bajo el liderazgo de Jenkins en la última década, algunos conservadores siguen empleando sus métodos para responder a la situación actual. Robert Novak, comentarista del programa de televisión *Crossfire*, repitió que los católicos liberales atacan al Cardenal Law por su intransigente oposición a la contracepción—dedicarle tanta atención a las opiniones de Law es un misterio, pues la gran mayoría de los católicos (más del 80% según algunas encuestas) las desoye. La extraña conspiración liberal en contra de Law ha provocado que muchos católicos conservadores le pidan que renuncie—William Buckley, William

Bennett, Patric Buchanan y Hill O'Reilly, entre otros [y que terminó haciéndolo en diciembre del 2002. N.T.]. También el sindicato de la derecha extrema, el *Union Leader* de Manchester, ha solicitado la renuncia del Obispo de New Hampshire, John McCormack, porque éste ha colaborado con Law en la reubicación de los pedófilos acusados. Otros piensan que se necesita una "agenda" liberal para poder atender a la juventud que ha sufrido el abuso sexual ("Agenda" es la imprecación en boga—quien quiera que diga tener una, queda inmediatamente descalificado para expresar opinión alguna. Parece ser que sólo vale la pena escuchar a aquel que no lleva rumbo o que no tiene un plan al cual adherirse).

De hecho, se pensaba que gran parte de los defensores del Cardenal Law no eran conservadores. En la publicación *Commonweal*, antes liberal, apareció una editorial contra el pánico redactada en un estilo totalmente jenkiano, en la que se le compara con "la cacería de brujas anti-comunista de principios de la década de los cincuenta" (2). Peter Steinfelds, editor en religión de *The New York Times*, casado a su vez con la editora de *Commonweal*, escribió en su periódico que el Cardenal Law realizó un buen trabajo de limpieza durante los años noventa, al sacar a todos los curas pedófilos; pero cometió el error de no publicitar su acción, con lo cual dio a los abogados la oportunidad de "inflar los cargos y utilizar los medios noticiosos para jugar con los temores y prejuicios de la gente y así avergonzar a la iglesia desde sus cimientos" (3). Kenneth Woodward, ex-católico liberal y editor de *Newsweek*, le dijo a Don Imus que los abogados que se especializan en la defensa de las supuestas víctimas, deberían sentir vergüenza cuando les dicen a sus hijos cómo se ganan la vida.

El ofuscamiento en torno a la reputación de los acusadores parece ir más allá de la encomiable preocupación por los derechos de los acusados y omite el hecho de que fue sólo a partir de las demandas presentadas por las víctimas del abuso que la iglesia se ha visto obligada a revelar lo sucedido. El Cardenal de Los Ángeles, Roger Mahony, últimamente se ha vanagloriado del exhaustivo plan que instituyó el año pasado para investigar y exponer la pedofilia. Se olvida de mencionar que su detallado plan de once puntos le fue impuesto a una diócesis renuente cuando la víctima

de uno de los sacerdotes impuso esa condición al momento de entablar su demanda (4). No obstante, se le reconoce el hecho de que no juzgue a la crisis de artificial—pero sólo porque la presión legal le obligó a implantar lo que ahora denomina su posición iluminada. Tanto Woodward como Steinfelds deben, por la lógica de su posición, reparar en que el Cardenal se ha unido a la "cacería de brujas".

Es fácil, claro, estigmatizar a los abogados; los principales despachos han aceptado casos de supuesto abuso sexual, pero también ha habido otras oficinas legales pequeñas que se han aventurado a trabajar con estas demandas, pues las posibilidades de derribar a la Iglesia habrían parecido mínimas. Sylvia Demarest, abogada, participó en el difícil caso que en 1997, en Dallas, sentó bases sin precedentes; ella conoció a las víctimas y a sus familiares. En ese caso, el jurado se enfureció tanto con lo que tomaron por mentiras del obispo que le enviaron una nota admonitoria e indemnizaron a las víctimas de los sacerdotes por 119 millones de dólares. Cuando la diócesis alegó que la penalidad era demasiado alta, las víctimas estuvieron de acuerdo en recibir sólo una cuarta parte de lo que se les debía. Hay que recordar, no obstante, que cuando se ha tratado de sumas muy grandes, los obispos han propuesto llegar a acuerdos privados para evitar que los jurados expresen sus puntos de vista y exijan incluso penalidades más elevadas. Al incluir al silencio como parte de la negociación, se mantiene toda la cuestión en secreto. Esa fue la dinámica que empleó el Cardenal Mahony para acordar políticas nuevas y también para determinar la suma de dinero.

Hay razones para temer falsas acusaciones, como sucedió en las guarderías en donde se involucró a niños muy pequeños pero con capacidad de "recordar". Sin embargo, muchas de las acusaciones en contra de sacerdotes no se refieren a niños que recuerdan, sino más bien a adolescentes que se enfrentan a la vergüenza y las amenazas que la Iglesia les evoca. La amplia revisión que se ha efectuado recientemente de casos de pedofilia en general sugiere que un 5% de las acusaciones han probado ser falsas (5); pero se trata de una encuesta hecha tanto a niños como a niñas, víctimas igualmente de abusadores laicos o clericales. Es posible que el número de acusaciones falsas sea inferior en los casos referentes sólo a varones,

en los que se ejerce presión ante la resistencia o ante la revelación, cuando hay una autoridad religiosa de por medio. Por otra parte, los familiares no creen que dicha autoridad pueda errar, y al mismo tiempo hay un fuerte prejuicio cultural a aceptar el abuso sexual por un perpetrador del mismo sexo. Michael Dorais sostiene que este último factor inhibe a las víctimas de hombres y les impide hablar aún en los casos en los que la religión no es parte del delito. También pone énfasis en la importancia psicológica de llegar a un acuerdo financiero como forma social de endoso y de que se ha validado la denuncia. Es importante que alguna autoridad legitime su situación, pues sería muy raro que un pedófilo lo hiciera—y es peor en el caso de los abusos perpetrados por sacerdotes, pues la jerarquía les prohíbe admitir o disculparse si no hay coerción legal. Muchos padres de niños maltratados solicitaron únicamente una disculpa y la dimisión del sacerdote—y algunos sólo entablaron demanda cuando encontraron que la disculpa era mínima o vacua, y que la prometida dimisión no se había cumplido. Dorais escribió: "Ciertamente, la compensación material no aminora el dolor interno, pero puede permitir buscar la asistencia que ayude a la víctima a encarar lo que le está sucediendo. Muchas víctimas del abuso sexual sienten que no se ha hecho ni se hará nada por ellos. Paradójicamente, si quieren voltear la página primero deben reconocerse como víctimas."

LA VERDADERA PEDOFILIA

Los defensores de la jerarquía siguen confiando en *Pedophiles and Priests* de Jenkins, porque les gusta la distinción que éste hace entre pedófilos y efebófilos. Kenneth Woodward, en sus tantas apariciones en la televisión, no se cansa de remarcar la importancia de tal diferenciación. Si la pedofilia "verdadera" se refiere únicamente al abuso sexual en pre-púberes, automáticamente se reduce el número de sacerdotes a los que se les puede acusar de pedófilos. Aquellos que "sólo" atacan a adolescentes parecen mucho menos monstruosos y—en cierto modo—dignos de perdón. Como lo mencionó en Roma el Cardenal de Chicago, Francis George, hay diferencias entre un pedófilo y un sacerdote quien "quizá bajo el influjo del alcohol se enreda con una joven de 16 o 17 años, que le corresponde en su amor" (7). Jenkins escribe: "En la ley de la Iglesia Católica, la edad

del consentimiento sexual es a los 16 años, y no a los 18 como lo consideran la mayoría de las jurisdicciones norteamericanas".

Como los defensores de los obispos están armando gran alboroto con la diferenciación entre pedofilia y efebofilia, vale la pena dedicarle un momento a este asunto lingüístico. La palabra en cuestión proviene del griego *pais*, cuya raíz es *paid* (niño), como en enseñanza infantil (*paideia*). Es la misma palabra que se emplea en "pediatría" (curación infantil) y en "enciclopedia" (círculo de enseñanza infantil), por lo que William Safire sugiere que deberíamos pronunciar "*peedofilia*", pero de ser así deberíamos también pronunciar "peedante" y "peedagogo". Aquí no hay regla de pronunciación, es sólo una regla de uso. En su obra *Intimate Enemies*, Jenkins trata de distinguir entre pedófilos y pederastas (o *peederastas*)—este último como término alternativo para efebófilo. En el fenómeno griego que nos brindó tanto las palabras como los conceptos, no se encuentra la justificación a esta diferenciación. Los griegos empleaban los términos *pederastia* y *paidofilia* como sinónimos exactos, para referir el interés por los *adolescentes*. No tuvieron, por lo tanto, necesidad de emplear el término "efebófilo", que es de acuñación moderna y debería desecharse.

Para los griegos, el chico adolescente objeto de amor podía ser un *philos* (ser querido), o igualmente un *ero menos* (ser amado); ambas palabras referían a adolescentes. Theognis designa al chico amado como *philos* y al amante como *paidophile*, y a la relación entre ellos dos como *philia*. La palabra *pais* no significó "niño" (para lo cual estaba *paidio*), sino *mozo* (en ocasiones *doncella*), aquel capaz de adquirir *paideia*, el niño porquerizo capaz de criar puercos (*La Iliada* 21.282), de tener relaciones sexuales (*Lysistrata* 595), de ser quien sirve el vino a Zeus (Ganimedes). La palabra incluso se utilizó igual que *garçon*, para referir a un sirviente de cualquier edad—con el mismo uso peyorativo de "*boy*" para apelar a un hombre de color en el Sur de Estados Unidos, o de "*lad*" (mozo o mozalbete), para un subordinado.

Se dice que algunos terapeutas modernos limitan la pedofilia al acto sexual que se lleva a cabo con pre-púberes, lo cual puede ser útil para diferenciar las formas de tratamiento. Pero éste no es el significado de

pedofilia ni en la historia ni en la cultura en un amplio sentido. En su libro *Priests and Pedophiles*, Jenkins declaró que el *National Catholic Reporter* comenzó a denominar “pedófilos” a los sacerdotes que han tenido sexo con adolescentes, como parte de su retórica de degradación (8). Esta palabra no es un invento malicioso—es empleada incluso por quienes abogan por el amor a un muchacho; véase como ejemplo lo que Harris Mirkin expresamente llama “pedofilia” en su artículo (9). Las evasivas retóricas son aquí posesión de Jenkins.

Hay que aceptar que existe una diferencia entre el sexo con un joven antes y después de la pubertad. Para la instancia legal, en ambos casos se trata de sexo con un menor de edad, pero la coerción ejercida a un niño es mucha y el adulto en cuestión obviamente es un enfermo. Sin embargo, el daño no necesariamente es mayor. El sexo con un niño, atroz como suena, puede constituir para él la parte inexplicable de un mundo que no se conecta a otras realidades. Los psicólogos infantiles señalan que los niños pueden aprender mucho y muy rápido porque son inexorablemente eficientes para desechar la información que no les es de utilidad (10). Pero Michael Dorais, en su detallado estudio en niños maltratados, argumenta que el abuso a adolescentes es especialmente confuso, pues ocurre en el momento en que se cuestiona la identidad,

cuando las normas no han quedado del todo claras y siempre queda la sombra de la culpa. Todo ello lo conectan a sus otras realidades, ya en sí misteriosas. Aquellos que proclaman que la mayoría de los delitos perpetrados por sacerdotes han sido en contra de adolescentes, aceptan de hecho que el recuerdo de éstos es válido, pues es mucho más cuestionable lo que se recuerda (digamos) de la temprana infancia.

La culpa y la inhibición han formado parte de la esencia de los muchachos criados bajo el cobijo de la cultura católica de la ignorancia sexual y el pecado. La monjas se rehusaban a hablar de sexo si no era para amenazar y los sacerdotes lo juzgaban mecánicamente en los confesionarios. La ignorancia del sexo en la cultura católica nos alcanzó a mí y a mi entonces prometida en 1959, cuando el sacerdote de nuestra parroquia nos ordenó asistir a una “plática prenupcial”, que es un curso de preparación para el matrimonio impartido por una pareja laica. En él se nos separó por género y se nos habló de “las verdades de la vida” como si nosotros no supiéramos nada del sexo. Al grupo masculino se le aconsejó ser tierno, cariñoso y halagador con su esposa, ya que eso era lo único que ella obtendría—las mujeres son incapaces para el orgasmo. Mi esposa y yo teníamos veintitantos años y nos burlamos de esta estupidez oficialmente patrocinada; lo mismo

le ocurrió a los de 18. ¿Bajo qué tipo de ignorancia y qué cultura puede un sacerdote depredador relacionarse con un muchacho de 15 años?

Lo que más impacta de los casos que se han revelado últimamente no es el número de sacerdotes católicos que han abusado de niños—bastante desmoralizador en sí—sino la repetida facilidad con la que estos depredadores (sin importar el número) vuelven a acometer en contra de una población vulnerable de niños católicos que han sido desarmados por la benignidad de una instrucción, o por la falta total de instrucción sexual. Decir que esto no es tan grave pues no se trata de “verdadera pedofilia” es una violación y otro abuso más sobre las víctimas.

VÍCTIMAS QUE CONSIENTEN

Quienes (como Kenneth Woodward) favorecen esa falsa categorización en efebófilos, pueden caer en la tremenda tentación de culpar a las víctimas argumentando que, a diferencia de los niños, a ellos debe conferírseles un cierto grado de aceptación de lo que se les hace. El Cardenal George limitó las acusaciones de un caso la complicidad entre un sacerdote y una chica de 16 años, pero un monseñor en Dallas que ayudó a transferir a un cura de una parroquia a otra, llegó más lejos. El Padre Robert Rehkemper dijo de las víctimas: “Ellos... sabían ya discernir entre lo bueno y lo malo... Quienquiera que alcance la edad de

la razón comparte la responsabilidad de sus actos, por lo tanto todos somos responsables una vez que cumplimos 6 o 7 años”—edad en la que los niños católicos son ya considerados lo suficientemente responsables para admitir sus propios pecados en el confesionario (11). Este monseñor es más permisivo que Jenkins mismo, quien por lo menos a los pre-púberes los deja fuera del sexo conscientemente aceptado, pero algunos apologistas del catolicismo apoyan tentativamente la opinión que Jenkins tiene sobre el consentimiento de los menores—posición que algunos defienden enérgicamente. Judith Levine, igual que Jenkins, descarta “el pánico pedofílico” en su libro *Harmful to Minors*. Estudia ampliamente el caso de una chica de trece años que conoció por Internet a un hombre de 20 años, se enamoró, se fugó y sigue con él a pesar de que sus padres lo demandaron, lo hicieron enjuiciar y lo encarcelaron, en un caso donde este muchacho bien pudo haber sido la víctima de un sexo no tan voluntario como fue el de ella. Levine presenta, aunque de manera indirecta y discreta, que el hombre en cuestión no había sido capaz de mantener un trabajo estable, que ya había concebido dos hijos mediante una relación de abuso, que ya tenía un historial médico de perturbaciones mentales y una “abultada lista de antecedentes (penales) en su contra”. Ella considera que todo esto mitiga más que agrava, el hecho de que, a pesar de



los nueve años de diferencia, la “edad emocional e intelectual” de él es muy cercana a la de ella. Levine considera que los padres cometieron un error al procesar a estos Romeo y Julieta y al “satanizarlo” a él, tratándolo de monstruo—como si ellos no tuvieran la responsabilidad de salvar a su hija de las consecuencias de semejante elección. Cuando en una entrevista para *Salon* se le preguntó que haría ella si tuviera una hija en tal situación, Levine respondió que utilizaría el método de la persuasión.

Aunque Levine es muy buena para ciertos aspectos del comportamiento social frente al sexo—especialmente en cuanto a los absurdos del éxito republicano al equiparar la educación sexual con su promoción de la abstinencia en las escuelas públicas—ella busca sus evidencias de manera muy selectiva. Después de decirnos que escucharía a los jóvenes y trataría de averiguar qué quieren realmente, descarta igualmente una encuesta en la que se demuestra que las mujeres se arrepienten de haber iniciado las relaciones sexuales a edad temprana. Según Levine, esto nada más demuestra cómo nuestra cultura impone sentimientos de culpa donde no debe haberlos. Eso es escuchar demasiado.

Harris Mirkin justifica la denominación directa de pedofilia, argumentando que tanto los derechos de las mujeres como la homosexualidad fueron una vez considerados no naturales, pero después fueron aprobados, así que a la larga lo mismo ocurrirá con la pedofilia. También podríamos argumentar que hubo un tiempo en el que el incesto y el asesinato fueron considerados no naturales y que por lo tanto, a la larga, pueden volverse respetables. De nuevo, hay que preguntarse qué hacen los católicos conservadores. Una de las respuestas es que Philip Jenkins los guió, pues pareció ofrecerles a los sacerdotes una salida a las acusaciones de pedofilia. Aparentemente se ha avanzado un paso al permitir a los sacerdotes practicar el sexo con parejas que lo “consientan”, no con niños indefensos. Siguen haciendo las cosas mal, pero ya no son monstruosos.

Hay que admitir la posibilidad de que un adolescente ya no tan joven, que es homosexual, se enrede en una relación de amor con un hombre mayor, pero la disparidad del poder de cada uno siempre cuestionará la calidad de consentimiento por parte

del muchacho y la responsabilidad amorosa por parte del adulto, especialmente donde hay una autoridad religiosa en cuestión. Las objeciones al sexo entre estudiante-maestro o entre empleador-empleado, donde el empleado ya es un adulto, conllevan una cierta fuerza—pero no necesariamente la fuerza que hay entre sacerdotes y muchachos. Además, los casos aquí tratados son casos en los que los demandantes proclaman cierto grado de coerción, no de un amor basado en la confianza.

LA AMENAZA HOMOSEXUAL

Una segunda tentación en la que pueden caer los conservadores que adoptan a la efebofilia como estrategia—después de culpar a la víctima—es la tendencia a pensar que la homosexualidad desemboca en el abuso a menores. Si los adolescentes ya son capaces de decidir si aceptan o no ¿cuál es el daño? Los conservadores se han apresurado a responder que el sexo en sí no es malo, es más bien el sexo con alguien del mismo género lo que es malo. Según ellos, la actividad sexual de un adulto o de un adolescente es perversa si se trata de una actividad homosexual. Para poder culpar a los homosexuales, algunos atribuirán el abuso al alto número de éstos dentro del sacerdocio. Esto le da al asunto un aire de conspiración en los círculos del ala derecha. Michael Rose, en *Good-Bye, Good Men*, discurre que los homosexuales están desmantelando el sacerdocio en los seminarios; que ellos quieren destruir las doctrinas de la iglesia no sólo en materia sexual sino en otras creencias también.

Hay católicos más ecuanímenes, como Avery Dulles, que proclaman que durante los endemoniados años sesenta, se admitió a radicales y homosexuales en los seminarios, pero que la dirección conservadora del actual Papa va remediando lentamente la situación (12). Sin embargo, Rose nos pinta un cuadro en el que se sigue rechazando a candidatos bondadosos y leales en los seminarios. Ambos, tanto los conservadores histéricos como los más calmados se imaginan que hay una pila de gente entre la población católica que no está de acuerdo con el 80% restante, es decir, que rechazan las enseñanzas del Papa. También pasan por alto que muchos de los pedófilos aprehendidos ingresaron al seminario antes de los años sesenta.

No hay razón para pensar que la

homosexualidad en sí, más que la heterosexualidad, convierta a un hombre en un abusador de niños, pero la presión para encubrir el abuso por parte de sacerdotes es mucho mayor en la Iglesia Católica que en la vida secular, o que en cualquier otra religión que no condena la homosexualidad. Otras denominaciones cristianas han debatido abiertamente la inclusión de homosexuales a su ministerio y algunas incluso ya los han aceptado como pastores. Este tipo de discusión abierta ha quedado frustrada entre católicos pues el Vaticano ha condenado duramente toda actividad homosexual, provocando que los sacerdotes homosexuales vivan furtivamente y participen en el encubrimiento de ciertas acciones obligados por la jerarquía.

El escándalo actual no es un escándalo sexual, es un escándalo de deshonestidad. Abarca lo que describí hace dos años como “estructura del engaño” en mi libro *Papal Sin*. Hasta que la jerarquía “salga limpia”—ante sí, ante los fieles, ante el mundo—el instinto por la culpa artificiosa y la denuncia equitativa y justa se interpondrá entre ella y todo aquello que ella proclama profesar. El problema no es con la Iglesia, ni con gente de Dios, sino con quienes proclaman ser la Iglesia, al interior de una estructura porosa, llena de pretensiones, de hipocresía y evasión. El corazón de la verdadera fe, el sentido común de la feligresía y la profunda creencia en salvaguardar las verdades del credo, resurgirán más sólidas después de que toda esta parafernalia de mentiras colapse. ■

Garry Wills es periodista católico, premio Pulitzer 1993.

Notas.

1. “Myth and Murder: The Serial Murder Panic of 1983–1985,” *Criminal Justice Research Bulletin*, Vol. 3 (1988); “Serial Murder in England, 1940–1985,” *Journal of Criminal Justice*, Vol. 16 (1988); “Sharing Murder: Understanding Group Serial Homicide,” *Journal of Crime and Justice*, Vol. 13 (1991); “Changing Perceptions of Serial Murder in Contemporary England,” *Journal of Contemporary Criminal Justice*, Vol. 7 (1991).
2. “The Whole Story,” *Commonweal*, Abril 5, 2002.

3. Peter Steinfelds, “Beliefs,” *The New York Times*, Febrero 9, 2002.

4. William Lobdell, “Diocese’s Policies Reflect Settlement,” *Los Angeles Times*, Abril 28, 2002.

5. M.D. Everson and B.W. Boat, “False Allegations of Sexual Abuse of Children and Adolescents,” *Journal of the American Academy of Child and Adolescent Psychiatry*, Vol. 28 (1989), pp. 230–25.

6. Michel Dorais, *Don’t Tell: The Sexual Abuse of Boys* traducido por Isabel Denholm Meyer (McGill-Queen’s University Press, 2002), pp. 42–48.

7. Catherine Caporusso Harman, “NOW Shoots First,” *Chicago Tribune*, Abril 27, 2002.

8. Jenkins repitió esta misma acusación en contra de *The National Catholic Reporter* en un artículo en el *Wall Street Journal* (26 de marzo, 2002), “The Catholic Church’s Cultural Clash.”

9. Harris Mirkin, “The Pattern of Sexual Politics: Feminism, Homosexuality, and Pedophilia,” *Journal of Homosexuality*, Vol. 37 (1999), pp. 1–24.

10. Alison Gopnik, Andrew N. Meltzoff, Patricia K. Kuhl, *The Scientist in the Crib: Minds, Brains, and How Children Learn* (Morrow, 2000), pp. 45–52.

11. Ed Housewright, “Parents of Abused Boys Share Blame in Kos Case, Ex-Diocese Official Says,” *Dallas Morning News*, 8 de Agosto, 1997.

12. Avery Dulles, S.J., “The Jesuit Enigma,” *First Things*, Abril 2002.

George Gershwin o Jacob Gershovitz –de ascendencia judío-polaca según su acta de bautismo– es, probablemente, para la música lo que Alan Stuart (mejor conocido como ‘Woody Allen’, también judío) es para la cinematografía americana en este siglo: ambos hicieron de un género ligero algo realmente *serio*. Gershwin llevó al *Metropolitan* (como haría después Beny Goodman) un género nacido en las calles y a caballo entre la obra maestra y la música de barrio (a veces incluso de arrabal). ¿Cómo hacer del vecindario un lugar atractivo para los turistas? En cierto modo la vida de Gershwin es el intento de responder a esta pregunta, como lo es también, sólo que 60 años después, *West Side Story* de Leonard Bernstein. Pero lo es de un modo extraño: con una pasión intensa que logra romper las distinciones entre la música blanca y la negra en un Estados Unidos todavía intolerante con el color de la piel a pesar del tiempo transcurrido ya desde la Guerra Civil.

Gershwin (nacido hace poco más de un siglo, el 28 de Septiembre de 1898) es el equivalente en Norteamérica –se ha dicho más de una vez– de lo que representan Bartok o Kodaly en Europa. Acaso, incluso es más próximo a Liszt en su gusto por utilizar temas *aparentemente* populares y elevarlos a la categoría de música culta. Es también uno de los creadores del llamado “Jazz sinfónico”. En el fondo es un autor inclasificable ya que su mérito estriba en fundir dos estilos enteramente diferentes, tal como hace hoy en día Claude Bolling con el jazz y la música culta de Europa, siguiendo el ejemplo de Francis Poulanc. Detrás del Gershwin compositor hay dos tradiciones: la del jazz *plugger* que durante 8 horas diarias había de tocar ante un público de directores cinematográficos y directores de centros nocturnos para venderles un “producto” musical (así si fue su juventud musical), lo cual le exigía familiarizarse con todas las “tunes” populares en los años 10 y 20: todo lo abarcable entre el musical de Broadway y Blues de Nueva Orleans y Pensylvania o Virginia.

Pero hay, también, una tradición europea que late en las venas de Gershwin: Debussy, Richard Strauss, Milhaud, Poulanc, Stravinsky y Schönberg. Gershwin les conoció personalmente, y según se sabe, fue un gran amigo personal del creador de *Verklärte Nacht* y el método *dodecafónico*.

Gershwin o el arte de la seriedad.

Javier Ruiz de la Presa.

A los otros, con su acostumbrada modestia y su ansia de conocer a fondo el ‘estilo culto’, en más de una ocasión les pidió clases de composición, lo que a más de alguno de ellos debió dejarle azorado.

Hay quien percibe en Gershwin (por ejemplo en el *Concierto en fa*, o en el cuarto tema de la *Rapsodia Triste ‘Rhapsody in Blue’*) la textura musical del sinfonismo de Rachmaninoff. Pero el ritmo exasperado de Stravinsky (tan cercano al jazz icasi siempre!) parece aflorar en algunos pasajes de *Un Americano en París* e incluso el tono pastel de Debussy se insinúa en los pasajes más sobresalientes de *Porgy and Bess*. Gershwin parece estar entre dos aguas y acaso en eso consista propiamente su carácter de ‘músico americano típico’. “América” hizo a través de Gershwin algo parecido a lo que consiguieron también por la misma época Walter Piston o el propio Barber, por no hablar de Aaron Copland... Incluso cabría decir que Gershwin es “el reverso de la moneda” si se le compara, digamos, con Dvorak: éste a través de su sinfonía del Nuevo Mundo ‘presintió’ el estilo americano: su “mood”, su interioridad conquistadora, aventurera, luego domesticada a través del urbanismo de los rascacielos y los coches de la *Ford Company*. Gershwin procede al revés: a través de su *Americano en París* “presintió” el estilo europeo. El gran mundo del viejo continente visto por un provinciano de Brooklyn: eso es lo que el tono apresurado, lúdico de la obra parece querernos transmitir. Es el hombre de folklore iniciado en los secretos del sinfonismo clásico. El resultado final: un “simultaneísmo” que logró extrema popularidad en los años 20. Dos estilos distintos se reúnen para tener un charla amistosa que, en poco tiempo, se convierte en romance. Claro que Gershwin no fue el único en hacer tal cosa. Y de hecho se daba el caso opuesto: el del músico “serio” iniciado en los misterios del jazz (pensemos en Stravinsky).

¿Podríamos decir que aquí, como quiere Heráclito, el camino de ida y el de vuelta es *el mismo*? Quizá no. El resultado final se inclina más hacia un lado de la balanza. No pesan lo mismo ambos estilos. Hay diferencia

significativa en cómo se llega al mismo punto: Stravinsky, por ejemplo, accedió al Jazz (*Concierto Ébano*) después de haber desarrollado un estilo clásico propio (y esto es, sobre todo, lo que seguimos escuchando en sus obras de inspiración semi-jazzística). Gershwin procedió de modo inverso: comenzó como *jazz plugger*, mero creador de canciones populares, y terminó como creador de música orquestal y operística, corales y obras para piano y orquesta. En cualquier caso se perciben claramente las diferencias de múltiples formas: el procedimiento, las estructuras densas o ligeras de las orquestaciones, la transparencia o la complejidad de las melodías. La frescura de la melodía ligera o la ‘pesadez’ del trabajo académico.

De cualquier modo, para no pocos “críticos” la conjunción de dos estilos distintos demerita un tanto los resultados; para otros, en cambio, es la clave para abrir nuevos y frondosos caminos a la vieja música europea. Pero el precio de esta conquista es, en última instancia, una revaloración –desinteresada– del *género popular*. Acaso sea injusto decir que la música popular haya de ser ennoblecida por la música culta; mucho más prejuicioso resulta todavía pensar que el jazz no es por sí mismo un estilo suficientemente noble y robusto. La principal razón por la que ambos estilos hermanan tan admirablemente bien, radica precisamente en la riqueza de sangre que reclama cada uno de ellos. Gershwin estimaba, a juicio de Santiago Martín, que lo popular debía ser inyectado en el corpus de la música clásica.

La historia de la música nos muestra, por otra parte, que ésta ha sido siempre la actitud de los grandes compositores. Cuando Bach, por ejemplo, escribió sus *Suites francesas* (o las italianas) con sendas *Sarabandas*, *Boureés*, *Tarantelas* y *Minuetos*, se valió del género popular *estilizado*. Lo mismo vale para Beethoven que hasta en sus cuartetos (acaso las obras formalmente más perfectas que produjo su genial pluma) inserta temas populares. ¿Y qué decir de Verdi cuyo talante musical le hacía simultáneamente un hombre del pueblo y de la aristocracia?

El caso de Gershwin, sin embargo, es un tanto complejo en cuanto a sus fuentes: se inspira, para empezar en el *Rag time*, siguiendo el modelo de Scot Joplin. Pero también y en no menor medida se vale del *Blues*, en su doble vertiente rural (Gospel o ‘Spiritual’) y urbana (el *jazz*). Por tal motivo, la música de Gershwin puede considerarse netamente jazzística, ya que el jazz es inseparable del *Blues*, lo cual nos sitúa de golpe ante una gran paradoja: es más bien raro que el nombre de Gershwin aparezca en una historia del jazz junto a Billy Taylor, Duke Ellington, Lester Young, Charlie Parker o Bessie Smith, por citar algunos de los principales. Pasa con Gershwin, curiosamente, lo mismo que con Karl Orff: es un músico sin escuela, sin descendientes. Sus óperas y comedias musicales desde *La la Lucile* (1919) hasta la monumental *Porgy and Bess* (1935), carecen de herederos. ‘El más grande melodista de este siglo’, según la atinada opinión de Enrique Moreno, sólo dejó una pequeña huella en el panorama musical de Estados Unidos y Europa. Junto a su *Rhapsody in Blue* habría que componer –con sobrados motivos– unos ‘Blues for Gershwin’.

Gershwin es, en el sentido fuerte de la palabra, el jazzista del Blues, el músico que al modo de Bessie Smith podría canturrear: “I’ve got the blues so bad, it’s hard to keep me from cryin’... Tengo tanto el blues que se me hace difícil no llorar...”

Esto, naturalmente, es una inexactitud o mejor aún, es una mentira: la música de Gershwin es melodiosa, alegre, ligera, pero también lo es el sainete del cantante de blues cuando exclama: “Si me ven reír, solo río para no llorar”. La estrofa del Blues reaparece sin cesar a lo largo de toda su obra: vemos fácilmente los 12 compases reglamentarios que tienen por base los tres acordes más fundamentales de todos: la tónica, la dominante y la subdominante. Pero este es el aspecto meramente formal. En Gershwin están presentes, también, los otros aspectos del Blues: el *ambiental* (Leadbelly decía algo que se aplica a Gershwin: “cuando estás en la cama y te mueves de un lado para otro y no te puedes dormir, ¿qué es lo que te pasa? Te tiene el blues”), el *racial* (Gershwin es un blanco que *siente* como negro: de ahí su facilidad para familiarizarse con los habitantes de Carolina del Norte poco antes de escribir la música de *Porgy*), el *sociológico*

(cada pequeña canción de Gershwin es una recreación de la cultura de los años veinte en el viejo Brooklyn) y el *musical* (el uso de quintas disminuidas, el empleo simultáneo de modos menores y mayores -*blue notes*-), etc.

La historia del *Blues* es una prueba de que la trascendencia de un estilo no radica en su lugar de nacimiento sino en su propósito y sus fuentes. Para Gershwin el *Blues* era lo que para Bach la música coral: un modo de explayarse enteramente: un modo de ser efusivo sin límites formales. Y en el caso de Gershwin, dada la soledad en que vivió su corta vida (sesgada cruelmente por un tumor cerebral) el *Blues* era, en cierta forma, su principal contacto con el mundo exterior. De ahí que como el mismo estilo Gershwin sea emocionalmente ambiguo. Escribe Joaquim Berendt:

“El *Blues* se hace emocionalmente ambiguo: desde gritos de júbilo hasta una tristeza mortal, sin que se produzca la ruptura entre los extremos que está implícita en esta figura retórica” (*El jazz*, p. 198).

Pero en Gershwin también está ese otro elemento llamado “*Spiritual*”: la versión religiosa del *Blues*. Podemos percibir rastros de él en sus valeses y canciones populares pero también en la temática de sus comedias y óperas. En efecto, en el *gospel-song* está presente todo lo que hay en la vida urbana: elecciones políticas (piénsese en *Blue Monday Blues*), rascacielos, trenes, teléfonos. Aunque parezca extraño, *Un Americano en París* (la obra sinfónica más ambiciosa de Gershwin, compuesta por encargo de Walter Mamrosh), se ajusta a esta categoría.

Otro tanto sucede, digamos, con su famoso “*Doctor Jesus*”, su ‘*Leavin’ fo’ the promis Land*’ o su ‘*Oh Lawd, I’m on my way!*’.

La *Rapsodia Triste* (mal traducida como *Rapsodia en azul*) ocupa, sin duda un lugar destacado. De lo que no hay duda es que tuvo que ser toda una revelación para sus contemporáneos. Henry Osgood (acaso movido, sobre todo por incompreensión) escribió: “La *Rapsodia* es un trabajo mucho más importante que la *Consagración* de Stravinsky”.

Henry Fink no fue más mesurado (pero tampoco menos sincero): “Con esta obra Gershwin se muestra superior a Milhaud, Schönberg y a todos los demás de la compañía futurista”. ¿Por qué no? La afirmación demerita ante el especialista pero no ante el gran público. Y la posteridad se reserva la última palabra. Lo cierto es que el propio Gershwin se cuidó de dar su propia opinión:

“La oí como una especie de fantasía iridiscente, como una visión de caleidoscopio musical [piénsese en que tiene cuatro temas igualmente logrados y diversos], que brota de nuestro pueblo, de esa amalgama de razas y de costumbres, de esa incomparable muchedumbre metropolitana que es la síntesis de América”.

Leyendo estas palabras se inclina uno a pensar que la *Rapsodia* es, un poco en el sentido de Wagner, música política: sólo que en este caso no tiene el carácter de “crítica” sino de *celebración*, con lo cual se torna infinitamente superior a las preocupaciones teutonas

de ese ceñudo (aunque genial) musicalizador de mitos germanos para alemanes de pocas pulgas, encendidos por la nostalgia de un pasado que, en el fondo, nunca se tuvo (salvo en la imaginación poética). Gershwin no exaltaba una raza a costa de las otras: las dejaba convivir una al lado de la otra en desconcertante armonía, al punto que una vez que su oyente se dejaba atrapar por el tono del *Blues*, perdía -si acaso le quedaba- todo resquicio de racismo: la enseñanza de Gershwin debió de ser soberbia: no se puede ser racista amando el *Blues*. Terrible y mágico este poder de la música. Mucho más que los patéticos libelos antisemitas (en cuya lista Wagner hubiese incluido muy probablemente a Gershwin de tener alguna noticia de su espíritu semi-europeo).

En cualquier caso, Gershwin es un caso significativo de cómo la música representa la interiorización de una cultura e, incluso, la síntesis armoniosa de una pluralidad racial. Lo que no consiguen ciertamente los sistemas políticos o las ideologías, lo ha logrado Gershwin sin mayor esfuerzo: fusionar al mundo judío con el yanqui y el afroantillano. La música, como siempre, parece adelantarse a los acontecimientos históricos: crea la unidad conceptual antes de que exista en la vida política, del mismo modo que, digamos, en el barroco, Haendel y Bach crearon una misteriosa unidad entre lo inglés y lo teutón que aún hoy (ahora que la mentalidad sajona es indistintamente alemana o inglesa) perdura. La música, dicho llanamente, es profética. Habría que pensar si la música del siglo XXI no seguirá los cauces abiertos por Gershwin al cerrar las brechas entre las culturas que hoy

día constituyen, de modo abigarrado, eso que Raymond Aron llamaba *La República Imperial*: los Estados Unidos de Norteamérica. ¿Quién sabe? Es posible que la reconciliación (el gran finale que incluya esta vez a los latinos y a los negros por igual) venga no ya a través de Marthin Luther King sino mediante Broadway, la Twenty Century Fox, Fred Astaire y Ginger Rogers. Al fin que el chicano moderno aspira, como fue el caso de Gershwin encumbrado hasta la fama mundial, a una ‘condición estable’; esto es: una posición totalmente opuesta a la ocupada por las etnias que el jazz representaba, por ser originalmente -como es el caso del Rock hoy en día- música de revuelta, protesta y tristeza de alma.

De Gershwin nos queda hoy en día una herencia viva y mucho menos melodramática o escénica que la operación que tuvo en vilo a millones de norteamericanos poco antes de su muerte. Su finales casi cinematográfico: el presidente Roosevelt en persona decide el envío de dos caza-torpederos de la marina para localizar al Walter Danby, por entonces el mejor cirujano de cerebro que tenía América. Ni su comunicación por radio con Carl Rand quien en su ausencia tuvo que operar al músico, pudo impedir la muerte de George Gershwin a las 10:30 de la mañana de un 11 de julio. Corría el año 1937. Difícil imaginar que tan solo 5 años después el mundo se vería asolado por una experiencia aún mucho más amarga. ¡Qué desgracia que el joven Hitler no haya conocido por entonces la música de este pequeño burgués de origen judío! Acaso (*Warum nicht?*) no le hubiese tenido el mismo desprecio al mundo judío que, al fin, era su propio mundo. En última instancia, la música es más poderosa que las ideologías. ¡Pero Hitler prefirió a Wagner por encima de Bach, Beethoven, Brahms y cualquier otra B (¿prevención etnofóbica?). Esto nos amonesta siempre que la peor tragedia que puede sufrir un hombre es la incapacidad para sentir. Pero esto también tiene su propio paliativo: pocos tan saludables, tan revigorizantes como la música de Gershwin. ■

Javier Ruiz de la Presa (Guadalajara, 1963), Doctor en filosofía por la Universidad de Navarra. Autor de, entre otros, el libro *Telicles* o de *La Sensatez*.



Una emisión reciente del programa *Radio Four* tuvo como invitado distinguido a un genetista retirado, también devoto cristiano, quien enalteció ahí el nacimiento virginal de Jesús, quien resultó al final una especie de enigma biológico. Como hombre seguro debió tener un cromosoma tipo Y que sólo puede haberle sido transmitido por su padre a través del esperma, aunque aparentemente Jesús no tuvo un padre corpóreo. ¿De dónde entonces provino su cromosoma Y? Este genetista sugirió que uno de los dos cromosomas X de María debió portar parte del cromosoma Y. En cuanto se le preguntó al científico si esto convertía a María en un ser anormal, cambió el tema. Pero lo hizo por una buena razón: esta condición sí se observa en seres humanos y de ser éste el caso, María debió ser un hombre estéril. El nacimiento virginal por lo tanto hubiese sido un triple milagro.

Generalmente, los intentos por reconciliar ciencia y religión están condenados al fracaso, como sucedió en ese diálogo del *Radio Four*, porque casi todas las religiones postulan hechos sobre el mundo real—dominio de la ciencia—sin apoyarse en ninguna clase de escrutinio científico, y cuando por alguna razón se enfrentan a ciertas dificultades, recurren a circunloquios, falacias o especulaciones absurdas que ofenden a científicos y a creyentes por igual.

A pesar de todos estos conflictos, reconciliar ciencia y religión sigue siendo un proyecto que muchos consideran viable, en especial aquellos científicos que se acercan al final de sus carreras profesionales. La urgencia por resolver el Gran Enigma aparece con más frecuencia entre quienes se han pasado la vida fijando la vista a través del microscopio observando la mosca de la fruta, o en quien domina el subjuntivo en arameo. Muchos científicos que entran al combate vienen directamente de la biología evolucionista, rama de la ciencia que en más aprietos pone a la religión. Libros de científicos como éstos tratan muchas veces de armonizar ambas partes afirmando que más bien se trata de dos dominios que se excluyen uno al otro o, por citar la frase Stephen Jay Gould, ‘no son disciplinas que se traslapan’. La propuesta de Gould sostiene que la ciencia se limita a estudiar y a explicar al mundo natural, mientras que la religión se ocupa de

Jesucristo Intergaláctico

Jerry Coiné

The London Review of Books ©

Traducción de Cecilia Gómez Bobadilla

Jerry Coiné, biólogo especialista en la mosca de la fruta (drosófila), tiene fundados motivos para creer que la cosmogonía cristiana es irreconciliable con la ciencia. El intento del cupido Michael Ruse por verlas contraer nupcias, termina a los ojos de Coiné, en un divorcio por incompatibilidad de caracteres. Que convivan, pues, en una “disonancia amigable”. Generosamente The London Review Of Books nos permitió traducir y reproducir aquí esta objeción al matrimonio.

Libro reseñado:

¿Se puede ser darwiniano y cristiano a la vez? Relación entre ciencia y religión. Por Michael Ruse. Cambridge, 242 pp. 21 de diciembre de 2001.

estudiar los propósitos de los seres humanos, su sentido y sus valores.

Este libro escrito por Michael Ruse contribuye de manera asombrosa al tema. Desconcierta el desafío con el que postula su tesis y en lugar de aprobar el dócil punto de vista de Gould, quien ve a la religión y a la ciencia como diferentes pero complementarias, Ruse, filósofo e historiador de la ciencia, sostiene que por lo menos una forma de ciencia (el darwinismo) y una forma de religión (el cristianismo) se refuerzan mutuamente. Ambas pueden reconciliarse, argumenta, puesto que virtualmente todos los dogmas del cristianismo conservador, incluyendo el pecado original, la inmortalidad del ser y el libre albedrío, son immanentes al Darwinismo y resultado inevitable del proceso evolutivo. Para Ruse, ciencia y religión son simplemente dos caras de la misma moneda. Por esto a la pregunta de que si ‘para ser darwiniano uno tiene que dejar de ser cristiano’, él responde con un ‘no’ contundente.

No es de sorprender que a Ruse le cueste trabajo convencernos, pues no nos resulta obvio cómo la evolución pudo haber producido las almas o el pecado original. Ruse debe sumar todas sus habilidades retóricas e intelectuales para meter al redil del darwinismo todas las ideas descarriadas del cristianismo. De hecho, el libro es un magnífico ejemplo de cómo un adiestrado académico emerge por sí mismo de la maleza filosófica a través de la implacable marejada de la lógica. Como muestra, en un capítulo sobre ‘Extraterrestres’, Ruse va contracorriente a las implicaciones del cristianismo al discutir respecto a si

la vida ha evolucionado en algún otro lugar del Universo. ¿Se tratará de vida humana que también se ve azotada por el pecado original? De ser así ¿Quién redimirá a los alienígenas caídos? Ruse deja en el aire la posibilidad de un ‘Cristo-Equis’ que puede dar la salvación de todos los pecadores del Universo—un Jesús intergaláctico que va haciendo escalas en todos los planetas, sufriendo sucesivas crucifixiones. ‘Sólo formando parte de cierta Intelectualidad podría uno creerse semejante cosa’, escribió George Orwell (dentro de un contexto totalmente diferente), ‘Nadie puede ser tan tonto’.

A pesar de esta gimnasia, los intentos de Ruse por la reconciliación fallan al final—lo cual no es de sorprender, dado que nos obliga a aceptar una versión tan extrema del darwinismo a la que prácticamente no se le suman adeptos, y una forma de cristianismo que aterroriza a la mayoría de los teólogos y a todos los practicantes.

Comienza Ruse por definir sus términos. ‘Darwiniano’ es aquel que cree que la vida tuvo un origen natural; que toda especie existente evolucionó de formas de vida previas y que todas las especies se relacionan a ancestros comunes; cree también en la selección natural como máquina de hacer evolución. Ruse no siente escrúpulos al aceptar el darwinismo: ‘Creo en la evolución como un hecho y que el darwinismo gobierna triunfante’. La clase de cristianismo que deba fundirse con éste debe ser bastante conservadora y debe incluir la noción de que los seres humanos, hechos a imagen y semejanza de Dios, fueron ‘el fin último de la creación’.

Posteriormente corrompidos por el pecado original, a los seres humanos los redimió la crucifixión de Cristo, el hijo de Dios que nació de una virgen. Ruse se apega al principio del Nuevo Testamento que dice que Dios es un “creador todo poderoso que actúa por amor”. Semejante fe obliga a creer en los milagros y a aceptarlos a pesar de la incomodidad que esto conlleva.

Los cristianos tienen buenas razones para sentirse perturbados por el darwinismo. Los registros fósiles demuestran que la versión de la creación contenida en el Génesis, si se lee de manera literal, es totalmente falsa, y uno se queda o bien cuestionando la autoridad de la Biblia, o reconociendo que debe tratarse de un largo ejercicio metafórico—que como tal queda abierto a la interminable interpretación. Por otra parte a los darwinianos no les es fácil percibir a los seres humanos, una de las ramas de los primates, como el principal objeto de la creación. A muchos biólogos, por saber que el *Homo Sapiens* es tan sólo una de las muchas especies evolucionadas—si bien la del cerebro grande y la poseedora de gran cultura—les cuesta poder encontrar un sentido predeterminado o un propósito especial en la existencia humana. Además, si al cristianismo se le aplican los mismos esquemas empíricos que al darwinismo, la religión se ve afectada y sufre, pues contamos con muchas más evidencias que confirman la existencia de los dinosaurios que las que demuestran la divinidad de Cristo.

Hay inconsistencia en el tratamiento que Ruse hace de la fe y la ciencia. Considera que la religión (o por lo menos el cristianismo) es dócil a la exploración empírica, pero algunas cuestiones religiosas eluden totalmente este enfoque. Al admitir que ‘asumir la existencia de Dios realmente no resuelve ni explica nada’, Ruse trata de demostrar esa existencia mediante un decreto retórico: ‘la existencia y la naturaleza de Dios no están sujetas ni requieren de la explicación que los objetos temporales requieren. Dios necesariamente existe y es inmune hasta al ácido más corrosivo’. En momentos como éste, parece estar echando la moneda al aire para decidirse entre Gould y la idea de separar estas especialidades. Pero resulta ahora que la existencia de Dios es un caso especial y que el resto de las creencias cristianas pueden cohabitar felizmente con la ciencia, dentro de

una sola especialidad. En cuanto a por qué es mejor que la ciencia se reconcilie con el cristianismo y no, por decir, con el Islam, Ruse sugiere con astucia que ‘una creencia es mejor que las otras’. También como alternativa propone que ‘se puede argumentar que tal vez haya un centro común a todas las creencias religiosas y que esto es lo que cuenta’. Pero esto no puede contar, pues no muchas otras religiones se adhieren a los dogmas más importantes del cristianismo, los mismos de los que Ruse se ocupa.

De entre las prácticas religiosas, probablemente sea el cristianismo el que más se apoya en postulados de la realidad que puedan ser verificables. Tal y como ha observado Richard Dawkins,

“Las religiones hacen postulados existenciales, lo cual significa que son postulados científicos. Esto se aplica a muchas de las principales enseñanzas de la Iglesia Católica Romana. El nacimiento y la resurrección de Cristo, la Ascensión de María, la vida eterna del alma: todos estos son postulados de naturaleza claramente científica, sin importar si Jesús tuvo o no un padre corpóreo. No se trata aquí de ‘valores’ o ‘dictados’ morales: se trata de hechos como tales. Tal vez no contemos con evidencias para responder y no obstante sigue tratándose de una cuestión científica. Podemos estar totalmente seguros que de haber evidencias que apoyen esto, el Vaticano no se negaría a proporcionarlas.”

De hecho, el Vaticano actúa de manera casi científica al determinar la santidad: la canonización requiere por lo menos de dos ‘milagros comprobados’, verificados siempre ante la oposición presentada por un escéptico, oficialmente nominado el abogado del diablo (sic).

Junto con muchos otros creacionistas, Ruse sostiene que la ciencia, como parte de su compromiso con el ‘naturalismo metodológico’, excluye de manera deliberada lo sobrenatural; pero no es así. La ciencia no desaprueba a priori el interés por explicar lo sobrenatural. Más bien se ha abandonado lo sobrenatural porque no nos ha ayudado a entender a la naturaleza. Por principio, la ciencia podría aceptar lo sobrenatural. Si un Jesús de 32 metros de altura se le apareciera a

cada habitante de Londres, como se le apareció al evangélico norteamericano Oral Roberts, pocos dudarían de la divinidad de Cristo. Al igual que otros mensajes verificables procedentes del más allá o casos repetidos de sanación convencerían a muchos científicos. Pero estos fenómenos simplemente no ocurren. Se dice que George Bernard Shaw exclamó, después de observar los objetos abandonados por los visitantes de Lourdes, ‘tantos bastones, tantos fierros y muletas, y ni un solo ojo de vidrio o una pierna de palo, ni un peluquín’.

El método preferido por Ruse para reconciliar al cristianismo con el darwinismo es el evolucionismo teísta, o la idea de que la evolución fue la forma que Dios eligió para crear a los seres humanos y a otras especies. Se presume que inició el proceso con el Big Bang y que, previniendo la eventual evolución del *Homo Sapiens*, no interfirió más (aunque Ruse sí admite un cierto grado de jugueteo divino, pues de otra forma no podría explicar los milagros).

El evolucionismo teísta no es nuevo: existió ya en los tiempos de Darwin y hoy lo aceptan muchos cristianos liberales y científicos religiosos. Sin embargo, Ruse lo lleva más allá cuando proclama que gran parte de las creencias cristianas, como la existencia del alma y la naturaleza pecaminosa de los seres humanos, surgen directamente de la evolución y no por la intervención sobrenatural de Dios. Pero antes de avanzar más, Ruse debe tratar de responder la gran pregunta que pende de la evolución teísta: ¿Por qué escogió Dios un camino tan tortuoso? Su respuesta es la esperada: como seres limitados que somos, no podemos sondear la mente de Dios. Esto a su vez genera otras preguntas. Si somos tan ignorantes, ¿cómo sabemos que Dios es ‘todo amor’ y ‘sólo quiere lo mejor para nosotros’?. Aquí Ruse convierte la necesidad en virtud: ‘uno puede pensar que la magnificencia de Dios se confirma cuando uno acepta que Él logra muchísimo mediante el empleo de un simple mecanismo, la selección natural’.

Ruse contempla la necesidad de resolver tres problemas principales. El primero es el del carácter único del ser humano. Como darwiniano estricto que es, acepta que los humanos son uno de los muchos productos del proceso evolutivo que comenzó hace tres mil

quinientos millones de años. Esto implica el abandono de gran parte de las ideas contenidas en el Génesis pero insiste, sin embargo, en que una de sus secciones sea tomada de manera literal: la del estatus del ser humano como objeto especial de la creación de Dios (1,26-28). Esto requiere, según Ruse, que ‘criaturas similares a las humanas’ sean el producto inevitable del proceso de la evolución, lo cual quiere decir que si el proceso se repitiera en la Tierra, siempre se evolucionaría hacia criaturas como nosotros mismos. Ya que Ruse considera que nuestra creación ‘a imagen y semejanza de Dios’ connota más bien parecidos morales e intelectuales y no tanto físicos, las ‘criaturas similares a las humanas’ no tendrán que ser forzosamente idénticas a los humanos de hoy, sino que podría ser cualquier animal de gran inteligencia, poseedor de una conciencia, una cultura y la habilidad de discernir entre el bien y el mal.

Para sustentar esta tesis de la inevitabilidad, Ruse argumenta la existencia de un ‘nicho de criaturas similares a las humanas’ el cual debe ser llenado por las ‘armas’ de la evolución que le van proporcionando bonos de reproductividad a los grandes cerebros. Pero, dado que el curso de la evolución puede verse alterado drásticamente por mutaciones azarosas, por inesperados cambios climáticos y ambientales e incluso por la colisión de asteroides, se requiere que sea un darwiniano verdaderamente valiente el que sostenga que la evolución hacia criaturas similares a la humana es inevitable. De no ser porque los dinosaurios fueron aniquilados por el impacto de un asteroide, los mamíferos, como lo ha señalado Gould, seguirían siendo pequeños depredadores de insectos nocturnos, incapaces de evolucionar hacia una inteligencia mayor. Por otra parte, la visión moderna del ‘progreso’ evolutivo no es la de un avance continuo hacia cerebros más grandes y hacia una conciencia mayor, sino sólo hacia una selección natural que logre que los organismos se adapten mejor a su entorno. (E incluso esto no está garantizado: la selección natural puede hacer que los leopardos corran más rápido, pero puede hacer que sus presas lo hagan también, por lo cual tal vez la mejora no sea tanto eso).

Las probabilidades de que un ‘nicho de criaturas semejantes a las humanas’ sea llenado aumentan si asumimos que la

Tierra es el único de muchos planetas donde se ha dado la evolución. Después de múltiples intentos, es más probable que la combinación de conciencia, inteligencia, cultura y libre albedrío pueda surgir al final sólo una vez. De hecho, los humanos en la Tierra representan tan sólo una afortunada tirada de los dados de la evolución. Pero no podemos calcular de manera simple la probabilidad de que si el Universo comenzara de nuevo, habría por lo menos un planeta que evolucionaría una forma de vida que requiriera la salvación. Ruse no sólo necesita una alta probabilidad, sino la probabilidad de *uno*, pues de otra forma no habría razón por la cual Dios hubiese tenido que crear el universo. Como él mismo lo ha observado: ‘para los cristianos, nosotros, los seres humanos no somos objetos temporales’. Pero la respuesta científica adecuada a la pregunta de que si es inevitable la evolución hacia criaturas semejantes a las humanas, debe ser que no sabemos.

Ruse también coloca al alma bajo el cobijo darwiniano: ‘Podemos aseverar que el alma es algo que se transmitió no sólo desde el primer hombre, sino desde los animales. En otras palabras, el alma ha evolucionado junto con todo lo demás. Ruse la considera ‘inteligencia... ligada al libre albedrío’ y como considera al libre albedrío producto de la evolución, el problema del origen del alma parece quedar resuelto. Sin embargo, queda por resolver una dificultad importante. Para Ruse, el alma es una estructura material que reside en el cerebro humano. Como tal, muere con su propietario y no puede, por lo tanto, ser inmortal. Ruse mantiene un juicioso silencio a este respecto.

De hecho, no encaja su visión del mundo con la noción de una vida en el más allá, y no disimula su malestar al discutir (más acertadamente, al evitar) las críticas teológicas sobre el cielo y el infierno. Ruse hace sólo una oblicua referencia a la distinción hecha por Dios entre las ovejas éticas y las cabras, al referir que sólo las primeras llegan a ‘la granja divina’. Debe pensarse por lo tanto que también existe un matadero divino.

El segundo problema, el de los milagros, introduce dificultades especiales, pues es claro que viola la ley natural y el esquema de no intervención de la teoría teísta. Milagros como la Resurrección y Jesús resucitando

muerdos son parte esencial de la creencia cristiana. Ruse ofrece a esto dos soluciones, ninguna satisfactoria. Con la primera afirma que puede ser que estos milagros no hayan ocurrido realmente. Puede ser que Lázaro no haya estado muerto, sino simplemente en trance; la Resurrección pudo haber sido una ilusión masiva. 'Uno puede imaginarse a Jesús en trance, o más probablemente, físicamente muerto, y que de ahí y hasta el tercer día, un grupo de gente de casta inferior simplemente se llenó de alegría y esperanza'. Con la segunda, para aquellos cristianos que no estén dispuestos a tragarse la primera alternativa, Ruse sugiere que los milagros fueron en verdad intervenciones divinas, excepciones *necesarias* al plan evolutivo de Dios. Explica la Reencarnación de la manera siguiente: "Debido a que, y precisamente porque, nosotros como seres libres hemos pecado, se requirió de la intervención divina de Dios... No es necesario decir que la creación de las plantas y los animales fue una cuestión totalmente diferente y que para ello no se requirió de ninguna intervención divina'. Pero si usted cree en un milagro, ¿por qué no creerlos todos?

El tercer y último problema es el de la existencia del dolor físico y del mal, gran misterio del cristianismo que Ruse resuelve fácilmente en su propuesta: son los resultados naturales de la selección natural. Al haber escogido a la evolución como Su método, Dios

'quedó limitado al camino que llevaba al mal físico. El mal proviene del método que Él empleó'. No hay por lo tanto necesidad de preguntarse por qué la naturaleza es violenta, con garras y dientes, o por qué tenemos defectos de nacimiento, o por el sufrimiento en general: se trata de derivados de la política de 'no intervención' practicada por Dios.

La evolución también resuelve el problema del mal moral y del pecado original, aunque dicha solución requiere que el darwiniano adopte una forma extrema de sociobiología: la opinión de que gran parte de la naturaleza, cultura y comportamiento del ser humano moderno es el resultado de una selección natural que ha venido ocurriendo desde nuestros ancestros. Según afirma Ruse, tal selección trajo consigo dos tendencias en conflicto. La primera es el producto de 'genes egoístas': nuestro engrandecido ego que desea reproducirse a expensas de otros. En la sociedad moderna esto se traduce en avaricia, ira, lujuria, gula y demás pecados capitales. La segunda tendencia es que las sociedades erijan códigos morales y que frunzan el ceño ante el comportamiento de nuestros genes del egoísmo. Ruse considera que los códigos éticos son el resultado genético de la selección natural (presuponiendo que tal selección actúe en grupos: en aquellas sociedades cuyos miembros cuentan con genes moralmente superiores, con vidas

más armoniosas y por lo tanto más propensos a sobrevivir). La selección natural no sólo nos ha proporcionado la tendencia a desarrollar la moralidad, sino también sus dogmas específicos, mismos que Ruse considera universales. La universalidad de las creencias morales es necesaria porque 'para el cristiano moralista, el relativismo es un anatema'. Toda persona es por lo tanto el campo de batalla entre estas dos tendencias evolutivas. Según Ruse, 'el pecado original' es la victoria del egoísmo sobre el comportamiento ético. 'El pecado original viene contenido en el paquete biológico. Es parte del ser humano'.

Son numerosos los problemas que surgen de este argumento. Del lado biológico, aunque tengamos propensión genética digamos hacia la lujuria y la codicia, es mucho menos cierto que los códigos morales residan en nuestro DNA. Dichos códigos pueden muy bien provenir de la evolución cultural, a través de sociedades que continuamente hacen revisión de sus principios morales con el objetivo de mejorar su habilidad para regular el comportamiento e ir incorporando los cambios de los puntos de vista. De hecho, dada la amplia disparidad entre lo que una sociedad considera moral y los cambios drásticos que ocurren a través del tiempo en cuanto a qué se considera ético, es muy probable que los códigos morales sean más bien aspectos maleables y no productos rígidos e inamovibles de la evolución. En respuesta a esto, Ruse simplemente niega la variación: 'La moralidad tiene que compartirse, de lo contrario no funciona y, puesto que se basa mucho en la biología y ya que todos somos la misma especie, probablemente no hay mucha variación'. Pero el problema mayor reside en el cristianismo. ¿Quién, entre los cristianos conservadores aceptaría al libre albedrío como el resultado de una batalla genética y al pecado original como la tendencia que tienen los genes egoístas a derrotar a los genes altruistas? Creencias semejantes no le dejan espacio al libre albedrío genuino que emana de la voluntad. Toda la alegoría espiritual del pecado y la salvación son arrolladas por los intentos de reconciliación de Ruse.

Hay muchos cristianos evolucionistas y hay muchas formas de reconciliar al cristianismo con el darwinismo. Una es la vía liberal que, cuando es necesario,

acepta las conclusiones de la ciencia en términos metafóricos, al interpretar la Biblia. Otra, la versión menos extrema de la teoría de Ruse, contempla a Dios como iniciador del Universo al que después dejó suelto para que funcionase conforme a la leyes físicas, sin intervenir más. Hay aún otra más que es la de dividir a las religiones y a la ciencia en compartimentos para permitirles que coexistan dentro de una disonancia amigable, con la fe dominando el reino de los misterios que no necesitan reconciliarse con la ciencia. Todas estas variantes conllevan a problemas filosóficos, pero la solución otorgada por Ruse es la peor de todas y bien puede ser contraproducente. Es muy fácil predecir que un cristiano perplejo, viendo todos los compromisos de fe que Ruse le requiere, opte mejor por abandonar la empresa y volver al fundamentalismo más recalcitrante.

Quizá consciente de la debilidad de sus argumentos, Ruse hace un último ruego evolucionario a los escépticos: 'Somos primates de medio rango, adaptados para vivir debajo de los árboles y para agruparnos en las planicies. No contamos con los poderes que nos permitan escudriñar los misterios últimos. Cuando menos, estas reflexiones deberían otorgarnos la modestia suficiente para reconocer lo que podemos y lo que no podemos saber, y un poco de humildad ante lo desconocido'. Ya sólo nos queda esperar que Ruse siga su propio consejo. En palabras del físico Richard Feynman: 'Creo que es mucho más interesante vivir sin saber que vivir con respuestas erróneas'. ■

Jerry Coíné, es profesor del Departamento de Ecología y Evolución de la Universidad de Chicago. Actualmente escribe un libro sobre el origen de las especies.



Hubo una vez un periodista, Ivor Brown, que en la etapa preteórica de los años '50 se divertía a costa de lo que él denominó el intruso serial que disturba nuestra tranquilidad insular, ese bacilo primario al cual llamó UFE o Último Fraude Extranjero. Con esto Brown catalogó a todo pensador importado (de París, en nueve de cada diez casos) cuyas afinadas ideas –o, me atrevería a decir, cualquier idea– estaban siendo aceptadas con mucha más pasión de la que según él merecían. El título de *Intellectual Impostures* me evocó esa campaña barata con la que Brown intentó amparar nuestra virginidad mental. Éste es un ejercicio igualmente profiláctico sobre los pensadores franceses que nos han invadido desde finales de los años '60, mismos que han aportado ideas que a Alan Sokal y a Jean Bricmont les gustaría se tildaran de fatuas e incoherentes.

Ambos autores son profesores de física –Sokal en Nueva York y Bricmont en Bélgica–, y con su rigor científico atacan a los hechiceros intelectuales que han seleccionado, quienes en uno u otro momento de su trabajo han introducido conceptos tanto de física como de matemáticas elevadas demostrando –ahora nos enteramos– cuando mucho un entendimiento leve y parsimonioso de lo que formulan o del lugar que ellos mismos ocupan dentro del conocimiento científico del cual, con dicha actitud, reniegan. Los pensadores aquí apilados –Lacan, Kristeva, Luce Irigaray, Bruno Latour, Baudrillard, Paul Virilio, Deleuze/Guattari y una o dos figuras menores más– resultaron no ser capaces de discernir entre su codo y su dominio de las matemáticas y lo demostraron cuando optaron por robar comida de la alacena de científicos profesionales como Sokal y Bricmont, y empezaron a citar a Gödel o a la Mecánica Cuántica y a la Teoría del Caos para validar sus argumentos pseudo científicos y añadirles el aparente encanto que se suma a lo que en ciencia sobresa. Este punto queda muy bien esclarecido, acaso en exceso, en *Intellectual Impostures* y así, mientras Sokal y Bricmont husmean entre los trabajos de esos mal informados autores, van citándolos en su insensatez y evidenciándolos como nadie se lo pidió: como insulto, el libro resulta todo un éxito, pues nos vemos obligados –gustosamente en verdad– a aceptar que en lo que a las pretendidas metáforas científicas o a las extensas analogías de Lacan y Co. se refiere,

Le pauvre Sokal

John Sturrock

The London Review of Books©

Traducción Cecilia Gómez Bobadilla

¿Es posible defender lo indefendible? John Sturrock piensa que sí. Emprende aquí una defensa ofensiva del postmodernismo y de la jerigonza verbal con la que éste expresa sus “imposturas”. Aunque la obra de sus defendidos es usada actualmente como un instrumento de tortura (nadie tolera tres páginas seguidas de Derrida sin confesarse asesino de J.F. Kennedy), el alegato de defensa es inesperadamente inteligente (y divertido). Generosamente The London Review of Books nos permitió traducirlo y reproducirlo aquí.

Libro reseñado:

Intellectual Impostures, por Alan Sokal y Jean Bricmont.

Sokal y Bricmont están en lo correcto y que los impostores sí abusan de conceptos que no conocen lo suficiente como para calificar de evidentes. Y esa misma ignorancia científica que implica que nosotros no podamos afirmar que Lacan o Deleuze alardean o se jactan demasiado, es la misma que nos obliga a reconocer la autoridad con la que aquí se les expone.

No se habría necesitado todo un libro si fuera éste el único asunto que abordara *Intellectual Impostures*: con cincuenta breves páginas hubiese bastado. No obstante, tenemos un libro entero, presuntuoso, escrito por dos científicos hábiles para detectar toda suerte de implicación desastrosa contenida en las transgresiones intelectuales que ellos enumeran, aun cuando entre esta maraña de los varios autores de los cuales se objeta acaso uno, Bruno Latour, cuente con credenciales científicas que lo respalden. Esta patrulla policial conformada por dos hombres tiene en mente mayores metas que la de simplemente identificar UFEs en acciones de lesa ciencia. Desde su laboratorio y con ánimos de desacreditar han dejado en claro que

esos aspectos intelectuales del Postmodernismo que han tenido impacto en las humanidades y en las ciencias sociales: una fascinación por los discursos oscuros; un relativismo epistémico ligado a un escepticismo generalizado por la ciencia moderna; un excesivo interés en creencias subjetivas independientemente de su verdadero valor; un énfasis en el discurso y en el lenguaje que se opone a los hechos que tales discursos refieren (o peor aún, un

rechazo a la simple idea de que los hechos se dan o de que uno los refiere).

Este tema se aborda aquí de una manera extrañamente indirecta, ya que tanto Sokal como Bricmont han designado la influencia de los parisinos como fuente primaria de infección, y no tanto así la de sus aturdidos sustitutos que habitan los campus universitarios de los Estados Unidos, donde la influencia de estas exportaciones intelectuales tan particulares ha sido mayor que en la Francia misma. Los franceses, sin embargo, fueron los principales beneficiarios de este libro cuando apareció hace un año, antes de que los mismos autores lo tradujeran al inglés y lo publicaran en el idioma de la comunidad que ellos sabían lo requería más que nadie. No se escucha ni se lee mucho sobre Postmodernismo en París, donde *Impostures Intellectuelles* fue acogido por una de sus principales víctimas, Julia Kristeva, quien lo define como una “travesura intelectual en contra de Francia”, mientras Jacques Derrida, de quien los autores no encontraron error sobre el cual lanzar su escarnio, respondió con lacónico suspiro, “le pauvre Sokal” [“el pobre Sokal”].

Pobre Sokal y pobre Bricmont que consideran que los laureados pensadores franceses que guían a la intelectualmente desorientada juventud norteamericana (y también a los ya no tan jóvenes) no merecen influir en nada, que alguien como Lacan, tan hábil para jugar rápida y libremente con ideas de la topología es, en el mejor de los casos, un semi-ignorante de los hechos de esa materia y por lo tanto debería lanzarse al olvido y acusarse de charlatán. A

una sola y aislada manifestación de insensatez en su obra se le califica de síntoma de una condición más generalizada: si su conocimiento de las matemáticas es endeble, hay probabilidad de que todo lo demás que Lacan ha escrito sea endeble y de que sus doctrinas psicoanalíticas no sean más cabales ni pragmáticas que su álgebra. Aquí, empero, los científicos avanzan con más cautela profesional pues temen sobrepasar las líneas de sus dominios y dejarse arrastrar por lo empírico: “No afirmamos que esto invalide el resto del [su] trabajo, sobre el cual nos abstenemos de emitir un juicio”. Y hacen tal afirmación porque saben que no tienen que hacerla, pues aquellos que piensan de manera similar no dudan en llegar de un brinco a conclusiones sin fundamento, y son precisamente quienes piensan de manera similar los únicos que se beneficiarán de este libro. Ya con sangre menos venenosa citan a Bertrand Russell y explican cómo él se desilusionó de Hegel cuando descubrió qué malo era éste para las matemáticas.

Sólo me he relacionado con Lacan a través de admiradores a los cuales ha entretenido, aburrido o asombrado con sus ínfulas topológicas y demás fatuidades matemáticas, en su envalentonado exhibicionismo sin reflexionar si deben ser demostradas en su verdadero valor. Encuentro esto extrañamente opresivo y alarmante. Sokal y Bricmont en cierto modo han frenado esta marejada de irracionalidad en la vida intelectual que de seguro complace a quienes odian la teoría y que ansían que sea alguien más quien hable mal de Lacan o de Kristeva, pero esto será contraproducente para personas de criterio más amplio que consideran que entre más variedad y estilos de discurso intelectual existan, más espacio habrá para que las culturas se desarrollen sanamente. Hay, sin embargo, una simetría didáctica entre la forma de proceder de Sokal y Bricmont y aquella a la que tanto critican: ahí donde a los impostores les encanta acomodar piezas de discurso científico en sus escritos, a los que nadie se animaría a llamar “científicos” en el sentido estricto que Sokal y Bricmont aplican al término, ellos sí aplican criterios de rigor y univocidad tan fundamentales a su propia práctica que quedan totalmente fuera del alcance de una transferencia en este bizarro contexto. He leído muy poco de la obra de la escritora

feminista Luce Irigaray, pero me agradó enterarme, a partir de las pocas páginas presurosas y arrogantes que aquí se le dedican, de que, al objetar la tendencia masculinista de la ciencia, se ha atrevido a ser lo suficientemente insolente y ha sugerido que la ecuación más resonante (y siniestra) del siglo XX, $E = MC^2$, puede ser sexista pues ha privilegiado a “la velocidad de la luz” o a “lo que viaja más rápido”, ignorando otras velocidades, y que si la ciencia de la mecánica de los fluidos esta subdesarrollada esto se debe a que en su quintaesencia es un tópico femenino. Estas invocaciones que Irigaray hace de la ciencia pueden ser demasiado esquivas, pero en el contexto liberal del mundo intelectual en el que ella se desenvuelve, esta tesis salvaje y contenciosa no podría estar más lejos del constreñido rigor que Sokal y Bricmont exigen.

Lo impropio es que científicos duros como estos dos comiencen a solicitarle a escritores e intelectuales como Irigaray que expliquen su obra con la misma especificidad, claridad y univocidad del discurso de su propia disciplina; que sean formales y lentos como se supone tienen que ser y se opongan al discurso feliz y expansivo del pensamiento en general. Para apreciar el grado de error del que pende este libro, ayuda retroceder a lo que fue su prototipo, al bien publicitado “fraude” de Sokal de hace dos años cuando presentó un artículo que se suponía era una broma para su publicación en la revista académica norteamericana *Social Text*. A esta publicación periódica de la Universidad de Duke le gusta dar espacio libre a los argumentos de los relativistas epistémicos y a otros anti-fundacionalistas. Sokal estaba bien enterado de los gustos de los editores y les envió una ‘parodia’, como él la define, titulada “*Transgressing the Boundaries: Towards a Transformative Hermeneutics of Quantum Gravity*”. Este mismo texto reaparece en un Apéndice de *Intellectual Impostures*, pero es seguro que todos los capítulos anteriores habrán erosionado su contenido y barrido cualquier remanente de vitalidad para cuando usted llegue a él. La ‘parodia’ hace afirmaciones relativistas tan descabelladas –por citar uno de los ejemplos más brillantes, el ‘concepto relacional y contextual de la geometría’– que los editores de *Social Text* debieron haberla rechazado. Sin embargo, tuvieron excelentes razones para publicarlo. Esta estafa de artículo apareció en una edición

especial dedicada a las “Guerras de las Ciencias” y otras cosas por el estilo, y agregar un caso extremo pero desenfadado es precisamente lo que estaban esperando tener a la mano estos editores con sensibilidad y ánimos de provocar. Además, tal artículo está tan bien documentado y atiborrado de referencias y citas que van desde lo científico hasta al New Age que complace incluso al lector más adormecido por tratarse de un resumen informativo y bien intencionado, que arremete contra la respetable ‘meta-narrativa’ de la ciencia de manera elegante y a la vez polémica.

Sokal comenta que atosigó a los editores de *Social Text* para averiguar qué pensaban de este fraude antes de que se publicara, pero ellos no cedieron. ¿Y por qué habrían de ceder? Su suposición es que debieron haberlo considerado material de desecho conformado de ciencia a medio hornear. Pensar así es por lo tanto considerar que esta revista pertenece al mismo campo discursivo de *Nature*, de la que se presupone que absolutamente todo lo que piensa publicar lo envía a dictaminadores científicos para que elaboren un profundo escrutinio previo, y cuyos editores realmente tendría que hacerse hara-kiri si se descubren engañados. El caso de la revista *Social Text* es diametralmente opuesto: tiene todas las razones para impulsar la aventura y el riesgo en las ideas, como forma de mantener hirviendo el caldo intelectual. A Sokal y a Bricmont les encantaría que la Guerra de las Ciencias concluyese (a su favor), aún más por la amenaza de que se pueda fundar una ciencia física que menoscabe su autoridad. Por otra parte muchos de nosotros nos sentiremos satisfechos y complacidos si esta guerra continúa, pues así estaremos expuestos a más argumentos, tanto buenos como malos, y podremos sentir que a la ciencia se le está forzando a ser lo más explícita posible en sus ámbitos político, social y científico. Sokal bien sabía qué tipo de textos aceptan los editores de *Social Text*, y no tiene motivos para fanfarronear por haber escrito algo acorde a esa línea de publicación y luego jactarse de haber logrado ser publicado. Su fraude no valió su cometido.

Al igual que otros científicos, Sokal y Bricmont no soportan que la ciencia requiera del lenguaje para hacerse manifiesta; les pesa que los hechos científicos no puedan ser

implantados en el cerebro sin que interfiera el medio verbal. Si usted se queja como ellos de que ‘el énfasis del Postmodernismo en el discurso y en el lenguaje se opone a los hechos que dicho discurso refiere’, habrá de reflexionar sobre la legitimidad de oponer los hechos del discurso cuando hay hechos que no están contenidos en un discurso y que por lo tanto no pueden conocerse. En ese reino platónico de Sokal y Bricmont a los hechos misteriosamente se les disocia de las formas de las palabras o de las cadenas de símbolos de los cuales (de hecho) están hechos. Esto se ve claramente en el peor capítulo del libro, el de Bruno Latour, sociólogo de la ciencia, a quien acusan por ejemplo de ser víctima, al escribir de la relatividad, de una ‘confusión fundamental entre la pedagogía de Einstein y la teoría de la relatividad en sí’. Si entendí bien, ellos argumentan que los estados de la teoría de la relatividad tal y como los presentó Einstein, y el ideal de la teoría, sin presentar, no son idénticos pues la acción de presentar requiere la participación de un agente que es necesariamente un punto de referencia en el estado y en el tiempo de ‘la teoría misma’ sin el cual ésta no puede existir. No me imagino como podremos alguna vez tener acceso a una teoría si no es a través de la pedagogía, a la que considero la suma de todos los momentos de la vida real en los que se comunica una teoría. Empleando la valiosa y antigua terminología estructuralista, Sokal y Bricmont quieren que su ciencia sea sólo *lengua* y no *habla* y que se garantice su pureza teórica y nunca se exponga a los riesgos de toda expresión.

Después de todo esto ya no sorprende descubrir que Sokal y Bricmont no perdonan la ambigüedad. A ésta la ven no como una característica natural del lenguaje, que ninguno de nosotros puede acaso evitar, si comparamos la gloriosa economía de formas lingüísticas con el enorme infinito de lo que queda todavía por escribir y por decir. El siempre magnífico y deshonoroso recurso del impostor es el subterfugio que le permite que todo lo que escribe pueda ser interpretado de ‘dos formas: la aseveración de que es verdadero pero relativamente banal, o de que es radical pero manifiestamente falso’. Cuando uno recuerda que la historia del pensamiento en su conjunto ha estado plagada de aseveraciones que supuestamente se han comprobado, si no de inmediato sí subsecuentemente,

uno sabe que éstas pueden tener más de una lectura y que quedan abiertas a la interminable reinterpretación. Entonces resulta obvio que la noción de lenguaje natural que apuntala un libro como *Intellectual Impostures* queda atterradoramente debilitada. Estos autores son reduccionistas lingüísticos y sostienen que en toda aseveración existe una semilla de univocidad que los agitadores parisinos aprovechan para disfrazarse y revestirse elegantemente y guiar a sus lectores por el camino equivocado. Yo no pondría las manos al fuego por Jean Baudrillard, pero cuando sale a colación su concepto del ‘recubrimiento verbal’ abogo por él: en los terrenos marginales entre lo literario y lo sociológico donde habita Baudrillard, el ‘recubrimiento verbal’ es lo único importante, de modo que leerlo como un disfraz y no como un manifiesto es leerlo mal, es leerlo de manera filistea e irrelevante. En lo que concierne al lenguaje, Sokal y Bricmont, intolerantes hasta la médula, pierden el arado y se sumergen cuando declaran que su galería de impostores no tiene derecho a ninguna ‘licencia poética’ (concepto que me sorprendió descubrir vivo y coleando), pues es claro que su intención es producir teoría y ... su estilo es por lo general denso y fastuoso, por lo que es poco probable que su objetivo principal sea la literatura o la poética’. El ruido que se escucha al leer un insulto tan simplista es como la metáfora del océano que vehemente avanza para llenar nuevamente el canal que divide a esos dos legendarios adversarios, a esas Dos Culturas.

Más allá de la repulsiva agenda, *Intellectual Impostures* también arremete de manera inesperada en política y esto sale a relucir al inicio del libro, en el Epílogo, donde Sokal y Bricmont declaran que ‘el Postmodernismo’ ha tenido sus principales ‘efectos negativos: pérdida de tiempo en las ciencias humanas, confusión cultural que favorece el oscurantismo y un despertar de la Izquierda política’. El argumento político es que el relativismo epistémico y el resto del nuevo opio de los radicales es enfermedad manifiesta en todos los campus universitarios que demuestran ese infeliz alejamiento entre académicos izquierdistas y cualquier cosa que se asemeje a la política. Citan a Chomsky en sus frustrantes experiencias al convivir, a principios de los ’90, con la juventud inteligente de Egipto: ‘Cuando iba yo a hablarles

de realidades actuales... los estudiantes solicitaban que les tradujera al lenguaje de la estupidez postmodernista'. Sokal y Bricmont consideran que la juventud intelectual de la izquierda decadente en Norteamérica se ha vendido al optar por los terrenos lodosos y resbaladizos del relativismo, e incluso los de la extravagancia del New Age, y por lo tanto 'le han colocado el último clavo al ataúd de los ideales de la justicia y el progreso'. Sienten nostalgia por los días en los que la Izquierda confiaba y promovía la ciencia dura, antes de vituperarla y considerarla protofascista, aunque la línea que ellos siguen en *Intellectual Impostures*, más que invalidar, confirma esta angustia.

El pesimismo de su conclusión no sólo es chocante, sino que también intenta moralizar, como si nuestra afiliación a los ideales de justicia y progreso, que no están muertos, dependieran de si compartimos o no con los autores esa misma actitud restrictiva hacia la vida. Después de haber gastado tantas palabras corrosivas en sus intentos por ahorcar a la elocuencia, estos autores no deberían dimitir y regresar a sus laboratorios dejando una estela de vapor en el lugar de su propia elocuencia. ■

John Sturrock es consejero editor y colaborador regular de The London Review of Books. Tradujo recientemente Sodoma y Gomorra para la nueva edición de Penguin de Proust.

Guía para Salvarse de las Letras Fatuas

Burruchaga

Hay, entre otros, dos tipos de textos insoportables en la literatura: los que dicen mucho sin decir nada, y los que queriéndolo decir todo logran el mismo resultado. Las letras contaminadas por la primer toxina son el principal motivo de deforestación del planeta. Millones de páginas se imprimen cada minuto sin otro merecimiento ni afán que el olvido o el currículum. El estilo académico es deudor de este estilo desinhibido que queriéndolo explicar todo termina por hacernos las cosas indignas de ser entendidas. Cuando un gran aparato crítico se pone al servicio de lo obvio, el resultado linda con el aburrimiento. Hace falta haber perdido piso o ser un miembro del departamento de literatura de alguna

universidad latina o norteamericana, para creer que unos sesudos comentarios a *Pedro Páramo* o a *Tom Jones* tienen otro objetivo que justificar el presupuesto del Departamento, u otro destino que el ornato en alguna biblioteca pública o el relleno sanitario en alguna bodega oficial. Ante la ociosa queja "se lee poco", deberíamos replicar con dignidad: "se escribe demasiado". Y mal.

He dicho que una deplorable manía literaria es el texto palabrero. Encuentro sin embargo en él una ventaja notable: invita rápidamente a su abandono. Si mal escrito mal pensado. Esta orden silenciosa, en cambio, no es frecuente en los textos abstrusos que adolecen de la segunda infección. Mientras que la primera escritura es simple y tartamuda, es decir, ingenua, la segunda disfraza su vacuidad con artificios de densidad. El lector tarda en percatarse de que entre las líneas que descifra y sus cuencas orbitales no ocurre nada que no sea una gimnasia ocular. En todo caso termina arrojando el libro con la doble duda de si el libro era ininteligible o él tonto. Esta astuta y falaz escritura es tan aburrida como la anterior pero suele elevar la

autoestima del lector que logra avanzar tres páginas sin recordar el saco en la tintorería. Un ejemplo insigne de esta enfermedad textual es la moderna filosofía francesa. Se rumora que medio párrafo de Baudrillard puso a dormir al *Pensador* de Rodin. Aunque el caso más conmovedor de una víctima emboscada en esta maniobra literaria correspondió a un lector que leyó diecisiete veces seguidas la misma página del *Ulises* de Joyce sin percatarse de que se trataba de un error de encuadernación.

"Leer poco pero selecto" recomendaba el monje dominico Sertilanges. La misma recomendación (escribir poco) podrían adoptar los oficinistas del lápiz si no tuvieran la secreta misión de talar los bosques con los irrisorios jeroglíficos de su ego. Cómo deturpar una selva tropical para escribir el libro: "Salvemos las selvas tropicales", es una alegre paradoja instalada en el corazón de las letras exuberantes...

Pero si para decir que llegó a mí la última edición del *Journal of the History of Ideas*, de la Johns Hopkins University, y que en ella no hay nada medianamente legible, tuve que

escribir quinientas palabras, el lector no debe creerme contagiado de estos males. Que los errores los comenten siempre los otros. ■

Literatura Exponencial

Alberto García Ruvalcaba

Si una sola bacteria se reprodujera ininterrumpidamente, reflexionaba Carl Sagan, sus descendientes pesarían en un solo día tanto como una montaña, en día y medio tanto como la Tierra, en dos días más que el Sol, y en poco tiempo no cabrían en el Universo entero. El culpable de estos cálculos inconcebibles es el crecimiento exponencial. Un sobrio ejemplo de este procedimiento es la recompensa que el rey persa prometió pagar a su gran visir por la invención del ajedrez: 2^{64} . Carl Sagan calculó que el rey debió pagar a su visir aproximadamente 18 trillones de granos de trigo, es decir, un 18 seguido de 18 ceros. La fisión nuclear, concebida en 1933 por el físico húngaro Leo Szilard,



se basa también en el crecimiento exponencial: un elemento químico capaz de expulsar dos neutrones luego de sufrir el impacto de uno solo, da lugar a una reacción en cadena que a su vez da lugar...¹

Lo peculiar del crecimiento exponencial no es sólo la velocidad con la que alcanza la vastedad, sino que sólo tiene cabida en la imaginación. El medio físico no alcanza a alimentar la voracidad metafísica de esta aritmética elemental. El crecimiento exponencial, pues, se aloja más cómodamente en la mente humana. Aunque a decir de Paolo Zellini tampoco ahí, pues en su Breve Historia del Infinito² apunta que “lo que es infinito no puede estar nunca presente en su totalidad en nuestro pensamiento”. La imaginación de los hombres alcanza sólo para comprender su rústico mecanismo interno: la bipartición, la tripartición... de un número, que a su vez se bifurca o trifurca, y así sucesiva e infinitamente como la serie de los números naturales. Aunque a diferencia de estos últimos, la multiplicación exponencial es más útil y quizás más bella por la velocidad con la que se sale de nuestra capacidad de concepción. Quizás por esa razón, por la sensación de estar pensando algo

casi fugaz y que roza con el infinito o con lo infinitesimal, es que ha sido socorrida por la literatura.

Algunos de estos ensayos literarios lindan con el aburrimiento. La OuLiPo o Taller de Literatura Potencial, que fue fundado en 1960 por escritores y matemáticos, entre ellos Raymond Queneau, François Le Lionnais, Claude Berge, Georges Perec e Italo Calvino, produjo de la autoría del primero un exótico trabajo titulado Cien Mil Millones de Poemas. Se trata de diez sonetos cuyas líneas son intercambiables, de manera que las 140 líneas pueden generar potencialmente, según un cálculo conservador, 100 billones de poemas (10^{14}). Lo que obligaría a un lector ocioso dedicar 12 horas diarias durante casi 400 millones de años para agotar las posibles combinaciones. Claro, si se trata de un lector con técnicas de lectura veloz, podría reducirse significativamente esa cifra (aunque quizás no disfrutaría mucho los poemas).

Un espléndido ejercicio literario del crecimiento exponencial es el cuento *La Biblioteca de Babel* de Jorge Luis Borges. La Biblioteca, que según su narrador era otra forma de referirse

al Universo, está construida de salas hexagonales, cada muro con cinco anaqueles, cada anaquele con treinta y dos libros, cada libro de cuatrocientas diez páginas, cada página de cuarenta renglones, cada renglón de unas ochenta letras de color negro, y contiene todos los libros que pueden construirse combinando las veintidós letras del alfabeto, el punto, la coma y el espacio.

En el centenario del natalicio de Borges, el periodista argentino especializado en ciencias, Leonardo Moledo, se dio a la tarea de calcular su tamaño. Razonó que si en cada libro hay un millón trescientos doce mil espacios, cada uno de los cuales se veinticinco furca en cada espacio, entonces habría que elevar los 25 signos a la potencia $1'312,000$ ($25^{1312000}$). El resultado, dice Moledo, no tiene nombre propio en ningún idioma: un uno seguido de $1'836,800$ ceros.

La primera conclusión es atómica. Explica Moledo que no habría una cantidad de átomos suficientes en el Universo igual al número de libros de la biblioteca borgiana. Si en cada átomo del Universo se colocara uno de esos libros, no habríamos ubicado

ni siquiera un millonésimo de millonésimo de millonésimo por ciento del total de los libros. El volumen de la Biblioteca, aun suponiendo que todos los libros formaran una masa sólida, no cabría en el Universo, pues la esfera tendría un radio, expresado en años luz, de un uno seguido de 7203 ceros. Los diez mil millones de años luz de distancia (un uno seguido de tan sólo diez ceros), que nos separan de los cuasars más lejanos, comparados con el tamaño de la Biblioteca de Babel, quedarían reducidos a la insignificancia. Además, la Biblioteca sería tan densa (el número de átomos por centímetro cúbico) que produciría un colapso gravitatorio del Cosmos. Es decir, apunta finalmente Moledo, si fuera real la Biblioteca de Babel el Universo no existiría, sería un discreto Hoyo Negro.³

Pero todos estos números inconcebibles no hacen más bella la literatura de Borges, menos insidiosos los ataques bacteriales, ni menos atroces las reacciones en cadena subatómicas. Son acaso un mero divertimento contra el tedio, otro fútil ejercicio de la imaginación y de la inflación. Decía Robert Musil en *El Hombre Sin Atributos*, que no en lo ilimitado, sino en el límite está el secreto de la felicidad y de la fuerza. Extraña afirmación para un hombre que siempre vivió muy limitado y muy infeliz. ■

Notas.

1. Sagan, Carl, Miles de Millones, Ediciones Grupo Zeta, 1998.

2. Zellini, Paolo, Breve Historia del Infinito, Siruela, 1991. El argumento no es novedoso. Aristóteles reflexionaba en su Física que “el infinito no es aquello fuera de lo cual no hay nada, sino aquello fuera de lo cual hay siempre algo”. Otros pensadores dedujeron de esta inaptitud baladí, pruebas de la existencia de un ser superior.

3. Esta alusión me facilita mencionar que el apellido de esta revista: Papeles para la supresión de la realidad, lo tomamos prestado, con una insignificante variación, de un cuento de Jorge Luis Borges.



No hay nada que me dé más la sensación de haber nacido con varias décadas de atraso como los modernos éxitos “literarios”.

Denme una obra maestra que ya haya superado el paso del tiempo, o lo que los críticos condescendentemente denominan lectura amena –*Hermana Carrie* o simplemente *Carrie*. Que me den cualquier cosa, no importa, pero que no contenga el sello de aprobación del más reciente premio de jurado en la portada, ni el cúmulo de opiniones exaltadas en la contraportada. A veces en las librerías me da por averiguar qué provoca tanto alboroto, pero con echar un vistazo a esa prosa afectada y extravagante– “furiosos brotes de tulipanes tartamudeantes,” o “en la oscuridad anterior a que el día aún fuera” – huyo apresurado hacia la sección de los clásicos de la *Penguin*, siempre cordiales.

Me doy cuenta de que semejante pronunciamiento debe sonar perverso y parecerle ingrato al *establishment* literario. Ya por muchos años los editores, críticos y jurados de concurso, sin mencionar a los propios novelistas, no paran de recordarnos lo afortunados que somos de vivir y leer en tiempos tan excitantes. La ausencia de una escuela crítica dominante, se nos dice, ha permitido el florecimiento de una extraordinaria variedad de estilos, un banquete para cada paladar. Como expresó el novelista y crítico David Lodge al concluir una conferencia sobre la coexistencia de la fabulación, el minimalismo y otros movimientos, “Todo está *in* y nada está *out*”. Viniendo de expertos para quienes el término “fabulación” realmente significa algo, esta exageración es perdonable e incluso resulta encantadora; sería como si el equipo de chefs de un hotel se emocionara ante su gran surtido de coles. Sin embargo, “variedad” es la última palabra que viene a la mente del lector y precisamente ésta parece estar más “out” que nunca. Hace apenas medio siglo que a algunos narradores reconocidos como Christopher Isherwood y Somerset Maugham se les consideraba entre los novelistas más refinados de su tiempo y, en su propio estilo, no eran vistos como escritores de menor valor literario que Virginia Woolf o James Joyce. Hoy cualquier historia atractiva que se narre ágilmente y sin rebuscamiento cae dentro del “género ficción”—a lo sumo una “lectura entretenida” o un libro para “engullirse”, pero nunca Literatura con “L” mayúscula y sin

Manifiesto del Lector

B. R. Myers

Traducción: Cecilia Gómez Bobadilla y Madú Díaz Muñoz

Este puntiagudo y lúcido ensayo subtítuloado Un ataque a la creciente fatuidad de la prosa literaria norteamericana, alborotó el avispero literario en Estados Unidos desde que apareció publicado en la influyente revista The Atlantic Monthly. No es para menos, sus vacas sagradas son objeto de demolición: Annie Proulx, Cormac McCarthy, Paul Auster, Don DeLillo, David Guterson. ¿Su punto? Escritura preciosista, pretenciosa, tartamuda, pobreza de sintaxis, metáforas insustanciales, juego de palabras, en suma, literatura banal y aburrida. Un email recibido desde Corea del Sur del esquivo y mordaz B.R. Myers (39 años) nos autoriza a publicarlo aquí luego de una minuciosa y compleja traducción.

adjetivos. Un autor con buen número de éxitos editoriales en su haber puede encontrar que a la publicación de su obra más reciente se le cataloga como una manifestación de la cultura *pop*, pero la mayor parte de las novelas de “género” [caso de novela *histórica*, novela *biográfica*, novela *de suspenso*, novela *policíaca* N.T.] tendrán suerte si consiguen una ínfima reseña en las últimas páginas de *The New York Times Book Review*.

Por otra parte, ahora se considera “literatura” cualquier cosa escrita en prosa auto-consciente y sobrescrita –no necesariamente *buena* literatura, si se quiere, pero siempre merecedora de una atención más respetuosa que la mejor obra romántica o novela de suspenso jamás escrita. Éstas son las obras que reciben críticas de página entera, con frecuencia una en el suplemento dominical de cultura y otra a media semana en el mismo periódico. Son estas obras, y sólo éstas, las que llenan las listas anuales de los comités de premiación. El escritor “literario” no tiene que ser un intelectual. Mofarse de la obsesión consumista, fanfarronear con palabras como “ontológico” o “nominalismo,” entonar postizamente *Red River* como si proviniera de un libro perdido del Antiguo Testamento: esto es lo que se considera profundo en las novelas de hoy. Incluso el lugar común más obvio es aceptable, siempre y cuando venga acompañado de un guiño posmoderno. Lo que no se permite es un fuerte elemento de acción, a no ser, desde luego, que el lenguaje sea lo suficientemente abstruso para mantener el suspenso al mínimo. Por el contrario, se tolera el estilo de prosa natural si el ritmo de la novela es lo suficientemente lento, como fue

el caso de la obra de Ha Jin, ganadora del Premio Nacional del Libro (1999) y del premio PEN/Faulkner (2000), pertinentemente titulada *Waiting [Esperando]*.

El dualismo entre Literatura y literatura de género no ha hecho sino apelar a la antigua trinidad de la alta, media y baja cultura que, de cualquier forma, siempre se ha invocado con ligereza. Los escritores que habían sido alguna vez catalogados como de cultura media son ahora indistintamente clasificados como pertenecientes al campo de la Literatura o al de literatura de género, dependiendo exclusivamente del grado de afectación de su prosa. David Guterson tiene garantizado un lugar entre los Escritores Serios por haber sepultado un asesinato misterioso bajo sonoras tautologías (*Snow Falling on Cedars*, 1994), mientras que a Stephen King, cuya novela *Bag of Bones* (1998) es más intelectual pero menos pretenciosa, todavía se le considera un muy talentoso escritor *de género*.

En otras palabras, todo está “in” siempre y cuando mantenga al lector a una respetuosa y admiradora distancia. Esta moda puede parecer extraña si se cae en la cuenta de que la capacidad de lectura de los estudiantes universitarios norteamericanos, que representan la mayor parte del universo de lectores de ficción contemporánea, ha decaído considerablemente desde los años setenta. ¿No sería más comprensible entonces que la cada vez más inculta Norteamérica estuviera dispuesta a conferir la condición literaria a una prosa más llana y directa, en vez de incentivar el rebuscamiento, la afectación y la oscuridad? No necesariamente. En la novela de Aldous Huxley *Those Barren Leaves* (1925), un

personaje, el Señor Cardan, hace una observación correcta que bien podría explicar el estado actual de las cosas:

Muy simple, a las personas primitivas les gusta que la poesía sea tan... artificial y distanciada del lenguaje de todos los días como sea posible. Le reprochamos al siglo XVIII su artificialidad, pero la verdad es que *Beowulf* está concebida en una sintaxis cincuenta veces más compleja e innatural que *Essay on Man* [poema de Pope].

El señor Cardan aparece en la novela como un personaje boquiflojo, pero hay al menos evidencia anecdótica que respalda su observación. Sabemos, por ejemplo, que a los campesinos europeos no les complació en absoluto que el clero dejase de mistificarlos con el uso del latín. Edward Pocke (1604-1691) fue un predicador y lingüista inglés cuyos sermones, según el *Oxford Book of Literary Anecdotes*, “eran escritos con un lenguaje llano y trataban sobre aspectos prácticos; evitaba cuidadosamente cualquier alarde de conocimiento”.

Pero algunos se aprovecharon de esta ejemplar prudencia de no querer asombrar a sus oyentes (contraria a la práctica entonces en boga) con aquello que no podrían comprender, y se expresaron despectivamente de sus métodos... Así, uno de sus amigos de Oxford, al viajar por Childrey y tan sólo por distracción, quiso preguntarle a la gente quién era su ministro y por qué lo apreciaban. Recibió esta respuesta: “Nuestro pastor es un tal señor Pocke, un hombre honesto y sencillo. Pero Amo”, decían, “él no es latinista”.

No me malinterpreten, no estoy comparando a nadie con un campesino. Pero tampoco estoy dispuesto a creer que la decadencia de la literatura norteamericana los haya afectado a todos, salvo a los admiradores de la Literatura Seria. Cuando los críticos y jurados le apuestan al estilo repetitivo como “lo último en control sentencioso”, o afirman que un fárrago de metáforas insustanciales es narrativa “lirica”, termina siendo obvio que a ellos también se les dificulta entender lo que leen. ¿Se sorprendería el señor Cardan de encontrarlos en la prisión de los escritores que deliberadamente son oscuros, o que cantan en extrañas cadencias? Lo dudo. Después de todo, ¿qué podría ser más natural para esta

elite que desdeñar un lenguaje no elaborado calificándolo de “prosa popular” –un lenguaje incompatible con la verdadera literatura? Stephen King es un hombre sencillo y honesto, un autor de los que se leen en el metro. Pero Amo, él no es latinista.

Si la nueva consigna fuera a hacer resurgir la buena escritura en “mandarín” –usando el término que el crítico británico Cyril Connolly acuñó para describir la prosa de escritores como Virginia Woolf y James Joyce– yo sería el último en quejarme. Pero lo que hoy obtenemos es una marcada forma de cruda afectación: una prosa repetitiva, tan elemental en su sintaxis, tan sosa en su abuso de juegos de palabras, que con frecuencia exige una menor concentración que el promedio de las novelas de “género”. La oscuridad de hoy es fácil –es la clase de palabrería que detiene y mata todo pensamiento que viene en camino. La mejor manera de demostrar esto con evidencia en mano es echar una mirada

a algunos de los estilos más aclamados de la literatura contemporánea.

PROSA “EVOCADORA”

Se ha puesto de moda, especialmente entre las novelistas jóvenes, explotar la licencia poética al mismo tiempo que se proclama haber quedado eximido de toda norma de rigurosidad, precisión y refinamiento poético. Edna O’Brien es una de ellas, pero a Annie Proulx se le conoce mejor, en gran parte gracias a su best seller *The Shipping News* (1993) [llevado al cine en el 2001, en español *Atando Cabos*. N.T.]. En 1999 Proulx dedicó a sus hijos los agradecimientos en su antología de cuentos titulada *Close Range*, con su característica prosa: “por aguantar mis estrangulados y laboriosos hábitos de trabajo” [“for putting up with my strangled, work-driven ways.”].

Ahí está. “Estrangulados y laboriosos hábitos”. *Laboriosos* está bien, claro,

salvo por su parte de autocomplacencia, pero “estrangulados hábitos” no tiene ningún sentido. Además, ¿cómo puede algo, no importa cuán abstracto, ser estrangulado y laborioso al mismo tiempo? Quizá la autora se estaba refiriendo a algún encuentro nocturno con la Musa, pero sólo ella lo sabrá. Para fortuna de Proulx, muchos lectores de hoy esperan que el lenguaje literario esté muy apartado del habla común y que sea rutinariamente incomprensible. “Estrangulados hábitos”, murmuran para sí en desconcertada admiración. “¿A quién sino un Escritor podría ocurrírsele algo semejante?!”.

Los cuentos de *Close Range* están llenos de esta forma de escritura. “The Half-Skinned Steer” (que apareció en *The Atlantic Monthly* en noviembre de 1997), empieza con esta frase:

En el largo despliegue de su vida, del precoz niño de apretadas heridas, que en traje de lana montara un tren que lo sacaría de Cheyenne, al viejo cojo en este año por desovillar, Mero había tumbado a patadas los recuerdos de aquel lugar donde él empezó, un dizque rancho en tierras extrañas en la bisagra sur de Big Horns.

Como gran parte de la prosa moderna, ésta exige que se lea apresuradamente, con sólo la atención necesaria para registrar el uso audaz de las palabras. Si disminuimos la velocidad todo se viene abajo. Parece que Proulx se propuso alardear con coherencia, pero *desplegar*, o expandir, como una bandera o un paraguas, choca desastrosamente con la imagen del desovillado que le sigue. (Quizás “transcurso” no le sonó lo suficientemente pretencioso). Una vida se *despliega*, un niño precoz tiene *apretadas heridas*, un año *por desovillar* y las metáforas continúan, con *tumbado a patadas* –que podría funcionar en un contexto menos concurrido, aunque lo dudo– y *bisagra*, que resulta graciosa si no hemos visto nunca una bisagra o un mapa de *Big Horns*. ¡Y esto es sólo la primera frase!

Proulx reconoció una vez que tiende a “condensar” demasiado sus cuentos, pero el juego de palabras es igualmente implacable en sus novelas; parece ignorar que toda innovación en el lenguaje alcanza su fuerza al contrastarse con el lenguaje liso y llano. Es muy común encontrar que le dedica más de una metáfora o alegoría

a una misma imagen. “Furiosos brotes de tulipanes tartamudeantes en los jardines”. “Un manantial de sonido chapoteaba con cada clavado”. “La masa de hielo se inclinaba como para admirar su reflejo en las olas, se inclinaba hasta que la torre sur alcanzaba el ángulo de un lápiz en la mano que escribe, y la torre norte se echaba hacia atrás como un amante”. “Los niños se apresuraron con Quoyle, sosteniéndolo como a un hombre que al caer se sugetara de una cornisa, igual que una corriente de partículas eléctricas que se arquea en el vacío y completa un circuito”. En un breve párrafo en *The Shipping News* al cuerpo de un hombre lo compara con una hogaza de pan, a su carne con el marco de una ventana, a su cabeza con un melón; sus rasgos faciales son huellas dactilares, sus ojos tienen el color del plástico y su barbilla es una repisa.

Esto no está del todo mal, por supuesto; lo de la masa de hielo que admira su propio reflejo es efectivo. Y de vez en cuando Proulx deja que una buena imagen luzca por sí sola: “El comedor, atestado de hombres, estaba iluminado con focos rojos que les daban el aspecto de estar siendo rostizados vivos en sus sillas”. Tales aciertos, sin embargo, son tan escasos que luego de un rato el lector deja de intentar entender el significado de las metáforas. Quizás sea éste el objetivo que Proulx persigue; parece querer mantenernos todo el tiempo en la superficie del texto, como si temiera que siquiera durante una o dos líneas pudiéramos olvidar su caprichosa presencia narrativa.

La decadencia de la prosa norteamericana que se viene dando a partir de los años cincuenta, se evidencia con el agotamiento de las oraciones largas. Hoy cualquier frase de más de dos o tres renglones no será probablemente más que una simple lista de atributos o imágenes. Proulx depende mayormente de estas frases que a menudo nos recuerdan a un mal fotógrafo apurando sus diapositivas. En esta escena de *Accordion Crimes* (1996), a una mujer le acaban de rebanar los brazos con una lámina metálica.

Permaneció ahí de pie, sorprendida, enraizada, contemplando la veta de la madera de las tablillas del granero, con la pintura desgastada por el aguanieve y la arena implacable, los despreocupados gorriones lanzándose y reapareciendo

Dos poemas de KARMELO IRIBARREN

SE ACABÓ EL CUENTO

Se acabó el cuento,
amigo, esto es la vida.
Todos los grandes sueños
con los que hasta ahora
te has entretenido, puedes
dejarlos a la entrada.
Aquí no sirven de nada.

DEL ROSA AL NEGRO

Es lo que tiene,
el amor
empiezas siendo
el galán
protagonista
de una maravillosa
comedia,
y acabas
convirtiéndote
en un actor
sobrio, serio,
de carácter,
sólo que de tu
propia tragedia.

Karmelo C. Iribarren, San Sebastián 1959, ha publicado la “plaquette” *Bares y Noches* (Colección Máquina de Sueños del Ateneo Obrero de Gijón, 1933) y los libros *La condición urbana* (Renacimiento, 1995) y *La Ciudad* (Renacimiento, 2002). [Selección de poemas: Sergio Ortiz].

con insectos en sus picos como bigotes, el desgarrado cielo, las ventanas de la casa vacía, el viejo vidrio lanzándole arremolinados reflejos azules, los chorros de sangre brotándole de los trancos brazos, e incluso, al principio, oyó el húmedo ruido sordo de sus antebrazos cayendo contra el piso del granero y el sonido chillante del metal que los golpeó.

Lo último que quiere Proulx es que al lector se le ocurra preguntarse si alguien, con la sangre brotándole profusamente de los brazos recién mutilados, va a quedarse *entraizado* el tiempo suficiente para ver más de un pájaro desaparecer, atrapar un insecto y volver, o si bien toda la escena no es más que una expresión de mal gusto juvenil. En vez de eso, se espera que se lea esta oración de un solo respiro mental y se sucumba bajo la abrumadora acumulación de palabras, ante la falsa impresión de lo que Walter Kendrick, en una controvertida crítica en *The New York Times*, llamó “prosa brillante” (refiriéndose además a este mismo pasaje).

Otro ejemplo:

Partridge negro, pequeño, un incansable viajero por las laderas de la vida, un tenaz parlanchín; Mercalia, la segunda esposa de Partridge y del color de una pluma café en agua oscura, una inteligencia ardiente; Quoyle grande, blanco, tambaleándose, sin rumbo.

Negro, pequeño, grande, blanco son adjetivos inexpresivos y descuidados. Por toda su falsa precisión, el símil de la pluma pierde finalmente su sentido: hay demasiados tonos de café para evocar con exactitud cualquiera que Proulx hubiera tenido en mente (incluso tomando en cuenta el *agua oscura*). Una sintaxis más concisa mostraría de inmediato la pobreza de esta descripción pero, al manipular una docena de atributos, se asegura de que cada uno sea visto solamente dentro del contexto de un deslumbrante todo “pirotécnico.”

Como Proulx es novelista y no poeta, esa necesidad de llamar constantemente la atención hacia su presencia le supone ciertos retos. ¿Cómo mantener la atención sobre su estilo aún en las descripciones más elementales? ¿Cómo pasar de un pasaje a otro de la manera más directa posible

sin recurrir a la sobriedad, esa temida peculiaridad de la literatura de género? Su solución: un impenetrable —y por lo tanto “literario”— telegrama: “Lúcete y reinstala a Quoyle como un favor especial. Temporalmente... Despedido, encargado lavar autos, recontratado. Despedido, taxista, recontratado”. Ni siquiera los admiradores de Proulx se aventurarían a alabar este aspecto de su narrativa, aunque muy probablemente comparten su impaciencia por cortar por lo sano toda su persecución “lírica”.

Proulx describe a muchos de sus personajes casi exclusivamente en función de sus orígenes étnicos o regionales. De *Accordion Crimes*.

[Chris] usaba lentes oscuros y empezó sus correrías con un montón de *cholos*, especialmente con uno muy rudo llamado “Venas”, un lunar negro en la fosa nasal izquierda, alguien que dilapidó su dinero en un Buick blanco con tapicería de terciopelo sintético, de cuyo padre, Paco Robelo, toda la familia Robelo, se rumoraba estaba relacionada con *narcotraficantes*.

“Venas” es uno de los muchos personajes presentados en un torrente de palabras que luego queda fuera de la trama. No oímos nada más de este estereotipo latino hasta muchos años y páginas después, cuando la autora, como percatándose de que ni siquiera lo necesitaba, anota en un comentario improvisado que había sido encontrado muerto a macanazos. No se supone que deba importarnos quién lo hizo o por qué, o de qué modo su muerte afectó a Chris. Entonces ¿por qué debemos conocer la ubicación exacta de su lunar, o el nombre de pila de su padre? Estos laboriosos artilugios se esfuerzan por hacer creer al lector que está leyendo poesía, interpolando datos para crear la ilusión de una visión panorámica. Buscando pasar por Dylan Thomas, termina falsificando a Dos Passos. Vaya, Proulx sólo se engaña a sí misma. Al enfocarlo todo minuciosamente, acaba por aminorar el impacto de su vívido sentido localista. Algunos detalles personales también, especialmente en *The Shipping News*, son tan deslumbrantes que reclaman mayor espacio para respirar — como el dato, divertido y trágico al mismo tiempo, de que los calcetines baratos y mojados le hayan teñido de azul las uñas de los pies a un hombre.

A Proulx difícilmente se le puede acusar de pensar “¿Si no está descompuesto, para qué componerlo?” Su novela *Postcards* (1992) recibió el premio PEN/Faulkner; *The Shipping News* ganó el Premio Nacional del Libro y el Pulitzer. A su narrativa, como a la de tantos novelistas de hoy en día, se le encomia por ser “evocadora” e “irresistible”. La razón por la que estos vagos atributos se han convertido en el lugar común de nuestro tiempo, aún más populares de lo que “crudo” y “rabioso” fueron en los años cincuenta, es que permiten a los críticos alabar la prosa de un escritor sin considerar los efectos que ésta tenga sobre el lector. Es más fácil catalogar la escritura de alguien como Proulx, de líricamente evocadora o poéticamente irresistible, que identificar qué evoca o qué es lo que al lector le parece irresistible pensar o sentir. ¿Cómo puede *Short Range* transmitir la fuerza de una vida en Wyoming, cuando todo —desde la soledad de las praderas hasta la horrenda violencia que desencadena— es descrito en el mismo estilo nebuloso de ritmos inconstantes? ¿Y por qué nos habrían de importar los personajes cuyas heridas y muertes espantosas son tratadas sólo como un pretexto para más juego de palabras?

La admiración de los críticos por Proulx refleja el consenso en aumento de que la mejor prosa es aquella que contiene el mayor número de frases notables, sin importar si éstas se ajustan o no al contexto. (En *The New York Times*, el crítico Richard Eder citó con aprobación un estridente extracto de *Short Range* en el que se relata un viaje en auto al cual los mismos personajes no parecen encontrarle nada de especial). A las frases de Proulx con frecuencia se les ensalza por tener vida propia: éstas “bailan y se enroscan, serpentean y se abalanzan” (K. Francis Tanabe, *The Washington Post*); “cada una de sus frases sorprende y encanta y, simplemente, te sobrepasa” (Carolyn See, *The Washington Post*); una oración de Proulx “chifla y crepita” (Dan Cryer, *Newsday*). En 1999 Tanabe inició un foro de discusión sobre la obra de Proulx y pidió a los participantes que lo acompañaran “señalando su frase favorita de cualquiera de los cuentos de *Short Range*”. Dudo que ninguno de los comentaristas de nuestro pasado más ilustrado hubiera esperado que la gente tuviera frases favoritas de un trabajo de narrativa. Un personaje o escena favorita, seguro; una línea de diálogo preferida, quizás; pero no una

frase favorita. Tenemos que leer un gran libro más de una vez para darnos cuenta de cuán consistente y buena puede ser su prosa, porque a la primera lectura, e incluso a la segunda, estamos demasiado ensimismados en la trama como para poder notarla. Si la narrativa de Proulx es tan irresistible, ¿por qué a sus *fans* les impresionan más sus frases individuales que el conjunto?

PROSA “MUSCULAR”

La contraparte masculina de la prosa poética femenina es una pedantería osada y Melvilleana mejor conocida por los lectores de reseñas literarias como prosa “muscular”. Charles Frazier, Frederick Busch y muchos otros novelistas escriben en este peculiar lenguaje, pero el abuelo putativo de todos ellos es Cormac McCarthy. Para ser justos habríamos de decir que el estilo de McCarthy fue alguna vez muy diferente. *The Orchard Keeper* (1965), su primera novela, es una obra maestra de composición cuidadosa y medida. Aquí, un extracto de su primera página:

Lejos sobre la hirviente cinta de asfalto una pequeña masa informe había emergido y se acercaba penosamente hacia él. Se entreveía un objeto decidido, retorcido y grotesco, como algo que se contempla a través de un vidrio defectuoso, e iba adquiriendo la forma y solidez de una camioneta pick-up, y pasó de largo y de vuelta adquirió la misma forma líquida de la que había provenido.

No hay una palabra de más y no obstante el tono es prácticamente conversacional; al lector, el escritor lo considera un igual y su cadencia y vocabulario son naturales. Obsérvese además el lenguaje figurativo (*como algo que se observa a través de un vidrio defectuoso*), fresco y vívido sin que parezca que haya esfuerzo por ser original.

Ahora lean esto de *The Crossing* (1994) de McCarthy, parte de la aclamada *Border Trilogy*: “Comió el último de los huevos y limpió el plato con la tortilla y comió la tortilla y bebió el último café y se limpió la boca y volteó a verla y le dio las gracias.”

Los escritores de suspenso saben arreglárselas para mantener esta clase de sintaxis en las escenas que corren deprisa: “...y su grito de

miedo surgió como una gárgara de sangre, y Wolf no sintió nada” (Ken Follet, *The Key to Rebecca*, 1980). En la oración de McCarthy el flujo de palabras sin puntuación no guarda ninguna relación con la naturaleza lenta y metódica de lo que se está describiendo. ¿Para qué repetir *tortilla*? Cuando Hemingway escribió “los pequeños pájaros se esparcieron en el viento y el viento se volvió plumas” (“In Another Country,” 1927), creó, como David Lodge lo observó en *The Art of Fiction* (1992), dos imágenes agudas en la forma más simple posible. La repetición de *viento*, en sentidos sutilmente diferentes, realza la inmediatez del referente al tiempo que hace eco de los recuerdos del ventoso Milán en otoño. En cambio, la segunda *tortilla* de McCarthy está ahí, como la sintaxis, para atraer la atención hacia el propio escritor. Por lo que nos dice la frase bien podría haber sido escrita así: “Comió el último de los huevos. Limpió el plato con la tortilla y se la comió. Bebió el último café y se limpió la boca. Volteó a verla y le dio las gracias”. De haber escrito eso McCarthy, los críticos lo habrían tomado como parte de una “prosa artesanalmente trabajada”. Pero la primera versión no es más informativa ni agradable que la segunda, que puede ser, al menos, leída en voz alta y entonada con naturalidad. (McCarthy es famoso por su aversión a leer su obra en público). Todo lo que hace la versión original es decir, “Me expreso de manera diferente a ti, luego, soy un Escritor.”

En todas las novelas recientes de McCarthy se retransmite el mismo mensaje una y otra vez bajo un idéntico tono severo y crítico. Abundan los paralelismos y las formulaciones pseudo-arcaicas: “Todos los días se reunían y se ponían en marcha en la oscuridad anterior a que el día aún fuera y comían carne fría y no encendían la fogata”, “y siempre sería así y nunca de otra manera”, “el capitán continuó escribiendo sin levantar siquiera la mirada”, “no rondaba ningún alma salvo él”, y así por el estilo.

Se supone que el lector debe dejarse llevar por la corriente del lenguaje. En la reseña de *The Crossing* que apareció en *The New York Times*, Robert Hass elogió el efecto: “Se trata de una cuestión de escritura incesante, una acumulación fluctuante, tacaña con las comas, una embrujante repetición de palabras... Una vez que este estilo se

asienta, firme, suavemente hipnótico, la sinuosidad de las oraciones... alcanza la magia.” Aquí la palabra clave es “acumulación.” Como Proulx y tantos otros en la actualidad, McCarthy depende más de la profusión de palabrería a “prueba y error”, que del uso cuidadoso de la palabra justa y exacta.

Mientras se le revolvió el interior de las costillas entre las rodillas el oscuro y encarnizado corazón latía por la voluntad de quién la sangre pulsaba y los intestinos se movían al ritmo de sus convulsiones masivas y azules por la voluntad de quién y el robusto fémur y rodilla y canilla y los tendones como varas rubias que se estiraban y doblaban y estiraban y doblaban sus articulaciones por la voluntad de quién todas recubiertas y amortiguadas en la carne y las pesuñas que cavaban pozos en mañanas de neblina y la cabeza que giraba de un lado a otro y el gran teclado ensalivado y los globos ardientes de sus ojos donde el mundo se quemaba.

(*All the Pretty Horses*, 1992) [Llevada al cine en el 2000, en español *Espíritu Salvaje*. N.T.].

Tal vez esto haga latir el corazón de carne oscura de Hass, pero más bien se trata de una poesía mal hecha que se aprovecha de la indulgencia de los esquemas de la prosa moderna. La oscuridad de *la voluntad de quién*, que tiene la mala suerte de recordarnos al Dr. Seussian [autor de literatura para niños hecha de juego de palabras. N.T.], esta ahí con el objetivo fanfarronear ante el lector y hacerle pensar que la mente del escritor opera en un plano más elevado que el suyo— un plano donde no resulta ridículo elogiar los movimientos intestinales de un caballo.

Como soy entusiasta admirador de las películas de vaqueros, no puedo evadir el hecho de que el mito del panorama salvaje puede conferirle un sentido épico a las vidas de sus habitantes, pero las novelas sólo toleran el lenguaje épico con moderación. Registrar con la misma sobriedad majestuosa cada aspecto de la vida de un vaquero, desde una pelea a navajazos hasta el *burrito* de su almuerzo, es crear lo que sólo puede catalogarse de kitsch. Aquí nos enteramos de que en el Oeste, hasta una resaca es algo especial.

[Ellos] se separaron caminando

en diferentes direcciones a través del chaparral para colocarse con las piernas separadas flexionando las rodillas para vomitar. Los caballos curiosos sacudieron la cabeza. No era un ruido que hubiesen oído antes. A la grisácea luz del atardecer las arcadas parecían hacerle eco al llamado de alguna especie provisionalmente ruda suelta en el despoblado. Algo imperfecto y deforme se alojó en el corazón del ser. Un ente sonreía desde el fondo de los ojos de la gracia misma como gorgón en un estanque de otoño. (*All the Pretty Horses*)

Es un pasaje extraño que puede hacernos levantar la cabeza donde quiera que nos encontremos y preguntarnos si estamos siendo objeto de una diabólica travesura de *Cámara Escondida*. Puedo aceptar la idea de que tal vez los caballos confundan las arcadas humanas de vómito con el llamado de algún animal salvaje, pero los “animales salvajes” no son lo suficientemente épicos: McCarthy debe haber fumado algo con eso de *alguna especie provisionalmente ruda*, como si el cuadrúpedo promedio contara con un carta de modales impecables y un plan de jubilación. Después se traslada de la perspectiva de los caballos a la del narrador, aunque no queda claro qué es exactamente ese *algo imperfecto y deforme*.

La mitad de la última oración nos hunde en la confusión. ¿Ese *ente* que *sonreía desde el fondo de los ojos de la gracia* es el mismo que *se alojó en el corazón del ser*? ¿Y qué está haciendo un gorgón en un estanque? ¿Andará husmeando? ¿Y por qué un estanque de *otoño*? Dudo que McCarthy pueda explicar nada de esto; quizá sólo le gusta cómo suena.

Ningún novelista que posea cierto sentido del ridículo escribiría semejante cosa. Aunque en ocasiones sus personajes se muestran bromistas y simpáticos, McCarthy se encuentra entre los escritores con menos sentido del humor de la historia norteamericana. En el siguiente extracto, el tema son los caballos.

Él dijo que las almas de los caballos reflejan las almas de los hombres más de lo que éstos suponen y que los caballos también aman la guerra. Los hombres dicen que eso lo aprenden pero él dijo que no hay criatura que pueda aprender aquello que su alma no tiene capacidad de

abarcar... Por último dijo haber visto las almas de los caballos y que eso era algo terrible de ver. Dijo que éstas podían verse bajo ciertas circunstancias al presenciar la muerte de un caballo porque el caballo comparte un alma común y su vida individual sólo se forma a partir de la de todos los caballos y la vuelve mortal... Por último, John Grady le preguntó que de ser cierto que todos los caballos debían desaparecer de la faz de la tierra, el alma del caballo no sólo perecería puesto que no habría nada con lo cual rellenarla pero el viejo sólo respondió que no tenía caso hablar de un mundo sin caballos en tanto que Dios nunca permitiría algo semejante. (*All the Pretty Horses*)

Mientras más avanzamos hacia el pasado de nuestro vaquero, más trastornado se vuelve el amor a los caballos que a él le atribuimos. Pero todavía hay más al respecto, especialmente si tomamos en cuenta los elogios que *The New York Times* le hizo al “diálogo realista” contenido en *All the Pretty Horses*; a la grandilocuencia con la que se reproduce la conversación. Se supone que los vaqueros le hablan a un mexicano en español, lo cual ya es una limitación, para empezar, pero por el tono que toma la conversación pensaríamos que están empleando hebreo antiguo. ¿Acaso Grady no debería satisfacer nuestra curiosidad averiguando cómo es el alma de un caballo, en lugar de perseguir un asunto hipotético de la teología equina? Ya sólo nos falta esperar que pregunte cuántas almas de caballo caben en la cabeza de un alfiler.

All the Pretty Horses recibió el Premio Nacional al Libro en 1992. “Nunca antes”, escribieron los miembros del jurado en su fatua cita, “se le había dado al mundo no humano su propio canon santo”. Cuánto se logra con un estilo pseudo-bíblico; el tan nombrado canon tiene poco más que ofrecer que la creencia convencional de que los caballos, al igual que los perros, sirven a los humanos lo suficientemente bien como para ameritar su exención del descuido en el que se tiene al resto de la vida animal. (Nadie ha visto jamás el alma de un caballo). Puede que la literatura de McCarthy sea menos divertida que las novelas del “género” de vaqueros, pero su visión del mundo es muy parecida. También lo es el elenco de personajes: el vaquero silencioso, la mujer a la que “le gusta

ver comer a los hombres”, bestias que aúllan. (Para ser justos con los *westerns*: la descripción que McCarthy hace de los habitantes nativos de Norteamérica en *Blood Meridian* [1985] es mucho más ofensiva que cualquiera en la obra de Louis L'Amour). Sin embargo, a los críticos les impresiona enormemente la musculatura de su prosa y no reparan en el corazón que late dentro. También *The Village Voice* ha dicho que McCarthy es “un maestro del estilo, quizá sin igual en las letras norteamericanas”. Robert Hass escribió gran parte de su crítica en *The Crossing*, imitando fervientemente el estilo de McCarthy:

Los chicos viajan por el mundo golpeando levemente sus sombreros, diciendo “yessir” y “nosir” y “es verdad” y “claro” con toda su potencial malicia, sus filósofos medio locos, conforme el mundo va deslavándose a su alrededor, y a sus mismos hermanos los cautiva el gesto de la búsqueda y los viejos se quedan en sus tiendas con su amarga sabiduría y los otros viajeros, los de edad mediana, en varias etapas, pues entre ellos se da la inocencia y la experiencia, sin importar qué impulsos hubieron de colocarlos en ese camino.

La vaguedad de este elogio debe molestar a McCarthy, que se precia de la forma en que él es capaz de asirse a “los asuntos de la vida y de la muerte”. En las entrevistas se muestra a sí mismo como un hombre que no tiene tiempo para los intelectuales ensimismados —una versión literaria de Dave Thomas, el parroquiano conservador y chapado a la antigua que aparece en los anuncios comerciales de Wendy's. Sería tanto injusto como poco caritativo sugerir que se trata de una pose nada más. Cuando McCarthy habla de Marcel Proust y Henry James y dice “No los entiendo. Para mí, eso no es literatura”, tengo el oscuro presentimiento de que nos dice la verdad.

PROSA “AGUDA”

No toda la literatura contemporánea está marcada por la clase de oscuridad típica de Proulx y McCarthy. Son muchas las novelas que intimidan a los lectores y los ponen a reflexionar no en lo que el escritor les está diciendo sino en *por qué* lo está diciendo. Aquí, por ejemplo, tenemos el inicio de *White*

Noise (1985), de Don DeLillo.

Las camionetas llegaron al medio día, formando una larga línea brillante que atravesaba el campus oeste. En una sola fila se fueron acomodando hasta formar una escultura color naranja con forma de L y así avanzaron hacia los dormitorios. Los techos de las camionetas estaban cargados de equipaje y maletas bien cerradas llenas de ropa ligera y gruesa; con cajas de cobijas, de botas y zapatos, de artículos escolares y libros, de sábanas, almohadas, edredones; de tapetes enrollados y bolsas de dormir, con bicicletas, esquís, mochilas, sillas plegables estilo inglés o americano, balsas inflables. Los automóviles redujeron la velocidad al mínimo y se detuvieron; los estudiantes se dispersaron apresurándose a las puertas traseras para sacar de ahí todos los objetos guardados; equipos de música, computadoras personales; mini refrigeradores y mesas portátiles; cajas de discos y cassettes; secadoras de pelo y tenazas estilizadoras; raquetas de tenis, pelotas de soccer, palos de hockey, arcos y flechas; sustancias controladas, píldoras anticonceptivas e implementos contraceptivos; comida chatarra todavía en bolsas de supermercado —botanas de ajo y cebolla, nachos, galletitas de crema de cacahuete, Waffelos [Waffles Kellogs] y Kabooms, chicles de frutas y palomitas acarameladas de maíz; paletas Dum-Dum [Tutsi pop] y mentas Mystic [Halls].

Este es el tipo de escritura llena de marcas comerciales e inventarios de armario que a los críticos les gusta elogiar como la “aguda prosa” que capta la enfermiza vida norteamericana moderna. Es difícil percibir qué tiene de aguda una descripción suburbana como la tierra del desperdicio de compradores compulsivos, que es algo que la crítica social de izquierda ha estado haciendo desde los cincuentas. Aún para un novelista de dotes limitadas, este es un tema a *prueba de errores*. Si usted encuentra fascinante la lista de supermercado transcrita, entonces DeLillo es su hombre. Si se duele de que es insulsa y que ya había captado el mensaje desde el primer cuarto del texto, él siempre podrá defenderse diciendo, “Un momento, no soy yo quien *crea* a esa sociedad

desajustada y consumista. Nada más la describo”. Está claro que el narrador, un profesor llamado Jack Gladney, no puede estar viendo lo que hay dentro del equipaje de los estudiantes, nada más se está haciendo el gracioso; así que nos preguntamos si de verdad hay una caravana de camionetas o todo no es más que una broma. ¿Qué tanto del pasaje anterior, para el caso, se supone que debemos visualizar? Surgen preguntas semejantes a lo largo de la lectura de *White Noise*.

Tan pronto nos son presentados Jack y su esposa, su conversación los delata como unos ingeniosos de ocurrencias insulsas:

“Es el día de las camionetas...”

“No son las camionetas lo que quería ver. ¿Cómo será la gente? ¿Las chicas traerán puestas sus faldas plisadas y su suéteres tejidos? ¿Los hombres usarán chaquetas de montar? ¿Qué es una chaqueta de montar?”

Ninguna persona real pronunciaría esas dos últimas preguntas seguidas. Los personajes de DeLillo hablan y actúan como los alienígenas del programa de televisión *3rd Rock from the Sun*, lo cual estaría bien si no tuviéramos que aceptarlos como sátiros de nuestra forma actual de vivir. Los supermercados americanos son presentados como el paraíso del calor maternal, un lugar a donde la gente va a satisfacer sus más profundas necesidades emocionales. (En una entrevista hecha por el *New York Times*, poco después de que la novela saliera publicada, DeLillo amplió el tema comparando los supermercados con las iglesias). Esta clase de sermoneo absurdo es típico en los escritores de Consumolandia; alguien debería informarles que lo único que siente el comprador promedio cuando entra al supermercado es el urgente deseo de salir de ahí. *White Noise* glorifica igualmente la larga tradición intelectual de exagerar los efectos de la publicidad. Aquí, Steffie, la pequeña hija del narrador, habla dormida:

Pronunció clara y audiblemente dos palabras, familiares y a la vez fugaces, palabras que parecían contener un significado ritual, parte de un encantamiento verbal o un canto extático.

Toyota Celica.

Pasó un buen rato antes de que me diera cuenta de que se trataba de una marca de automóvil. Esta verdad me sorprendió aún más. La modulación sonaba bella

y misteriosa, ráfaga de oro de maravilla circundante. Era como el nombre de un antiguo poder celestial, acuñado en una tablilla cuneiforme... Viniese de donde viniese, dicha frase me provocó el impacto de un momento de enorme trascendencia.

DeLillo ha expresado que quiere conceder un sentido oculto de “magia y asombro” a nuestra cultura de consumo, pero ¡qué pobre resulta su trabajo! Hay tan poca maravilla en las palabras de la niña que sólo una metáfora sacada de una experiencia humana reconocible puede permitirnos compartir la emoción de Jack. En lugar de eso, se nos habla de un nombre no pronunciado que queda acuñado en una tablilla en el cielo y, para acabar, en escritura cuneiforme. El efecto de todo esto es tan poco seductor, tan absolutamente bobo, que desconcierta aún a sus lectores más fieles. Se les deja a los profesores del mundo real explicar el pasaje bajo la luz de lo que DeLillo ha comentado en entrevistas y en otras de sus novelas, respecto a cómo la gente emplea la palabras para mitigar su temor a la muerte. Cornel Bonca, de la Universidad Estatal de California, escribe, “Si vemos la expresión de Steffie como un ejemplo del temor a la muerte que habla a través del argot consumista, entonces ese desconcertante pavor de Jack nos impactará, extraño como parezca, por ser totalmente apropiado”. Para empezar, claro está, un buen novelista habría escrito tal escena con mayor convencimiento. Suceden cosas todavía más extrañas en *Dead Souls*, de Nikolai Gogol (1842), pero no necesitamos a un intermediario académico para convencernos de su plausibilidad o que explique lo que Gogol trató de decir.

En este extracto de *White Noise*, Jack y su familia van de compras.

En la masa y la variedad de nuestras compras, en la plenitud pura que las bolsas repletas sugerían, su peso, su tamaño y su número, el diseño ya familiar de los paquetes y sus vívidos caracteres, los tamaños gigantes, las cajas tamaño familiar con calcomanías Day-Glo de oferta, en el sentido de satisfacción que percibíamos, el sentido de bienestar, la seguridad y felicidad que estos productos le dan a ese hogar interno que llevamos en el alma—parecíamos haber alcanzado una plenitud del ser que no

conocen quienes necesitan menos, esperan menos, quienes planean sus vidas en torno a caminatas solitarias vespertinas.

¿Podría ser menos sutil la ironía? Y la tautología: *imasa, plenitud, número; bienestar, felicidad!* Los ecos de torpeza: *tamaño, tamaños, familiar, familiar; sentido, sentido; plenitud, plenitud.* No dejaría de lado la defensa de los apologistas de DeLillo en el sentido de que esta repetición está ahí para subrayar la superfluidad de bienes en el supermercado. El hecho es que aquí, al igual que en la escena de *Toyota Celica*, la novela trata de exaltar el encanto mágico del consumismo mediante una prosa que es simplemente chata y aburrida.

Pero por lo menos ese párrafo es coherente. Muchos de los pensamientos del autor, sin importar qué personaje los exprese, asumen la forma de eslabones sueltos de cadenas en frases elípticas. Debe ser esto lo que satisface a los críticos que sienten estar frente a un autor que los reta—pero donde las más de las veces, tomando prestada una línea de Anne Brontë “el fruto seco y marchito no recompensa

el esfuerzo de haber quebrado la nuez”. Aquí, por ejemplo, Jack Gladney le cuenta a una mujer por qué le puso a su hijo Heinrich.

“Pienso que tiene fuerza e impacta... Hay algo en los nombres alemanes, en el idioma alemán, en las *cosas* alemanas. No sé exactamente qué es, pero ahí está. Claro, en el centro de todo esto está Hitler”.

“Anoche lo estaban pasando”.

“Siempre lo pasan. No podríamos tener televisión sin él”.

“Ellos perdieron la guerra”, dijo ella. “¿Qué tan grandiosos pudieron ser?”

“Buen punto, pero no se trata de grandeza. No es cuestión del bien y el mal. No sé qué es. Véalo de esta manera. Algunas personas usan siempre su color favorito. Otras cargan una pistola; otros se ponen un uniforme y se sienten grandes, más fuertes, más seguros. Es en esta área donde moran mis obsesiones”.

Así que Gladney piensa que hay algo de fuerza en los nombres alemanes. Es una idea muy familiar que nos hace presuponer que DeLillo va a sacar más

jugo de ella, pero en lugar de eso nos da un comentario fuera de lugar sobre la televisión, seguido de un fárrago de frases torpes relacionadas con el primer punto. Si las obsesiones del narrador moran “en esta área” ¿no podría él acaso decirnos algo que no sepamos, en lugar de decir “otros se ponen un uniforme y se sienten grandes, más fuertes, más seguros”?

También, las constantes alusiones que DeLillo hace de los sentimientos trascendentes y los portentos—alusiones que o bien se quedan colgando al aire o quedan trucas a la conveniencia del autor mediante cualquier pretexto narrativo—son fuente de espuria profundidad. Jack reflexiona sobre el desorden en su casa: “¿Por qué estas posesiones cargan semejante tristeza en su peso? Hay una oscuridad que les es inherente, un presagio. Me hacen pensar no en el fracaso personal o en la derrota, sino en algo más general, algo más grande en alcance y contenido”. ¿Qué es ese *algo grande en alcance y en contenido*? Nunca nos lo dice. Más adelante, Jack registra “matices flotantes del ser” entre él y su hijastra. Otras frases semejantes brincan a

lo largo de las novelas de DeLillo; tal vez éstas sean el elemento más consistente en su estilo. En *Underworld* (1977) la boca de un hombre se llena “del sabor que sobreviene después de cambios masivos internos”; otro de sus personajes siente “una veta esencial de sí mismo”, el aire tiene “la sensación del diseño auspicioso” y demás frases semejantes. Esta es la segura e irrefutable vaguedad de los astrólogos y quirománticos. DeLillo también añade preguntas retóricas u otras distracciones para salirse de tema. Aquí, regresando a *White Noise*, otra de las meditaciones de Jack.

“Nos acercamos a la muerte cada vez que conspiramos. Es como un contrato que todos debemos firmar, tanto los conspiradores como las víctimas de la conspiración.”

“¿Es esto verdad? ¿Por qué dije eso? ¿Qué significa lo que dije?”

La primera y la tercera de estas preguntas se pueden contestar fácilmente; después de todo todos nos acercamos más a la muerte cada vez que hacemos algo. Así que, de veras ¿por qué Jack dirá esto? Porque DeLillo sabía que le parecería profundamente



T

original a la mayoría de los lectores. Después agregó esas preguntas para mantener a raya a esa minoría crítica que lo acusaría por su banalidad.

Interpoladas en estas meditaciones encontramos largas conversaciones del tipo ¿quién-es-primero? Esto solo resalta la uniformidad de léxico de sus personajes. Jóvenes y viejos, hombres y mujeres, todos suenan igual.

“¿Qué quieres hacer?”, dijo ella.
“Lo que tú quieras hacer”.
“Yo quiero hacer lo que sea mejor para ti”.
“Lo que más te plazca será lo mejor para mí”, dijo yo.
“Quiero hacerte feliz, Jack”.
“Complacerte me hace feliz”.
“Sólo quiero hacer lo que tú quieras hacer”.
“Yo quiero hacer lo que sea mejor para ti”.

Y sigue y sigue. A quienquiera que diga que esto es un tormento, DeLillo le podría responder “¡Es lo que intento decir! ¡Así es la comunicación en Consumolandia!” No sería poco probable, considerando que el diálogo pierde la lógica a la mitad, que hubiera sido escrito para ser saltado en conjunto. Igual que los brincos de marcas comerciales que aparecen a lo largo del texto (“Tegrin, Denorex, Selsun Azul”), esto evidencia todavía más la creencia de DeLillo—que aparentemente comparten Mark Leyner, Brett Easton Ellis y otros—de que la escritura trillada y difusa es la forma más brillante de capturar la naturaleza trillada y difusa de la vida moderna.

¿Pero por qué habríamos de ocuparnos de la literatura de Consumolandia, si el efecto de dicha lectura es la misma fatiga nauseabunda que nos da pasarnos toda una tarde *surfeando* por los canales de la televisión? ¿Necesitamos acaso escritores como DeLillo por su introspección, la cual rara vez sobrepasa el nivel de “la gente se pone uniforme y se siente grande”? ¿O los necesitamos por su perspectiva irónica, que casi todos adquirimos desde la niñez cuando empezamos a burlarnos de los comerciales? Con un sí responden a ambas preguntas los miembros del jurado del Premio Nacional al Libro, quienes le dieron a *White Noise* su aprobación en 1985. La inflada reputación de la novela sigue siendo una clara señal de que debemos esperar menos de la narrativa

contemporánea que de los libros que se escribieron en los tiempos de nuestros abuelos. Así como a la prosa poética ahora le basta con ser vagamente “evocadora”, a un escritor intelectual le es suficiente dirigir sus pensamientos hacia una dirección familiar. En 1985, Jayne Anne Phillips elogió *White Noise* en el *New York Times* por haber optado por “no ofrecer respuestas” y en lugar de eso proponer “preguntas ineludibles con habilidad consumada”. También dijo ella, “[el Narrador de *White Noise*] es una de las voces más irónicas, inteligentes e inflexiblemente graciosas que comenta la vida actual en los Estados Unidos. Se trata de un Estados Unidos donde nadie se responsabiliza ni asume el control; todos son receptores, recibidores de estímulos, consumidores”. En otras palabras, son los Estados Unidos que Andy Warhol empezó a exponer en la década de los sesenta, pero con un estilo mucho más coherente. Warhol de hecho *escribía* mejor, por Dios. Entonces ¿dónde se encontraría ahora la Notable Nueva Literatura si no se hubiera suspendido voluntariamente el alfabetismo cultural?

La mayoría de los admiradores de DeLillo sostienen sus apuestas alabando su estilo—o, mi favorito, su “rigor analítico” (Jay McInerney)—con sólo una frase o dos como evidencia textual. Phillips por lo menos tuvo las agallas para citar un extracto de longitud considerable de *White Noise* en el que un personaje se aferra a la semiótica—¿de qué otra cosa?—del supermercado.

“Todo se oculta en el simbolismo... Las grandes puertas se deslizan al abrir y luego se cierran automáticamente. Ondas de energía, radiación incidental... código de palabras y frases ceremoniales. Nada más es cuestión de descifrarlas... No era que quisiéramos... Esto no es el Tibet... los tibetanos tratan de ver la muerte como lo que es. Es el fin del apego a las cosas. Esta simple verdad es difícil de asimilar. Pero una vez que dejas de negar la muerte, te puedes disponer tranquilamente a morir. No tenemos que asirnos a la vida de manera artificial, ni a la muerte... Nada más con dirigirnos a las puertas corredizas... Mira cuan bien iluminado está todo... sellado... eterno. Otra razón que me hace pensar en el Tibet. Morir es un arte en el Tibet... Los cantos,

la numerología, los horóscopos, las recitaciones. Aquí no morimos, compramos, pero la diferencia es menor de lo que tú crees”.

Incluso si todas las oraciones se metieran en un sombrero y se sacaran al azar, el texto no podría ser menos coherente. Me apresuro a agregar que Phillips creó ella misma todas estas elipsis en su aventurado intento por aislar un pensamiento lógico a partir del caos original. Da igual, ella presentó lo anterior como evidencia del “entendimiento y percepción del *soundtrack* norteamericano” que DeLillo posee. Esta es la ironía de la ficción de Consumilandia: sus fans están aún más indefensos ante la presencia de una postura autoritaria, y aún más aterrorizados de decir “no entiendo”, que los compradores que ellos consideran inferiores.

A lo largo de su carrera, la obra de DeLillo ha sido calificada de divertida: “absurdamente cómica, hilarantemente graciosa” (Michiko Kakutani), “obstinadamente chistosa” (Phillips). Y muchos parecen concordar con Christopher Lehmann-Haupt en que *White Noise* es “una de las novelas más entretenidas de Don DeLillo”, pero al mismo tiempo se rehúsan a proporcionar los ejemplos que demuestren por qué es tan divertida. Tengo la sensación de que podrían ser cosas como “¿Los hombres usan chaquetas para montar? ¿Qué es una chaqueta para montar?”, pero sería injusto aseverarlo sin pruebas. Afortunadamente para nuestros propósitos, Mark Osteen, en una introducción a la más reciente edición de la novela, toma como ejemplo la siguiente conversación y la cataloga como una de las mejores partes del “diálogo burbujeante” en este libro “tan cómico”. Nos dice también que la misma elite cultural que nunca “captó” la novela cómica británica debería desternillarse ante esto.

“Voy a leer”, dijo ella. “Pero no quiero seleccionar nada que incluya hombres dentro de mujeres, bla-bla, u hombres que entran en mujeres. ‘Entré en ella’. ‘Entró en mí’. No somos ni lobbies ni elevadores. ‘Quise tenerlo dentro de mí’, como si él pudiera deslizarse completo, registrarse en la recepción, dormir, comer, etcétera. ¿Estamos de acuerdo? No me importa lo que esta gente diga, siempre y cuando ni entre ni la penetren”.

“Absolutamente de acuerdo”.
“Entré en ella y empecé a embestir”.
“Concuerdo totalmente contigo”, dije.
“Penétrame, penétrame, sí, sí”.
“Tonto uso, definitivamente”.
“Insértateme, Rex. Te quiero dentro de mí, penetrándome con fuerza...”

Y así sigue. Osteen habría probablemente protestado por ese diálogo si hubiera aparecido en *Sex and the City*. La injustificada importancia que le concede en este contexto es un buen ejemplo de cuan patéticamente agradecidos pueden estar los lectores cuando encuentran —helo ahí— que un escritor de Literatura está tratando de entretenerlos, aunque sea por una vez.

PROSA “SOBRIA”

Para cualquiera que dude del avance del analfabetismo de los críticos de libros, basta con considerar que al más *palabrero* de los estilos prosísticos se le califica de “nítido”, “sobrio”, incluso “minimalista”. Me refiero, obviamente, a la Escuela de Escritura de Paul Auster.

El cuarto todavía estaba oscuro cuando despertó. Quinn no podía estar seguro de cuánto tiempo había pasado—si era la noche de ese día o la noche del día siguiente. Hasta era posible, pensó, que ni siquiera fuera de noche. Quizá sólo estuviese oscuro dentro del cuarto, y afuera, más allá de la ventana, el sol estaría brillando. Varias veces pensó levantarse y asomarse a la ventana para ver, pero entonces decidió que no importaba. Si ahora no era de noche, pensó, más tarde lo sería. De eso estaba seguro y, ya fuera que se asomase o no, la respuesta seguiría siendo la misma. Por otra parte, si de verdad era de noche aquí en Nueva York, entonces seguramente el sol estaría brillando en alguna otra parte. En China, por ejemplo, sin duda sería medio día y los campesinos estarían secándose el sudor de las cejas. La noche y el día no eran más que términos relativos; no se referían a ninguna condición absoluta. En cualquier momento eran siempre los dos. La única razón por la que no lo sabíamos era porque no podíamos estar en dos lugares al mismo tiempo. (*City of Glass*, 1985).

Podría haberse dicho lo mismo con la mitad de palabras, pero entonces nos habríamos sentido aún más inclinados a preguntarnos si realmente necesitaba decirse. (¿Quién demonios se ha puesto a pensar en el día y la noche como una *condición absoluta*?). La verborrea monótona y elaborada nos indica que esto es *avant-garde*, y que perder esto de vista nos pondría en el nivel de los brutos que abuchearon *La Consagración de la Primavera*. ¿Pero cuál es aquí el punto? ¿Quiere el pasaje ser banal para atrapar a los filisteos en el acto de quejarse de ello, y así dejar a los conocedores deleitarse con la ironía a un nivel postmoderno? ¿O hay de verdad un significado oculto detrás de todo este asunto de las zonas horarias? El punto es, como lo señalarían los seguidores de Auster, que no puede haber respuestas claras a interrogantes semejantes; una narrativa como la de *City of Glass* nos apremia a abrazar ambigüedades que caen fuera del marco de la novela convencional. Toda interpretación del pasaje anterior queda permitida, incluso se nos invita a hacerlo—excepto, por supuesto, la interpretación más obvia: simplemente la de que Auster está perdiendo nuestro tiempo.

Aquí otro ejemplo de lo que pasa por pensamiento en su literatura.

“Recuerda lo que le sucedió al padre de nuestra patria. Derribó el cerezo y le dijo a su padre, ‘No puedo mentir’. Poco después lanzó la moneda al río. Estas dos anécdotas son sucesos cruciales en la historia de Norteamérica. George Washington derribó el árbol y después arrojó el dinero. ¿Lo entiendes? Estaba diciéndonos una verdad esencial. Esto es, que el dinero no se da en los árboles”. (*City of Glass*).

Siempre es arriesgado identificar el pensamiento de un novelista con aquel de sus personajes, pero el predominio de estos juegos de libre asociación en la literatura de Auster sugiere que él los encuentra sorprendentes o profundos. Lo siguiente, de *Moon Palace* (1989):

Un pensamiento me llevaba a otro, volando en espiral hacia una masa cada vez mayor de concatenaciones. La idea de viajar hacia lo desconocido, por ejemplo, y los paralelos entre Colón y los astronautas. El descubrimiento de América como un fracaso por

alcanzar China; comida china en mi estómago vacío; pensamiento como en *una comida por tus pensamientos* y la cabeza como el palacio de los sueños. Pensaría: El Proyecto Apolo; Apolo, el dios de la música... así seguía y seguía, y mientras más me abría a estas secretas correspondencias, más cercano me sentía a entender una verdad fundamental del mundo. Me estaba volviendo loco, tal vez, pero aún así sentí un enorme poder que emergía de mí, una alegría gnóstica que penetraba hondo en el corazón de las cosas. Entonces, repentinamente, tan de repente como había obtenido este poder, lo perdí.

Hablar de *correspondencias secretas* y *alegría gnóstica* parece estar encaminado a hacer creer, a los lectores distraídos, que hay alguna verdad ahí, la misma que ellos por ofuscamiento no pueden captar. Para el resto de nosotros, el narrador incluye una disculpa: “Me estaba volviendo loco, tal vez”. Al igual que DeLillo, Auster conoce la primera regla de la escritura pseudo-intelectual: cuanto más difícil sea ser relacionado a una idea, más fácil será ocultar que uno no tiene ideas en absoluto.

Lo que traiciona a Auster es su debilidad por el alarde erudito. En pasajes como el que sigue, resulta claro el efecto Nabokoviano que intenta producir, y claro también que no lo logra, que todo el teatro se le cae:

Cuando conocí a Kitty Wu, ella comenzó a ponerme apelativos... Brumoso, por ejemplo, que usaba sólo en ocasiones especiales, y Cyrano, que creó por razones que más tarde se irán revelando. Si el tío Víctor hubiese vivido para conocerla, estoy seguro de que habría apreciado el hecho de que Marco, a su muy limitada manera, finalmente había puesto un pie en China. (*Moon Palace*)

Al enamorarse de una mujer china, el narrador pudo haberse permitido decir que “descubrió” China, aunque eso sea ya de mal gusto, pero *¿poner un pie* en ella? No es ninguna hazaña ser agraciado y torpe a la vez. Más ejemplos:

[En la escuela, el nombre] Brumoso se prestaba a una mutilaciones espontáneas: Bruno y Bruto, por ejemplo, junto con innumerables

referencias meteorológicas: Cabeza de Bola de Nieve, Fangoso, Boca de Lodo. (*Moon Palace*)

... una nueva tonalidad se había deslizado en esa música bronquial—algo tenso y rudo y percusivo—... (*Timbuktu*, 1999)

¿El Sr. Bones era un ángel atrapado en el cuerpo de un perro [dog]? Así lo creía Willy... ¿De qué otra forma podría interpretarse el retruécano celestial que reverberó en su mente noche y día? Para decodificar el mensaje, todo lo que tienes que hacer es ponerlo frente a un espejo. ¿Podría ser más obvio? Nada más voltea las letras de la palabra *dog* y ¿qué te da? La verdad, nada más. (*Timbuktu*)

Nadie es perfecto. Pero ¿por qué habríamos de perdonar a un escritor que trata de pasar un anagrama infantil como un *retruécano celestial*, o *bola de nieve* como una referencia meteorológica, o *tonalidad* como sinónimo de “tono”, cuando él mismo está tratando con gran esfuerzo de llamar la atención hacia su lenguaje dominguero? Y todavía peor es la forma en la que abusa de los términos filosóficos:

Según él, [el nombre Marco Stanley Fogg] probaba que viajar corría por mi sangre, que la vida me llevaría a lugares que nunca antes había pisado el hombre. Marco, con razón suficiente, era por Marco Polo, primer europeo que visitó China; Stanley por aquel periodista norteamericano que había rastreado al Dr. Livingston “en el corazón del África Negra”, y Fogg era por Phileas, el hombre que dio la vuelta al mundo en menos de tres meses... en pocas palabras, el nominalismo de Víctor me ayudó a sobrevivir las primeras difíciles semanas en mi nueva escuela. (*Moon Palace*)

Esto está dirigido a aquellos que sólo saben que *nominalismo* tiene algo que ver con nombres. En realidad los nominalistas sostenían que del hecho de que hubiera palabras para referirse a géneros, como *humanidad*, no se seguía que esos géneros existieran. ¿Qué tiene que ver todo esto con la forma de hablar del tío Víctor?

Otra piedra angular en el estilo de Auster, y en general en el estilo de la prosa norteamericana contemporánea, es la tautología. Martillea las veces

suficientes y verás cómo das en el clavo—o al menos ésa parece ser la lógica.

Su cuerpo estalló en docenas de pedacitos, y se encontraron fragmentos de su cadáver... (*Leviathan*, 1992)

Blue sólo puede conjeturar lo que el caso no es. Decir lo que sí es, lo sobrepasa completamente. (*Ghosts*, 1986)

Mi padre era rígido; mi madre, extravagante. Ella despilfarraba; él, no. (*Hand to Mouth*, 1997)

Deseos inexpresables, necesidades intangibles y añoranzas inarticuladas pasaban todas por la caja registradora y salían como realidades, como objetos palpables que podías atesorar en una mano. (*Hand to Mouth*)

Con todo, el Sr. Bones era un perro. Desde la punta de la cola hasta el final del hocico era un ejemplo puro del *canis familiaris* y cualquiera que fuese la presencia divina que lo habitaba bajo la piel, él era lo primero y lo que a simple vista aparentaba ser. El Sr. Guau Guau, Monsieur Woof Woof, Sir Cur. (*Timbuktu*)

Este tipo de cosas aparecen por doquier y aun así, la brevedad relativa de las frases de Auster siempre ha engañado a los críticos y los ha hecho pensar que jamás desperdicia una palabra. Su estilo ha sido alabado por ser “vivaz, preciso” (*The New York Times*), y “directo, casi invisible” (*The Village Voice*). Dennis Drabelle, en *The Washington Post*, lo describió como “siempre económico—breve, preciso, lo último en control sentencioso”, lo cual parece ser algo que el mismo Auster escribió.

El creador del Monsieur Woof Woof también recibió el Premio Morton Dauwen Zabel por parte de la Academia Norteamericana y el Instituto de Letras y Artes. (Por qué no ha recibido el Premio Nacional del Libro, no me lo puedo imaginar). Los críticos lo comparan con Kafka, pero es de Borges de donde Auster toma prestadas sus alegorías (trabajo detectivesco, investigación bibliográfica) y su tema favorito: la imposibilidad de *conocer* verdaderamente nada. Se trata de una elección torpe del material, pues él no

es lo suficientemente pensante como para transmitir la alegría del ejercicio intelectual. Las correspondencias gnósticas entre *la comida china* y *una comida por tus pensamientos*; *dog*, que deletreado al revés se lee *god* [dios]—¿es esto literatura filosófica?

Pero de nuevo, Auster es un éxito comercial debido precisamente a que ofrece mucho *cachet* a cambio de muy poca concentración. Los capítulos enteros parecen correr con impunidad. Crea un perro que entiende perfectamente el inglés, sólo para describir a continuación cuánto le gusta olfatear el excremento. Bautiza a su héroe con el nombre de Marco Stanley Fogg, nombre que le anticipa muchas exposiciones onomásticas e historias de crueldad infantil, y después dedica páginas y páginas a darnos eso precisamente. Un hombre se pone a contar sus libros (¿por qué?) encuentra que son exactamente 1,492, y su sobrino va a asistir a cierta universidad en la ciudad de Nueva York. “Nombre propicio, creo, pues evoca...” Vamos, adivinen qué.

PROSA “LITERARIA”

Una novela de suspenso debe mantenerte en suspenso o no sirve; eso es tan cierto hoy como lo ha sido siempre. La novela “literaria” actual, por su parte, sólo requiere interpolar algunos pasajes citables y con ello ya garantiza que se le realice una crítica, no importa que ésta sea tibia e indiferente. Con esto se refleja la influencia creciente del culto a la frase y el deseo de recompensar a los novelistas por fijarse objetivos altos. Tal vez sea natural que el campo “literario” atraiga ahora al escritor que es enemigo de los riesgos y quien, bajo diferentes circunstancias, probablemente nunca se haya apartado en lo más mínimo de la vía segura de la fórmula de la novela romántica o de suspenso. Muchas novelas que han sido aclamadas por la crítica de hoy no pertenecen más que al género mediocre de historias que se cuentan mediante una amalgama conformista de estilos “literarios” aprobados. Cada amalgama, claro está, se diferencia un poco de la otra; lo que unifica y separa a estos escritores del resto del campo “literario” es el ritmo determinantemente lento de su prosa. Parecen saber que con un estilo económico, vivaz y ágil, sus dramas de tribunales, memorias de geishas y romances de caballos susurrantes, no se les tomará en serio, y es precisamente

esa falta de suspenso lo que los eleva al estatus de mercedores de premios por sus valiosas “historias de pérdida y redención”.

El más exitoso de estos escritores es David Guterson, a quien recientemente la revista *Granta* nominó como uno de los mejores veinte novelistas jóvenes de los Estados Unidos. A continuación, un extracto de *Snov Falling on Cedars* (1994) [llevada al cine en el 1999; en español se llamó *El Acusado*. N.T.], obra por la cual recibió el PEN/Faulkner y permaneció en la lista de los más vendidos del *New York Times* durante más de un año.

Ya no le gustaba mucha gente ni tampoco muchas cosas. Hubiera preferido ser de otra forma, pero así era; él era así. Su cinismo—el cinismo de un veterano—era una cosa que lo perturbaba constantemente... No era siquiera algo que se le pudiera explicar a cualquiera, pues más bien todo era una tontería. La gente le parecía enormemente tonta. Según él éstas eran sólo oquedades animadas, llenas de gelatina y filamentos y líquidos. Había visto las entrañas de cadáveres abiertos, desgarrados, rotos. Sabía, por ejemplo, cómo se veía el cerebro al desparramarse de la cabeza de alguien. Dentro de este contexto, mucho de lo que sucedía en la vida normal le parecía entera y perturbadoramente ridículo... Percibía la necesidad que tenía [la gente] de extenderle su simpatía, lo cual lo irritaba todavía más. El brazo ya era lo suficientemente rígido sin eso y él estaba completamente seguro de que era algo enteramente repulsivo. Podía repeler a la gente si optaba por utilizar camisas de manga corta que revelaran la cicatriz de su muñón. Sin embargo, nunca lo hizo. No quería exactamente repeler a la gente. De cualquier modo, él tenía esta percepción de las cosas—de que la mayoría de la actividad humana era una total tontería, incluida la suya, y que su sola presencia en este mundo ponía nerviosos a muchos. No podía evitar poseer esta desdichada perspectiva, sin importar qué tanto pudiera no desearlo. Era su desdicha y por lo tanto con torpeza la sufría.

Mil disculpas por la longitud del texto, pero se necesitan más de unas cuantas frases para demostrar la repetitiva

pesadez de la prosa de Guterson. Michael Crichton pudo habernos dado el mismo personaje de relleno del Veterano Segregado en cualquiera de sus descripciones miniatura por las que siempre se le critica con severidad, pero Guterson parece decidido a decirlo todo.

La palabra *cosas* se utiliza para añadir volumen. “No se podía explicar a nadie por qué todo era una tontería” se convierte en *No era siquiera algo que se le pudiera explicar a cualquiera, pues más bien todo era una tontería*. “Su cinismo lo perturbaba” se convierte en *Su cinismo... era una cosa que lo perturbaba constantemente*. “Él creía que” se convierte en *él tenía esta percepción de las cosas de*. Hay mucho énfasis innecesario: típico signo del escritor sin confianza en sí mismo; “enormemente tonta”, “entera y perturbadoramente ridículo”, “enteramente repulsivo”. Hay frases que parecen no servir a ningún propósito. “Podía repeler a la gente si optaba por utilizar camisas de manga corta que revelaran la cicatriz de su muñón. Sin embargo, nunca lo hizo. No quería exactamente repeler a la gente. De cualquier modo...” Prácticamente cada pensamiento tiene eco: “No podía evitar poseer esta desdichada perspectiva, sin importar qué tanto pudiera no desearlo.” Y “...pues más bien todo era una tontería. La gente le parecía enormemente tonta. Dentro de este contexto, mucho de lo que sucedía en la vida normal le parecía entera y perturbadoramente ridículo... De cualquier modo, él tenía esta percepción de las cosas—de que la mayoría de la actividad humana era una total tontería...” Podríamos analizar este pasaje todo el día y no encontrar traza de agudeza en las palabras. No obstante, muchos lectores, incluyendo a los amigos de *Granta*, están dispuestos a morder el anzuelo de que todo lo que suene insípido debe ser Serio y por lo tanto Bueno y por ende debe ser Buena Escritura.

Igual que Cormac McCarthy, con quien ocasionalmente se le compara, Guterson piensa que es más importante sonar literario que tener sentido. He aquí el muy frecuentemente citado párrafo inicial de *East of the Mountains* (1999).

La noche que asignó como su última noche entre los vivos el Dr. Ben Givens no soñó, pues durmió inquieto y fue visitado por los fantasmas que custodiaban el portal del mundo de los sueños

hablándole implacablemente de ese mundo. Le hablaron de su esposa—ahora muerta—y de su hija y de las barrancas silenciosas donde él había cazado pájaros, de los picos de agosto que alguna vez ascendiera, de manzanas recién cortadas de sus árboles, de los viñedos al pie de los Apeninos. Le hablaron de hileras de manzanas *campanino* cerca del Monte Della Torracia; le hablaron de los cerezos a las orillas del río y de los perales en flor bajo el sol de mayo.

Bien, si el sueño del doctor fue *visitado por los fantasmas* (visitado, por favor, no “interrumpido”), ¿entonces seguro estaba durmiendo? ¿O era que los fantasmas lo mantenían despierto? Pero ¿el *dormir inquieto* no es sueño de todas formas? La respuesta, claro está, es que no importa ni lo uno ni lo otro: Guterson sólo nos duerme columpiándonos el péndulo frente a los ojos. “Estás con un profesional”, dice, “pues sólo un *Escritor Serio* se expresaría con tal sonoridad. Ahora sigue leyendo y recuerda, la atmósfera es la clave”.

Lo que sigue es una sucesión de imágenes al estilo Proulx. Para el final de la tercera frase, con los *cerezos, los perales en flor* y otra vez más *manzanas*, se supone que la acumulación de frases pedestres ya habrán para entonces engatusado al lector y lo habrán hecho creer que han producido un efecto lírico. Aquí el ardid es dolorosamente obvio. Proulx por lo menos se habría detenido frente a algo tan gastado como lo de *los picos de agosto*—en especial tratándose de un párrafo inicial. (También habría evitado el eco torpe de *le hablaron... le hablaron*).

Es de Auster, no obstante, que Guterson parece haber aprendido a crear cadencias literarias a través de la tautología, “un choque de sonido, discordante”, “un disparate inmediato, un *faux pas*”, “Wyman era gay, homosexual”, “Ella podía ver que él estaba furioso, que se reprimía, sin mostrar su ira”.

Viéndolo del lado positivo, Guterson tiene más instinto de narrador que muchos novelistas actuales. Debajo de toda esa mampostería en *Cedars*, se escucha el grito nítido del misterio de un asesinato—débil, sí, pero lo suficientemente fuerte como para que *The New York Times* le haya negado al libro el bono de una segunda crítica

reservada sólo a los libros “sin género”. Guterson también sabe que no posee el don del lenguaje figurativo. Arrebatos como “un laberinto de corredores tan intrincado como una red de arterias nutrientes” son afortunadamente escasos. Como resultado, es raro que se hunda por debajo de la mediocridad pero también es raro que se eleve por encima de ella. Sólo en sus escenas eróticas, de las que se lamentan hasta sus admiradores, es cómicamente malo.

“¿Has hecho esto antes?”, él murmuró.

“Nunca”, respondió Hatsue. “El único eres tú”.

La punta de su pene ubicó justo el sitio que quería. Por un momento esperó ahí, sereno, y la besó—tomó su labio inferior entre los suyos y lo retuvo suavemente. Entonces con sus manos la atrajo hacía sí mismo al momento que la penetraba para que ella pudiera sentir el escroto rebotar contra su piel. Su cuerpo entero sintió la rigidez, su cuerpo entero estaba capturado en él. Hatsue arqueó las aristas de sus hombros—sus pechos uno contra otro—un ligero estremecimiento la recorrió.

“Qué bien”, recuerda ella haber murmurado. “Se siente muy bien, Kabuo”.

“*Tadaima aware ga wakatta*”, respondió él. “*Entiendo justo ahora la más profunda belleza*”.

Si Jackie Collins [escritora norteamericana de novelas rosas. N.T.] hubiera escrito esto, los críticos habrían hecho su agosto con lo de *El único eres tú*, el pene buscador y con eso del ligero estremecimiento. El exabrupto del escroto (que nos hace preguntarnos qué fue lo que hizo a Hatsue sentirse tan bien) hace que el pasaje fracase incluso bajo los estándares de una novela rosa. Pero con toda intención los críticos pasan por alto este caos, porque a esta altura del libro Guterson ya se ha ganado el título de Escritor Serio—por la longitud y la gravedad principalmente, pero también por todas esas palabras en japonés.

Casi uno de cada cuatro aficionados que la reseñan en Amazon.com se queja de lo repetitivo que es *Snow Falling on Cedars*. *Kirkus Reviews* llamó a esta novela de 345 páginas “un haikú compacto” y Susan Kenney, en *The New York Times*, la elogió como “finamente

forjada y escrita sin tacha”. La novela es de lectura obligatoria en las clases de inglés de algunas universidades, y hasta a los estudiantes de historia se les invita a tomarla como fuente de información sobre el confinamiento de japoneses-norteamericanos durante la Segunda Guerra Mundial. Demasiado, supongo, para *Farewell to Manzanar* (1973) de Jeanne Wakatsuki Houston y James D. Houston, otro buen libro que el canon académico ha desplazado en favor de uno malo.

¿NO HAY ESCAPATORIA?

Con motivo de la ceremonia del Premio Nacional del Libro de 1999, Oprah Winfrey [conocida presentadora de televisión norteamericana. N.T.] dijo haber llamado a Toni Morrison [escritora norteamericana ganadora del premio Nobel de literatura. N.T.] para decirle que había tenido que armar un rompecabezas con muchas de sus frases. Según Oprah, la respuesta fue: “Eso, querida, se llama leer”. Mil disculpas, querida Toni, en realidad eso se llama escribir mal. La Gran prosa no siempre es fácil, pero jamás deja de ser lúcida; nadie con la inteligencia de Oprah ha tenido jamás que preguntarse qué trataba de decir Joseph Conrad con ninguna frase en particular. Esto no evitó que la anfitriona de dicho programa de discusión continuara citando las palabras de su amiga con admiración. De modo similar, un crítico aficionado de Amazon.com admitió haber tenido dificultades para leer los cuentos de Guterson. “Es mi culpa. He estado leyendo tantas novelas comerciales últimamente que no estaba en forma para afrontar historias tan llenas de pensamiento verdadero y profundo expresadas en un estilo tan desafiante”.

Eso es precisamente lo que la élite cultural quiere hacernos creer. Si nuestro escritor habla sin sentido o si nos aburre hasta las lágrimas, eso quiere decir que no somos dignos de él. En julio del año pasado Bill Goldstein, en *The New York Times*, escribió un artículo en el que culpaba a los lectores de la disminución del índice de lectura de libros de literatura contemporánea, pues acometen libros que exigen un esfuerzo intelectual superior a sus fuerzas. Vince Passaro, en *Harper's*, en 1999, atribuyó la baja popularidad de la nueva narrativa, especialmente al hecho de que son “inteligentes”—en oposición (argumentó) a los cuentos del tiempo de Hemingway. Passaro

nombró a Rick Moody como a un joven talento al que hay que seguir de cerca, y ofreció un extracto de “tal vez lo mejor que ha escrito”, un cuento que se llama “*Demonology*” (1966).

Llegaron en dúos y tríos, vestidos a la moda Disney con los disfraces del año: el Rey León, Pocahontas, la Bella y la Bestia, o con los disfraces de los superhéroes de la televisión, proteicos, cambiantes, acomodados así en pares o en tríos, quejándose del calor por traer máscaras, *Oye, itengo mucho calor!*, jalando sus cubos de plástico color naranja, se los intercambiaban entre sí, *Anda, dame tus dulces, por favor*, y los padres se demoraban detrás, los adultos venían a la zaga, los adultos bromeaban y hablaban de escuelas, películas, deportes locales, de sus matrimonios, de las dificultades de estar casado por largo tiempo; los chicos se lanzaban corriendo hasta la siguiente bocacalle, chicos ataviados como demonios o como superhéroes o como dinosaurios o como anuncios publicitarios de multinacionales del entretenimiento, desquitándose del alma sin descanso de los muertos, en búsqueda de dulces.

Para la tercera línea ya nos dimos cuenta de que hemos vuelto a Consumolandia. (Moody dice que quedó “literalmente pasmado” con *White Noise*). Lejos de mostrar ningún contenido desafiante, de no ser la debilidad por Disney, este pasaje nos ofrece un buen ejemplo de la poca concentración que se requiere para leer la prosa “literaria” moderna. No es necesario que recordemos cómo comenzó esta oración larga y tintineante para poder terminarla; después de todo, Moody no parece aclarar tampoco quién se *desquita del alma sin descanso de los muertos*. (El verbo metafórico implica más conciencia de los muertos de la que pueda atribuirse a cualquiera de los niños, que no paran de jugar, o a sus padres, que no dejan de parlotear). No necesitamos siquiera leer todas las palabras, porque igualmente todo se repite dos veces. “Proteicos, cambiantes”, “en pares y en tríos”, “quejándose del calor por traer máscaras, *Oye, tengo mucho calor*”, “y los padres se demoraban detrás, los adultos venían a la zaga”, “en los disfraces de los superhéroes de la televisión... chicos ataviados como superhéroes”. Nada de esto puede ocultar el oído de hojalata que tiene Moody (*iOye, tengo mucho calor!*), su poca familiaridad

con el mundo infantil (que se pelean apenas llegan a casa—y por cuestiones menos bobas), y la completa ausencia del detalle agudo en la observación.

Todo lo que Passaro dijo para justificar esa cita fue que este pasaje combina “autobiografía, ficción, comentario social y la ironía de verlos a todos como una misma y única fuente de dolor”. (Creo que me tocó sólo la parte dolorosa). Es lo típico de los críticos de hoy, que temen abordar con amplitud el estilo de la prosa, aun cuando es lo que exaltan como la razón principal para comprar un libro. Al lector o se le dice cualquier cosa la narrativa “que se desliza y juguetea” o se le brinda un extracto encajonado en su propia gráfica, sin que se le agregue ningún comentario. La afirmación implícita: “Si usted no puede apreciar por qué se trata de buena literatura, yo no voy a perder el tiempo tratando de explicárselo”. El fanfarroneo debe dar resultado en algunos casos, pues de otro modo hace mucho que los que alimentan lo que el crítico Paul Fussel denominó “la falsa pretensión de ilegibilidad de los libros de *segunda categoría*” [*unreadable second-rate pretentious*: la pretensión de la insegura clase media de creer que lee “la mejor literatura” y que el resto es basura. N.T.], se habrían visto forzados a buscar un modo honesto de vivir. Aún así, apuesto a que de cada tres lectores que leyeron el artículo de Passaro, dos de ellos hicieron la anotación mental de evitar, como a una plaga, los cuentos modernos. Hasta esa nación a la que se le ha lavado el cerebro para que confunda la “artesanía” con el arte, sabe cuándo se le están cerrando los párpados.

Gente como Passaro, claro, tiende a pensar que cualquiera que muestre indiferencia por los autores “inteligentes” de hoy, debe pasarse la vida vegetando frente al televisor, o cuando mucho leyendo silenciosamente un *thriller* de Tom Clancy. La verdad es que muchos de nosotros somos perfectamente felices con la literatura que se escribió antes de que nació—¿y por qué no debíamos serlo? La idea de que la literatura contemporánea tiene que ser de mayor relevancia porque nos habla de Internet, de súper modelos o de marcas conocidas es totalmente ridícula. Nos vemos reflejados con más claridad entre los parisinos de Balzac que con un norteamericano contemporáneo que queda arrobado

cuando en sueños la hijita dice “Toyota Celica”. Esto no quiere decir que la narrativa deba tener al realismo tradicional como su único enfoque válido, pero los Escritores Serios de hoy fracasan incluso al emplear sus propios términos postmodernos. Nos invitan a dejar atrás nuestras preocupaciones anticuadas por los contenidos y las tramas para que nos enfoquemos más bien en la forma—y después nos someten a la forma menos expresiva y a las frases menos precisas que hayan jamás existido en la novela norteamericana. El tiempo que gastamos con estos libros podríamos aprovecharlo leyendo algo divertido. Cuando DeLillo nos describe la forma de caminar de un hombre como “una especie de evasiva explicatoria... un comentario sobre la literatura de las evasivas” (*Underworld*), no siento nada; el juego de palabras es demasiado insincero, patentemente vacuo. Pero cuando Vladimir Nabokov habla de mosquitos “que arruinan el aire en un instante” [midges “continuously

darning the air in one spot”], o “el eco cuadrado” de una puerta de auto que se cierra de golpe, siento lo que Philip Larkin quería que los lectores sintieran ante su poesía: “Sí, jamás lo vi de esa manera, pero así es”. El placer que acompaña a la sensación es casi adictivo; para muchos, y me incluyo yo mismo, es la razón más importante para leer tanto como prosa como poesía.

La vieja literatura nos sirve para que recordemos el poder del lenguaje no afectado. En la siguiente escena de *The Victim* (1974) de Saul Bellow, un hombre conoce a una mujer en un picnic un 4 de Julio.

La vio correr en la carrera femenil, con los brazos muy pegados a los costados. Ella se encontraba entre los rezagados, se detuvo y salió caminando de la pista, riendo y secándose el rostro y la garganta con un pañuelo del mismo material de su vestido veraniego de seda.

Levanthal se hallaba parado cerca del hermano de ella, quien se les acercó y les dijo, “Bueno, solía correr cuando no pesaba tanto”. El hecho de que ella todavía no se acostumbrara a considerarse una mujer, hermosa además, hizo que Levanthal sintiera por ella una gran ternura. La retuvo en su mente mientras veía cojear por el prado a los competidores de la carrera en tres piernas. Observó a uno en particular, un pelirrojo que luchaba por avanzar, molesto con su pareja, como si la carrera fuera un dolor y una humillación que sólo se pudiera superar con el primer premio. “Qué diferencia”, se dijo Levanthal, “Qué diferencia de gente”.

En una novela, rara vez son convincentes las escenas que muestran por qué se enamora un personaje. Esta funciona espléndidamente y sin ir a la caza de metáforas “evocadoras”, ni guiños postmodernos con que suelen ir acompañadas estas escenas actualmente. La sintaxis es simple pero no artificialmente breve—punto que bien vale la pena enfatizar para aquellos que piensan que la única alternativa a la palabrería contemporánea es el estilo tedioso de Raymond Carver. El lenguaje contenido de Bellow hace que la repetición inesperada de la expresión *Qué diferencia* se vuelva aún más conmovedora. La novela entera está marcada por la misma callada luminosidad. Como le dijera una vez Christopher Isherwood a Cyril Connolly, el verdadero talento se manifiesta no en la afectación de un escritor sino en “la agudeza de sus observaciones [y] en la sinceridad de sus situaciones”.

Es fácil desesperar por ver el regreso de ese tipo de prosa, en especial cuando la élite cultural trabaja tan eficientemente para mantener su status quo. (Rick Moody recibió la Presea O. Henry por “Demonology” en 1997, convirtiéndose por lo tanto él mismo en un miembro del jurado O. Henry, y como éste muchos ejemplos más). Aunque la cadena de papel de la mediocridad se perpetuaría a sí misma de cualquier modo. Escritura obtusa engendra pensamiento obtuso que genera aún más obtusa escritura. La única salida es mirar atrás, a la época cuando los autores tenían algo más que decir que simplemente “¡Soy un Escritor!”; cuando una novela de 300 páginas no era sólo una nota a pie de

una fotografía en la solapa. Voltar la mirada a la tradición beneficiaría a los escritores no menos que a los lectores. A principios del siglo XX en Gran Bretaña estaba de moda afirmar que sólo un estilo completamente nuevo de literatura podría cautivar a un mundo que atravesaba por una transformación sin precedentes—igualmente el crítico Sven Birkerts proclamó en una publicación reciente del *Atlantic Unbound*, que sólo la nueva “estética del exceso exploratorio” podría responder a un mundo... bueno, ya se saben qué. Y para toda esa charla georgiana de modernidad, fue T.S. Elliot, un hombre fascinado con la “presencia” del pasado, quien escribiera la poesía más innovadora de su tiempo. La lección para la comunidad literaria moderna de hoy es tan obvia que esto se convertiría en un sermón si la mencionáramos aquí. Pero si nuestros escritores y críticos ya honran la rica tradición de la novela—si pueden decir con honestidad que sacaron algo más de *Moby Dick* que una buena frase—¿por qué entonces muestran tanta aversión a contar una buena historia?

A Moyer Bell y otras editoriales pequeñas se les ha alabado por reeditar viejas novelas. Sería todavía más alentador que nuestros periódicos nacionales le dedicaran ocasionalmente una página completa a la crítica de estas nuevas reediciones—o, ya en ese tenor, a cualquier novela que haya permanecido en la oscuridad inmerecidamente. Igualmente los lectores modernos necesitan comprobar que un texto intelectual puede conciliarse con tramas vigorosas y dinámicas, como la de la novela de Budd Schulberg *What Makes Sammy Run?* (1941), o las de *Appointment in Samarra* (1934), de John O’Hara. Las novelas *Hangover Square* (1941), de Patrick Hamilton o *The Second Curtain* (1953), de Roy Fuller son *thrillers* psicológicos británicos escritos con cuidado, con una prosa poética llana y natural que pueden encantar a un gran número de lectores. Y por la misma moneda, a muchos de los adultos que disfrutaban de Harry Potter les encantaría todavía más la trilogía Gormenghast de Mervyn Peake (1946-1959), si al menos supieran de su existencia. A los fanáticos del suspenso les sorprendería gratamente ver qué fácil es leer *The Adventures of Caleb Williams* (1794), de William Goddwin. A los lectores norteamericanos debería invitárseles a superar su creciente aversión a la



literatura traducida. Descubriendo a Shiga Naoya y su novela *A Dark Night's Passing* (1937) y a Enchi Fumiko con *The Waiting Years* (1957), dos conmovedoras obras clásicas de la narrativa japonesa, se advierte cuán poco necesitamos las memorias de una geisha escritas por un hombre blanco.

Siéntanse en total libertad de rechazar estas recomendaciones, pero ¿puede alguien que esté fuera del círculo de las grandes casas editoriales afirmar que

debe dársele a una obra más atención tan sólo por ser nueva? A muchos lectores les basta luchar contra un sólo libro malo antes de concluir que son demasiado lerdos para disfrutar algo “desafiante”. Su primera incursión en la literatura no tendría por qué quedarse, por mera falta de consejo, en la tercera página de algo como *Underworld*. Por lo menos los críticos deberían comenzar por reducir sus hipérbolos. ¿Qué mejor manera de asegurar que los jóvenes se queden sin

leer a Faulkner y Melville que invocar cada semana sus nombres para loar a algunos neonatos? ¿Qué mejor manera para desalentar la expresión honesta y clara que la de calificar a Annie Proulx—como lo hizo Carolyn See en *The Washington Post*—como “la mejor estilista de prosa en lengua inglesa, como ella ninguna”?

Pase lo que pase, el viejo desdén que los norteamericanos tienen por lo pretencioso tendrá que reaparecer

algún día, y esperemos en dios que sea pronto. Mientras tanto, yo seguiré leyendo la clase de libros que Cormac McCarthy no entiende. ■

B. R. Myers, crítico norteamericano. Se desempeña actualmente como profesor de Estudios Norcoreanos en la Universidad de Corea en las afueras de Seúl.

He descubierto, al releer estos poemas inmediatamente posteriores a *Libertad bajo palabra* (1957), que para Octavio Paz el llamado “instante eterno”, que concibió fenomenológicamente en su ensayo *El arco y la lira* (1956), es equivalente a su noción de la hora; también descubrí que si bien ésta —la hora— no goza precisamente de temporalidad lineal (pues la hora no es el conteo imparcial de sesenta minutos), sí posee en cambio *duración*.

La hora es, entonces, la expresión de la duración o, si se quiere, un tiempo cargado de ser y sus precipitaciones: un precipitado del ser. La hora dura lo que debe durar, y el ser poético que la habita no podría soportar mayor duración sin rondar la locura.

*Un reloj da la hora
ya es hora
no es hora
ahora es ahora
ya es hora de acabar con las horas (...)*

En otras palabras, el instante eterno —la hora paciana— no es un tiempo interminable sino un lapso que tiene fondo, y de tan profundo todo cabe en él, todo ocurre y todo es posible. La hora dura. Es duradera. “No pesa el tiempo / es pesadumbre”. Pero la sincronía robusta de ese tiempo poético tiene a la vez conciencia del final indefectible; el poema en sí lo busca como necesidad de extinción, hasta llegar al verso último más allá del cual es inconcebible la reapertura del tiempo interior. Del mismo modo, una vez que se inicia esa forma del transcurrir, el presente —la presencia— se instala en forma total, e integra para sí las cosas del mundo sin posibilidad de pausa analítica alguna:

AMISTAD

*Es la hora esperada
sobre la mesa cae
interminablemente*

Una vez perdidas todas las batallas

Alejandro Rozado

Amigo e interlocutor (¿no es lo mismo?) de Octavio Paz, Alejandro Rozado ensaya aquí sobre el poemario Salamandra (1962). Con la apuesta de quien encuentra en lo poético no un refugio personal sino la oportunidad más pertinente en “tiempos de miseria”, reflexiona y aun dialoga con Paz y su poesía, sobre el significado de ser hombres arrojados a los abismos del tiempo y la historia. ¿Qué recuerdo o destino se resguardan en su vórtice? ¿Hacia dónde nos conduce?

*la cabellera de la lámpara
La noche vuelve inmensa la ventana
No hay nadie
La presencia sin nombre me rodea.*

Si algo distingue a *Salamandra*, ése es el bergsonian tema de la duración. Si Henri Bergson —por cierto, Premio Nobel de Literatura 1927— hubiese escrito poemas en vez de ensayos filosóficos, su obra se parecería irresistiblemente a la del Nobel de Literatura 1990. Existe una afinidad interna, una simpatía estética y vital entrambos, cuando el filósofo francés propone:

Oigo el tañido de una campana. Dos posibilidades se presentan: puedo estar alerta (...) y contar uno a uno los campanazos para saber exactamente qué hora ha tocado; pero puedo también seguir la melodía de las campanadas, cuyo sonido se pierde en la lejanía para renovarse al nuevo golpe del nuevo campanazo. ¿Qué sucede en estas experiencias distintas? En la primera *cuento* una sucesión para percibir el tiempo; en la segunda vivo una serie matizada de sensaciones sin contarlas. En el primer caso pienso en el tiempo; en el segundo vivo la duración.

Y cuando el poeta mexicano escribe:

APREMIO

*Corre y se demora en mi frente
lenta y se despeña en mi sangre
la hora pasa sin pasar
y en mí se esculpe y desvanece (...)*

*El día es breve la hora inmensa
hora sin mí yo con su pena
la hora pasa sin pasar
y en mí se fuga y se encadena*

Hasta donde yo sé nadie ha subrayado esta cercanía intrínseca entre el vitalismo francés y la poética de Paz. Valdría la pena ensayar más a fondo sobre ello, no sin considerar también —entre otros— el libro de Gastón Bachelard: *La intuición del instante*, pequeña obra maestra escrita en los años treinta alrededor de los temas principales de Bergson: precisamente la duración y la *intuición*, ésta como supremo modo del conocimiento que funde —en vez de oponer— instinto e inteligencia, sincronía y diacronía. La intuición como vía privilegiada de acceso al tiempo subjetivo, como un acto cultural meritorio de Occidente, diferenciado de la meditación orientalista que tanto confunde a las extraviadas buenas conciencias de nuestra época.

Entre la ebriedad que rebasa los sentidos y el éxtasis sagrado de las revelaciones, entre el hedonismo y

el estoicismo —intrusos inoportunos de la civilización—, entre la comunión y la confesión íntima, emerge de los poemas de un Paz ya maduro la lumbre de la intuición prodigiosa, verdadero aporte por lo demás a la discusión epistemológica de cara a los problemas de la estética, la historia y la sociología.

Salamandra (México, Joaquín Mortiz) es una edición de 1962 que recoge la poesía de Octavio Paz escrita entre 1958 y 1961. Se compone de cuatro poemarios: “Días hábiles” (del cual me extenderé más en este espacio), “Homenaje y profanaciones”, “Salamandra” y “Solo a dos voces”. Suficiente abundancia. Es notable cómo en tan sólo cien páginas pobladas de aves y vuelos, Octavio Paz va revelando los poderes concretos de la poesía y sus íntimos alcances. Recién fallecido Alfonso Reyes —figura central de las letras mexicanas en el primer medio siglo xx—, con este libro Paz gira hacia el centro de la constelación literaria e intelectual mexicana, lugar que ocupará durante décadas cruciales hasta su muerte, en 1998.

El poema que abre el libro se llama, justamente, “Entrada en materia”, en el que anuncia una poesía un poco más aérea, y musical también; las palabras se articularán de ahí en adelante con mayor libertad de juego y los versos serán más gráficos —un poco, no mucho— sobre la página. No será una revolución ni una renovación de su obra: será más bien una liberación de las exigencias intelectuales que el propio autor se había impuesto para decir lo que tenía que decir hasta componer su poema mayor “Piedra de sol”, en 1957. *Salamandra* es una continuación de su obra —con sus temas y preocupaciones expresivas—, pero más relajada y flexible, con la conciencia tranquila de que con *La estación violenta* (1957) culminó la elaboración de las coordenadas de su quehacer poético; con la conciencia,

en suma, de que “ya pasó lo peor”, por decirlo así. Sus fraseos son más cortos y buscan un vuelo más amplio y ligero dentro del poema. Asoma incluso cierta gracia discreta no permitida anteriormente, como si anticipase la “rebelión de los sentidos” a punto de estallar en los sesentas. Y todo ello tocado por una grácil economía del uso de las palabras.

En ese sentido más musical de los textos, el primer poema aludido (“Entrada en materia”) posee la estructura de una *suite*; el tema es recorrido por el hábito romántico del autor: un paisaje urbano y nocturno que privilegia a la inspiración para saltar hacia la cumbre del tiempo interior. Varias piezas lo componen. *Primera pieza*: la noche eterna como telón de fondo ineludible: “Noche en los huesos / noche calavera / los reflectores palpan tus plazas secretas / el sagrario del cuerpo / el arca del espíritu”. *Segunda pieza*: el escenario ciudadano cuya magnificencia arredra y desafía: “(...) torres ceñudas con el miedo hasta el cuello / casas templos rotondas / tiempo petrificado”. *Tercera pieza*: el primer habitante-vigía de la noche hace su aparición con discreto sigilo sobre las altas azoteas: “Un gato cruza el puente de la luna / los carniceros se lavan las manos / en el agua de la luna”. *Cuarta pieza*: la evocación de la hora –verdadera “entrada en materia” – y sus trampas del lenguaje: “(...) ahora no es hora / es hora y no ahora / la hora se come al ahora”. *Quinta pieza y finale*: los demonios de la duración nocturna entran en la escena poética a carcomer los nombres: “La conciencia y sus pulpos escribanos / se sientan a mi mesa / el tribunal condena lo que escribo / el tribunal condena lo que callo (...)” Se abren de par en par las puertas del transcurrir; quien se interne detrás de ellas “podría decir todas las palabras” sin significar nada, pues:

*No están las cosas en su sitio
no tienen sitio
No se mueven
y se mueven
echar alas
echar raíces
garras dientes
tienen ojos y uñas uñas uñas*

El único vehículo posible para nombrar lo innombrable, callando, es el estado poético del hombre común. “Los nombres no son nombres / no dicen lo que dicen / Yo he de decir lo que dicen / ... / el sagrario del cuerpo / el arca del espíritu”.

Así, “Días hábiles” es un poemario excelso que investiga dos vías de acceso al tiempo-duración: 1) la fusión con el instante en la hora –donde el sujeto se diluye–, y 2) la contemplación de la presencia inmutable más allá de sus rotaciones –donde el sujeto, al apartarse para meditar, se descubre meditado. Dos negaciones de la subjetividad moderna, dos maneras de conocimiento, por tanto, que se abren a esta nuestra vieja historia en su caída.

Sin embargo, los veinte poemas que integran a “Días hábiles” son como las piedras sobresalientes de un riachuelo por atravesar. El poeta, aquí, salta con ligereza de una a otra. Algunas de esas piedras son muy pequeñas y no ofrecen suficiente apoyo; quien las pise debe ser raudo en su impulso y vivir la instantánea sensación de detenerse, congelado, en la moción ininterrumpida, como caminar descalzo sobre ardientes brasas. De esta naturaleza son poemas memorables como “Peatón”, “Pausa” (no por casualidad dedicado a la memoria de Pierre Reverdy, ese escritor de poemas que son sólidas piedras de río), “Disparo”, uno de mis favoritos en el que la palabra relincha y (a)salta sobre la conciencia dormida en forma de una “muchacha que en mitad de la vida / me depierta y me dice *acuérdate*”; también el ya citado arriba “Amistad”, “Certeza” y, desde luego, aquel titulado “Niña”. Todos breves trabajos maestros que constituyen distintas maneras de destrozarse el tiempo. Poemas: trozos de tiempo.

Pero si el lector sigue los brincos del poeta, ¿hacia dónde lo llevan?, ¿qué hay al final de esa travesía?: “El mismo tiempo” –último poema de “Días hábiles”– parece ser la respuesta que se edita a sí misma. El mismo tiempo es un lugar donde invariablemente nos terminamos topando con un personaje desconcertante y, acaso, aterrador: un viejo sentado en una banca que “habla solo”... Y el poeta se pregunta:

*Con quién hablamos al hablar a solas?
Olvidó su pasado
no tocará su futuro
No sabe quién es
Está vivo en mitad de la noche
habla para oírse*

Ese viejo, “unimismado idéntico perpetuo” –figura peregrina que ha desplazado ya a la jovial fuente, al “chopo de agua” tan emblemático de la obra anterior de Paz–, nos mira (¿nos mira?) desde el fondo de su quietud y en alto contraste con nuestra agitada

caída. Y al mirarnos con esa fijeza horrorosa e inexpresiva nos indica que es un ser que ya no fluye como el manantial del transcurrir, ni mucho menos corre frenético como el tren del tiempo; sólo está ahí, “vivo en mitad de la noche”, interrogando interrogado, siendo en su casi no-ser... Octavio Paz ha visto esa imagen del sentir de los tiempos: la vejez de la historia, aquella que comienza a negar –por su misma naturaleza senil– la idea del progreso indeclinable de la humanidad, y aquella también que se sorprende viva aún entre vagos recuerdos e imaginaciones verosímiles, entre anécdotas, instantes lúcidos e interrogaciones (“¡Qué extraño es saberse vivo!”). El viejo del banco es el tiempo perdido y, a la vez, el tiempo recobrado. El de los momentos que Octavio Paz dejó ir de sus manos, como cuando Vasconcelos le dijo: “Dedíquese a la filosofía / Vida no da / (pero) defiende de la muerte”, o cuando Ortega y Gasset le dio el ya famoso consejo: “Aprenda alemán / y póngase a pensar / olvide lo demás”. Pero también es el tiempo de las noches que el poeta recobra a través de los objetos: “... si no vuelven las horas vuelven las presencias / En esta vida hay otra vida / la higuera aquella volverá esta noche / esta noche regresan otras noches”.

Con “Días hábiles” se da respuesta en varios planos –filosófico, poético, histórico– a las preguntas que poemas pacianos de décadas anteriores se hacían. Sus flexiones y reflexiones sobre el tiempo (o mejor dicho: los tiempos) configuran una contestación dotada de oportunidad histórica: nos toca vivir este casi no-ser de nuestra civilización; no podemos huir de ella, tampoco aniquilarla; los oleajes revolucionarios también suspendieron su agitación. Podemos, en cambio, aquilatar lo que esta temporalidad nos ofrece a manos llenas: las virtudes de una vejez legítima, ganada a pulso.

A la pregunta nueva que se asoma entre las páginas de *Salamandra*: ¿cómo percibir y apreciar dichas virtudes?, parece responder otro poema mayor, en prodigioso diálogo de obras y constelaciones de imágenes e ideas. Se trata del relato poético “Noche en claro”, que refiere un encuentro memorable que tuvo Octavio Paz con André Bretón y Benjamín Péret por los años cincuenta en el solitario Café de Inglaterra, en la ciudad de París... “Algo se prepara”, dijo uno de ellos, y el tiempo se abrió como revelación, y por su enorme hoyanco se precipitaron los siglos:

*Año de hueso
pila de años muertos y escupidos
estaciones violadas
siglo tallado en un aullido
pirámide de sangre
horas royendo el día el año el siglo el hueso
Hemos perdido todas las batallas
todos los días ganamos una
Poesía*

Réplica de la decadencia y para la decadencia –el viejo del banco hablando a nadie y a sí mismo–; dictado no del escritor sino de su amante, la Ciudad Mujer, la gigante baudeleriana, la metrópolis que lo embelesa con su abrazo de piedra y fuego, monumento del tiempo final, escenario lluvioso que musita al oído los versos de un programa para los años venideros –que son los nuestros. Sí, seguiremos perdiendo todas las batallas bajo una ley de oro, de derrota en derrota, hasta admitir *la hora de la poesía*. No como refugio amargoso donde se fermente nuestra ruina moral, ni como consuelo frívolo del abatido que reza: “al menos me queda la palabra”. La poesía que se gesta en la prolongada posguerra que vivimos no es un residuo, sino el más distinguido prodigio de nuestra acción desastrosa. Al fracasar, poetizamos otra dimensión de lo real, inaugurándola; no se puede poetizar ahora sin esa experiencia infranqueable del hombre contemporáneo ante su declinación general y paulatina. Ante la imposibilidad del triunfo humanista, se extiende frente a nuestra mirada esa especie de tierra baldía, áspera y ruda que nos corresponde recorrer a pie, a puño y letra, por escrito, con la caligrafía personal que es inmune a la transcripción digital. Desafío de centurias que Octavio Paz señala y comienza a andar a solas, abriendo la angosta brecha de lo poético en “tiempos de miseria”, como dijera Heidegger.

En otras y definitivas palabras: *Salamandra* es una obra apoyada en tres poemas-vértice (“Entrada en materia”, “El mismo tiempo” y “Noche en claro”) que establecen el horizonte de la época de declinación histórica que ha comenzado. Con ellos, Octavio Paz intuye las tareas que les corresponde hacer a los poetas con un mínimo de sentido epocal. Y parafraseando y recomponiendo sus versos, podemos decir que: una vez perdidas todas las batallas, el poeta de nuestro tiempo es como aquel viejo que en mitad de la noche de la historia nos despierta y nos dice a todos: *acuérdense*. ■

Alejandro Rozado (D.F., 1954) es sociólogo, crítico de cine y psicoterapeuta. Desde 1988 radica en Guadalajara.

Después de varios años de estar en contacto con profesores y directivos de escuelas desde preescolar hasta universidad, asesorando e impartiendo talleres, he tenido la oportunidad de constatar que la educación en nuestro Estado arrastra males añejos. Como testigo de las prácticas y preocupaciones de estos profesores y directivos, he ido anotando lo que considero son sus más frecuentes deslices y carencias. Algunos acusan una deficiente formación profesional, otros ponen de manifiesto vicios del sistema educativo, pero todos contribuyen de una u otra forma a explicarnos algunas causas de la crisis de la educación jalisciense. A continuación relacionaré esos vicios, *tics* y deficiencias en lo que he llamado Los Siete Pecados Capitales del Profesor Tapatío.

PECADO DE SUMISION

Siempre me ha llamado la atención que los profesores se resistan a cambiar sus sistemas de trabajo, bajo el pretexto de que no les alcanza el tiempo para “cubrir los programas”. Esta compulsión a cumplir con todo lo que en ellos se establece suele ser provocada por las exigencias de los directores de escuela, o incluso, de nuestra burocracia educativa. El caso es que tal celo se convierte con frecuencia en el cáncer de nuestra educación.

La idolatría a los programas está basada en un temor reverencial injustificado, bajo el cual suele hallarse la falsa creencia de que información equivale a conocimiento. En una ocasión una profesora reconocía ante sus colegas la importancia de que sus alumnos tuvieran la oportunidad de aprender a redactar, sin embargo se quejaba de que difícilmente había tiempo para hacerlo cuando el programa de español exigía que aprendieran a reconocer sustantivos, adjetivos, adverbios, preposiciones... El resultado, admitía con pesadumbre, era que sus alumnos terminaban reconociendo un pronombre personal, pero eran incapaces de utilizarlo correctamente cuando redactaban. El problema no sería grave si esa deficiencia (saber redactar) se supliera en grados posteriores, pero cuando el alumno llega a esos grados, las nuevas exigencias del programa en turno lo harán postergar nuevamente esa tarea. Al final, desde luego, tenemos profesionistas que redactan de manera incorrecta, que no saben desarrollar

Los Siete Pecados Capitales del Profesor Tapatío

Francesco Passolini

por escrito (ni oralmente) una idea, y para colmo, han olvidado lo que es un pronombre personal.

¿Qué es lo que ocurre entonces? ¿Qué hay de malo en seguir el programa? En realidad éste no tiene nada de malo. El problema es la forma en que se malinterpreta y magnifica su función. El obstáculo para enseñar lo que verdaderamente es relevante no es el programa, sino el desconocimiento de su verdadera naturaleza. ¿Qué es un programa sino la serie de pasos que nos son propuestos para llegar a un objetivo último? Tal objetivo, en el ejemplo precedente, sería precisamente enseñar a redactar. Cuando se pone el carro delante de los caballos, las cosas no andarán, pues terminarán profesor y alumnos siendo un instrumento del programa, y no el programa un instrumento a su servicio. En otras palabras, la pulsión ciega a seguir al pie de la letra un programa suele terminar boicoteando su finalidad. Por eso comprender su verdadera naturaleza ayudaría en general a los profesores a emplear mejor el tiempo educativo, lo que supondría una reorientación de las actividades y quizás una disminución de su número en favor de su profundidad.

PECADO DE GULA

Uno esperaría, luego de lo que acabo de señalar, que los profesores “abrumados por los programas” se limitaran entonces a cumplir exclusivamente con ellos. Por extraño que parezca esto no es así. A las numerosas exigencias académicas que deben atender profesores y alumnos, cada escuela agrega a la lista otros contenidos y actividades que consideran relevantes, cada una por diferentes razones.

Por ejemplo, hay quienes quieren mostrar que sus alumnos aprenden más y mejor que los estudiantes de las demás escuelas; tal es el caso de las instituciones que hacen hasta lo imposible por lograr que todos sus alumnos lean y escriban al finalizar el preescolar, o para que sean capaces de realizar los procesos aritméticos que en las otras escuelas aprenden en el grado subsiguiente. La conclusión errónea a

la que llegan los promotores de estas absurdas exigencias y prematuros logros es que el nivel académico de sus instituciones es superior al que se alcanza en las demás. Otras instituciones por su parte roban una gran cantidad de horas educativas a preparar actividades extraescolares, festivales, clases públicas, actividades de culto, etcétera, que en nada o en muy poco ayudan a la formación del alumno.

Siempre me ha parecido incomprensible que sea motivo de orgullo la obtención de logros precoces, pero más extraño me parece que se fuerce a los alumnos a acelerar el ritmo de aprendizaje con ese afán. ¿Qué diferencia hace que un niño aprenda a escribir a los 5 o 6 años? Por el contrario, esta prisa suele tener resultados funestos para el aprendizaje, pues pervierte el apacible ritmo de la introspección que es su condición indispensable.

Por otro lado, es lamentable que el escaso tiempo que los profesores y escuelas afirman disponer para cumplir sus fines educativos, termine con frecuencia suplantado por actividades no-educativas.

PECADO DE IGNORANCIA

No es inusual que los profesores ignoren cuáles son los propósitos que se persiguen cuando exigen a sus alumnos aprender determinados contenidos. Cuando he llegado a cuestionarlos acerca de las razones por las cuales sus alumnos deben estudiar tal o cual cosa, encuentro respuestas como las siguientes: “porque es un requisito de la Secretaría de Educación”, “porque si se va a estudiar a otra escuela, se lo van a preguntar en el examen de admisión”. Incluso hay quienes responden “por cultura general”. Este desconocimiento de los propósitos educativos de los programas escolares pone de manifiesto que no todos los profesores han logrado establecer vínculos claros entre el aprendizaje y el desarrollo, es decir, se encuentran más interesados en los beneficios a corto plazo (que, en algunos casos, podría ser aprobar un examen) que en las eventuales repercusiones que

el aprendizaje podría tener a mediano y largo plazo sobre el desarrollo de sus alumnos en diferentes ámbitos: el cognoscitivo, el afectivo, el moral, etcétera.

Tal es el caso de ciertos profesores de matemáticas a nivel secundaria, que justifican que sus alumnos deben aprender trigonometría *porque* es un tema que aparece en el temario del examen de admisión de la mayoría de las preparatorias. Peor aún, el caso de algunos profesores universitarios que, intentando subrayar la importancia de cierto tema de estudio, anuncian que se trata de un tema de examen, en vez de explicarle a los alumnos por qué ese tema resulta relevante para su formación profesional.

Pero si ya es inexcusable que un profesor desconozca o desatienda el propósito último que busca al enseñar los contenidos a sus alumnos, es doblemente fustigable que no tenga dominio de esos contenidos. De tal suerte que la tarea de lograr que los alumnos comprendan lo que aprenden se vuelve una empresa titánica, que conduce a la obtención de resultados pobres, e incluso erróneos. Recuerdo una discusión que tuve con un profesor de biología: yo trataba de explicarle que a veces los alumnos tienen ideas erróneas acerca de los fenómenos de la naturaleza, y para ilustrar mi afirmación le conté que los alumnos de corta edad creen que aumenta la cantidad de agua en el mundo cuando se observan procesos de deshielo en los Polos. Este profesor me contestó que los alumnos tienen razón, y argumentaba que, si bien es cierto que el hielo también es agua, solemos denominar con este nombre sólo a aquella que se encuentra en estado líquido, y como el hielo pasa a estar en forma líquida, por eso aumenta la cantidad de agua en la Tierra.

Hace poco un amigo me comentó que en la escuela católica en la que estudia su hijo, la maestra empezó a inducirles el miedo al infierno. Indignado, mi amigo le dijo a su hijo que el infierno no existía como tal, que no era un lugar real, lo cual no tardó en llegar a oídos de la maestra, quien contradujo a su vez al padre, acusándolo de ignorar la doctrina. La discusión finalizó cuando mi amigo envió a la maestra una encíclica papal en la que se afirmaba que efectivamente “el infierno no existe materialmente”. En resumen, los profesores suelen

tener desde poca conciencia hasta ignorancia total de las razones por las cuales enseñan *alguna cosa* a sus alumnos, y no pocas veces ignoran la cosa misma también.

PECADO DE MIOPIA

Una de las consecuencias de la escasa comprensión de los contenidos, además de una base conceptual pobre acerca del aprendizaje y sus procesos, es que los profesores atomizan en forma desmedida los temas que son abordados por los alumnos cuando estudian las diferentes materias. Hasta ahora conozco pocos profesores que aprovechan una lección de ciencias naturales para provocar que los alumnos ejerciten o aprendan nuevos aspectos relacionados con las matemáticas, la historia, la geografía o el español. Incluso, les resulta difícil establecer conexiones entre los ejes que integran un área de conocimiento: así, darán una lección de gramática, y al día siguiente otra lección acerca de las partes de un texto, pero las actividades realizadas en una y otra lección no tendrán que ver nada entre sí, excepto por el hecho de que ambas se realizaron “a la hora de español”.

Recuerdo el caso de ciertos profesores de ciencias que se negaban a señalar los errores ortográficos cometidos por sus alumnos cuando les revisaban las tareas y los exámenes, bajo el “argumento” de que ellos no eran profesores de español.

PECADO DE SOBERBIA

Otra de las deficiencias del profesor tapatío, en todos sus niveles, está relacionada con la didáctica. La metodología para enseñar suele privilegiar el uso del discurso oral, pero no el de los alumnos –lo cual sería ya una ganancia– sino el del profesor. La planeación está centrada en lo que hará el profesor para enseñar, pero no en lo que harán los alumnos para aprender. Desconocen, por tanto, la importancia que tiene la acción por parte del alumno como requisito para el logro de aprendizajes genuinos. El acto del conocimiento es una experiencia directa, una iluminación privada, a la que no se puede más que inducir al alumno. El protagonismo del profesor omnisciente suele lograr lo contrario a lo que busca: inhibir los procesos de aprendizaje de sus alumnos (si bien puede elevar la autoestima del profesor). Otra de las

caras del Pecado de Soberbia es la falta casi total de autocrítica. Por ejemplo, cada vez son más los profesores que responsabilizan a los alumnos de los resultados deficientes que obtienen en las evaluaciones, pero son pocos los que asumen la parte de responsabilidad que les corresponde a ellos como profesionales de la educación. Afirman que los crecientes problemas de indisciplina dificultan cada vez más el trabajo que realizan dentro del aula, y en consecuencia, concentran sus energías para lograr instaurar sistemas de control eficientes y, de esa manera, establecer las condiciones que se requieren para aprender. Desde mi punto de vista, convierten el efecto en causa, olvidando que los alumnos suelen concentrarse cuando están interesados en aprender.

Así, hay profesores que invierten gran parte de su tiempo y de sus esfuerzos para conseguir que sus alumnos respeten las normas de comportamiento dentro del salón. No hace mucho observé el trabajo de una profesora que invirtió más del 50% de la hora que duraba su clase tratando de lograr que sus alumnos de 9 años guardaran silencio y la escucharan. Recurrí a todo tipo de recursos: hablé acerca de la importancia del orden y el respeto para poder aprender, llamé la atención a los que más hablaban y terminé por amenazarlos con dejar sin recreo a aquellos que no se callaran. Lo peor no fue que los alumnos trabajaron solamente durante 20 minutos efectivos, sino que el trabajo que realizaron no coincidió con las indicaciones que la profesora les había dado, cosa que ésta ignoró por completo.

Otra faceta de este pecado corresponde a esa actitud que adoptan ciertos profesores al tratar de mostrar ante los demás que todo lo que hacen dentro de sus aulas es digno de ser imitado. Se trata de esos profesores que siempre están listos para resaltar los errores de los demás, que suelen brindar consejos a sus colegas acerca de cómo pueden tener éxito dentro de sus aulas, pero que, dado su bajo nivel de autocrítica, difícilmente aceptan la idea de que ellos pueden cometer errores.

PECADO DE SOBREPOTENCION (O SUBESTIMACION)

Aún son pocos los profesores tapatíos que enfrentan a sus alumnos a situaciones o problemas de alto nivel,

esos que demandan la realización de tareas complejas, que implican la integración de diferentes conceptos y habilidades, y que, precisamente por su nivel de complejidad, se resuelven a mediano plazo, no en el espacio de una clase. Pocas veces provocan que los alumnos echen mano de lo que han aprendido para enfrentar tareas que les representen verdaderos retos. Las actividades que los profesores planean suelen estar desvinculadas de los intereses reales de los alumnos y de sus experiencias previas en el mundo extraescolar. El resultado es que los alumnos aprenden a resolver los problemas que enfrentan dentro del contexto escolar, no a resolver los problemas que enfrentan en la vida cotidiana.

Éste, al igual que otros males, no sólo aqueja a la educación jalisciense. Diversos estudios han mostrado que los alumnos son capaces de ejecutar ciertas tareas sólo cuando éstas se presentan estructuradas de acuerdo a los códigos que se utilizan en la escuela, por ejemplo, resolver un problema que requiere el uso de una operación aritmética. Sin embargo, estos mismos alumnos son incapaces de resolver un problema que requeriría el uso de la misma operación cuando se encuentran en contextos no escolarizados. Hace algunos días, queriendo que mi sobrino de 10 años ejercitara lo que estaba estudiando en la escuela, le pedí que me diera un dieciseisavo de la pizza que acabábamos de comprar (la cual estaba dividida en 8 trozos). Por más que intenté ayudarlo a razonar qué debía hacer, no fue capaz de inferir que al partir por mitad un octavo obtendría dos dieciseisavos. Él insistía en afirmar que si me daba dos trozos (dos octavos) estaba formando un dieciseisavo. Mi sorpresa fue mayor cuando revisamos juntos su cuaderno de matemáticas y pudimos constatar que había resuelto correcta, pero mecánicamente, ejercicios relacionados con equivalencias y suma de fracciones.

PECADO DE PEREZA

Por último, he notado que hay una fuerte dependencia de los libros de texto. Algunas personas que trabajan en casas editoriales que publican este tipo de libros me han comentado que los que más demanda tienen son aquellos que le dan todo hecho al profesor, incluso aquellos que hacen sugerencias acerca de las tareas que deben llevar a

casa sus alumnos. Algunos profesores han olvidado que, entre otras cosas, su trabajo consiste en diseñar ambientes y experiencias de aprendizaje y, que por tanto, los libros son meros recursos de apoyo. Así, los alumnos destinan gran parte de su tiempo a realizar las actividades que se señalan en los libros, independientemente de que sean capaces de conferirles algún sentido. Curiosamente no son pocos los directivos y los padres de familia que piensan que la cantidad de hojas respondidas en los libros de texto representa un indicador de calidad educativa, estableciendo una relación directamente proporcional entre una y otra: a mayor cantidad de hojas contestadas mayor aprendizaje. Peor aún si se trata de libros que para su adquisición requirieron de un desembolso monetario considerable por parte de los padres de familia.

Hace algunas semanas desayuné con un grupo de profesores. Uno de ellos trabaja en una escuela bilingüe y se quejaba de que sus directivos le exigían que los alumnos llenaran por completo los tres libros de texto con los que contaban para cursar la materia de inglés. Él se encontraba interesado en que sus alumnos tuvieran tiempo para realizar otro tipo de actividades que fueran más pertinentes dado el nivel de aprendizaje de sus alumnos, pero se veía imposibilitado para hacerlo, pues semana a semana supervisaban que los libros estuvieran contestados hasta la página que ordenaba la dirección de la escuela para los profesores de inglés del mismo grado.

Este mismo mal aqueja también a ciertos profesores universitarios, quienes organizan su trabajo en torno al contenido de un libro de referencia, de tal suerte que sus clases consisten en parafrasear o resumir el contenido del texto que los alumnos tienen en su poder, y que por tanto, podrían leer por sí mismos.

A MANERA DE CONCLUSION

¿Cuáles son las repercusiones de estos y otros deslices? Aunque mucho se podría escribir al respecto, basta con mencionar algunas de las más preocupantes: bajo o nulo interés por parte de los alumnos para aprender lo que sus profesores les enseñan, desvinculación entre el sector educativo y el productivo, rezago y deserción educativa, entre otras. Aunque me he referido al caso de

Jalisco, estos son males que aquejan a toda la nación y, sin duda, a diversos países de Latinoamérica y del mundo en general.

El indicador más reciente del nivel académico logrado por nuestros estudiantes podemos encontrarlo en los resultados que obtuvieron en el 2000, al contestar las pruebas

del Programa Internacional para la Evaluación del Estudiante (PISA, por sus siglas en inglés) de la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico (OCDE). Las pruebas estaban dirigidas a evaluar la habilidad de los alumnos de 15 años en tres áreas básicas: la lectura, las matemáticas y la ciencia. El promedio obtenido por los 4,600 adolescentes mexicanos que

participaron en el estudio nos colocó en el penúltimo lugar (31), sólo arriba de Brasil.

No es que debamos esforzarnos por lograr mejores resultados en este tipo de pruebas, sino garantizar que nuestros estudiantes encuentren progresivamente soluciones cada vez más satisfactorias ante las diversas demandas que les plantea un mundo

complejo. Esto se logrará a condición de que nuestros profesores y sus directivos estén dispuestos a cuestionarse acerca de la pertinencia y la relevancia de los fines que persiguen como educadores, y a establecer relaciones claras entre aquellos fines que resulten esenciales y las actividades que realizan con sus alumnos dentro de las aulas. ■

EL ESCÁNDALO

Del escándalo de la pederastia, que de repente ha colmado los espacios periodísticos, vale reflexionar sobre tres asuntos. Primero, me llama la atención el tinte de novedad y asombro con que se presenta la noticia de abusos sexuales en contra de infantes, como si fuera una verdad recién descubierta. Lo cierto es que no es nada nuevo, incluso ahora que involucra a numerosos sacerdotes norteamericanos. Tan sólo en los Estados Unidos se registra un promedio de tres millones de denuncias al año que aluden a casos de abuso infantil.¹

Significa que los monstruosos actos de abuso sexual protagonizados por miembros del clero, con una frecuencia y reiteración que hasta el Vaticano tuvo que reconocer, pertenecen a ese tipo de problemas sociales que existen desde hace mucho tiempo, pero que han pasado desapercibidos debido a que no se ha generado una “visibilidad social” que los ponga en los ojos y las conciencias de todos, como ahora lo hacen los reflectores de los *mass media*, aunque sea más por razones mercadológicas que por una preocupación auténticamente humanista. En cualquier caso, la pregunta clave es por qué este fenómeno de la pederastia se ha mantenido oculto o silenciado.

Es una constante en la historia de la humanidad que los adultos sometan a los infantes para consumir juegos sexuales, aunque, según la época y la cultura en que han tenido lugar esos actos, los significados son diferentes y no necesariamente perversos. En todo caso, quiero concentrarme aquí en los abusos, reconociendo que la sexualidad de los infantes en sí constituye un núcleo problemático para la sociedad moderna, porque se la reprime y niega. En otras culturas pueden rescatarse actitudes más tolerantes y permisivas, donde niños y niñas exploran su cuerpo

CÓMPLICES Y PEDERASTAS

Por César Gilabert

¿Puede nuestro menosprecio por los débiles ser una coartada para esa forma de abuso de poder que conocemos como pederastia?, ¿puede el dogma de la familia servir de blindaje a sus perpetradores?, ¿podrá la iglesia católica, y en general nuestra sociedad, desmontar los mecanismos que colaboran en su impunidad y proliferación? Estas y otras no menos arduas preguntas se hace el investigador del Colegio de Jalisco César Gilabert, en este ensayo.

y sexualidad sin causar sobresaltos, y donde también intervienen adultos sin que ello signifique automáticamente abuso. Sin embargo, en este ensayo no hay espacio para analizar el shock cultural que causa en una mente etnocéntrica o estrecha esa diversidad en que la desnudez no es un “pecado nefando”² y ve con naturalidad que los infantes se toquen o tengan orgasmos solos, entre sí, o en presencia y hasta participación de adultos.

Algunos clanes proclives a la guerra, por ejemplo, incluían en los ritos de iniciación de sus menores en el arte militar ingerir el semen de los guerreros más destacados, a fin de asegurar la transmisión de virtudes como el valor y el coraje en las generaciones venideras.³ Además, los soldados más fuertes podían tomar a los niños y jóvenes que apetecieran como sus acompañantes y servidores en las campañas bélicas en las que, por lo general, no figuraban mujeres. Tales prácticas no eran consideradas como formas de abuso y sometimiento; por el contrario, constituían un honor para los elegidos y la posibilidad de obtener algún reconocimiento social mientras alcanzaban la madurez para participar sin tutela en las batallas.

Basta leer los *Diálogos* de Platón para entender cómo los mancebos cumplían cometidos sexuales y sociales estipulados por la comunidad, experimentando placer y crecimiento espiritual. En contraste, durante la Edad media pulularon prácticas de explotación infantil, que en su

punto más extremo podían llegar al infanticidio en algunos ritos religiosos.

No es este el lugar adecuado para analizar, caso por caso, el contexto particular que daba a esta clase de prácticas culturales una racionalidad, si la tuviera, como en el caso de las tribus guerreras que, para mantener el suministro de sus huestes, sacrificaban a las niñas en beneficio y pervivencia de los varoncitos, por considerar que aquellas eran inútiles para combatir. Ciertamente, es una elección discriminatoria horrible desde cualquier punto de vista, pero que para algunos grupos aparecía como una condición de supervivencia para toda la comunidad, y nunca faltaba un sacerdote o un líder convenciendo a los demás para instituir tal creencia y su consecuente aplicación. En sentido contrario, el tabú del incesto fue el recurso que diversas culturas idearon para regular la explotación sexual de los miembros vulnerables de la comunidad.

En todo caso, al volver a nuestro tema, lo que salta al primer plano cada vez que se reflexiona sobre el sojuzgamiento de un ser que se encuentra en una etapa temprana de crecimiento y en la que prácticamente está inerte, es la condición humana. Peor todavía, trae a mientes la esencia del poder que se ejerce sobre los desvalidos: una persona que es susceptible de ser ultrajada precisamente por su nula capacidad no sólo para ofrecer resistencia física, sino que es relativamente fácil de

engañar, manipular e intimidar, con lo que se espera que la víctima guarde silencio. O sea: en semejante estado de indefensión la posibilidad de la denuncia es escasa.

Dicho de otro modo, al hablar de los peligros que se afrontan durante la niñez —especialmente los que provienen de la inclinación de algunos mayores por usar sexualmente a los infantes— y en general de la necesidad y derecho de los críos a ser proveídos material y afectivamente tanto para su subsistencia como para el despliegue de todo su potencial, nos instalamos invariablemente en una reflexión más amplia: la condición humana, pues qué otra cosa es si no analizar las condiciones del ser humano en una etapa en que, para su supervivencia, requiere de adultos que lo alimenten, protejan, asistan y le ofrezcan las herramientas para permitirle su incorporación a la sociedad mediante la educación.

Quiere decir que la función de proveer las condiciones necesarias para que los párvulos logren un desarrollo integral de sus potencialidades no se limita a la acción directa de las individualidades circunstancialmente más cercanas a un infante (por lo general, parte de la parentela), sino de la consolidación de las instituciones y organizaciones cuyo fin sea protegerlos en todas las facetas de la existencia. Cabe señalar que el contenido concreto de estas condiciones sociales básicas ha sido objeto de luchas muy diversas, que hoy convergen en lo que se conoce como los derechos de los niños.

Sin embargo, es notable el rezago de los mecanismos de protección de la infancia, lo cual, desde luego merece una explicación. Vale recordar aquí los pasajes de *El Capital*, donde Marx describe con detenimiento no sólo las prácticas de explotación que los capitalistas ingleses decimonónicos infligían a los niños, sino la lógica de ese proceso. El trabajo infantil tiene una historia más larga en el tiempo

y más extendida geográficamente, no obstante la Declaración de los Derechos del Niño proclamados por la ONU data apenas de 1959. Sin menospreciar ese logro, no puede producir menos que azoro el informe de la Organización Mundial del Trabajo de mayo de 2002, que pese a la proscripción del trabajo infantil, consigna las siguientes cifras: uno de cada seis niños (de entre 5 a 17 años) labora. Además, en números gruesos advierte que de 246 millones de niños trabajadores, alrededor de 179 millones laboran en condiciones infrahumanas y haciendo las peores cosas, con la merma de la salud como consecuencia inevitable.

El meollo de esta grave desatención a la infancia alude a una sociedad autoritaria y desigual, que promueve valores insolidarios centrados en el beneficio individual que puede sacarse de una posición ventajosa ante un ser débil. Parece una frase retórica, pero cobra otra dimensión al cotejarla con las cifras manejadas Cumbre Mundial de la Alimentación de 2002, en Roma, al reconocerse que 800 millones de personas padecen hambre, y que la desnutrición cobra en el mundo alrededor de 24 mil vidas cada día.

Huelga decir, que los seres más vulnerables son los niños, y si éstos viven en países subdesarrollados el asunto empeora. Por ejemplo, uno de cada dos niños en África está desnutrido, mientras que “sólo” el 13 por ciento de los infantes latinoamericanos cae en esa condición; pero en este mundo globalizado, ¿cuál es la distancia que separa a un niño que muere de hambre en la selva lacandona, de uno de Somalia? En la escala mundial, la malnutrición infantil aguda atenaza a 3 de cada 10 niños menores de cinco años.

LOS DÉBILES

Un segundo aspecto de la condición infantil, íntimamente ligado a lo anterior, pero que en este apartado constreñiremos al fenómeno del abuso sexual, es la equivocación que se comete cuando se piensa que el problema se reduce a la mente calenturienta y enferma de uno que otro individuo (y que recientemente cobró relevancia mundial a partir de la presunción de pederastia que pende sobre algunos sacerdotes norteamericanos, por tratarse de sujetos cuya vocación religiosa les impele a la castidad, lo cual ha obligado a las más altas esferas del

Vaticano a fijar una posición, en lugar de eximirse y echar tierra sobre las acusaciones, como solía hacer cada vez que aparecían denuncias de este tipo). En realidad, el problema de la pederastia es tan complejo como la red de intereses que impedía que saliera a la superficie. Se sabe, por infinidad de evidencias materiales, que la mayor parte de los abusos cometidos en contra de los infantes son llevados a cabo por personas cercanas a la víctima, empezando por los padres y los familiares, y de allí se extiende a vecinos, amistades, maestros, sacerdotes...

Quizá la sociedad moderna con su desprecio explícito o velado hacia los “débiles”, palpable en el trato despótico hacia los ancianos, los niños, las minorías étnicas, las mujeres, etcétera, genera los dispositivos para ocultar la infamia del maltrato y el abuso. Así, la falta de sensibilidad e ineficacia de las autoridades para abatir la violación de mujeres en el norte del país no es una casualidad, y viene al caso mencionarlo porque no es un tema tan alejado del abuso sexual infantil, en la medida que la matriz cultural que los origina es común, desde el machismo hasta la negación de la sexualidad infantil. Probablemente, el dogma de santidad que se adjudica a las familias sea el blindaje que protege a los ultrajadores de niños y mujeres. “En este sentido —escribí en *El imperio de los arcanos*— una primera conclusión es que los fenómenos de violación, abuso sexual e incesto, pueden analizarse no sólo como resultado de una anomalía psíquica del agresor, sino como una acción que, en su dimensión social, supone una forma inequívoca de abuso de poder, la cual se asienta sobre un amplio dispositivo de reproducción de dichos actos en calidad de ‘efectos colaterales’ o ‘involuntarios’ de las instituciones”.⁴

Asumida la complejidad del contexto cultural caracterizado por el abuso de poder en una sociedad poco permisiva (que se compensa con una doble moral en perjuicio de la mujer) y que desprecia a los menores, puede comprenderse el elevado índice de delitos sexuales en general, además de la proliferación de la prostitución y la pornografía infantil, que se expande en todo el orbe como expresión de la adultocracia en el ámbito de la sexualidad, aunado a los actos de irresponsabilidad de los padres que se desentienden afectiva y económicamente de la manutención

de su prole. (Tema que puede vincularse a la educación sexual y política del control natal y, desde luego, a la postura oficial de la Iglesia al respecto.)

Por lo anterior, es necesaria una inmersión en la adultocracia, ya que no son los niños los que suelen violar, ultrajar, prostituir o abandonar a otros niños, y descubrir aquellas actitudes culturales, propias de una sociedad autoritaria y desigual, inclinada a la depredación de su entorno ecológico y de los miembros de su especie si ello conviene al interés de los poderosos. Actitudes de las que no se escapa la Iglesia, al menos en lo que se refiere al modo con que ha estado intentando apagar el escándalo de la pederastia, pretendiendo restar importancia al daño que han ocasionado los sacerdotes criminales endosándolo a la fragilidad humana que se manifestó desde la traición de Judas y las negaciones de Pedro, y ha estado presente a lo largo de dos mil años de historia. Muchos creyentes, sacerdotes, religiosos y laicos, han quebrantado, no uno, sino todos los mandamientos de Cristo y han dado motivo de escándalo.⁵

No desechemos esta declaración como un mero argumento *clínico*, vale más considerarla como una muestra de la actitud cultural ante la pederastia, minimizándola y eludiéndola: un fenómeno social que no se reconoce ni se afronta. Este fue quizá el pecado institucional que llevó a la crisis a la arquidiócesis de Boston, cuyas repercusiones alcanzaron al Vaticano, pero también es la actitud dominante en la sociedad moderna. Es más, al profundizar en las respuestas de la Iglesia católica ante las revelaciones de pederastia de algunos prelados estadounidenses se entenderá mejor esto. Conviene no perder de vista que el proceder de la Iglesia ante este problema no difiere de las respuestas que han ofrecido otras instituciones, como los sindicatos de maestros cuando alguno de sus agremiados ha sido acusado de abusar sexualmente de los alumnos —algo que sucede a menudo—, o de una madre cuando considera que su hija miente al confesar que fue atacada sexualmente por su propio padre.

En este orden de ideas, el asunto relevante no es que una mujer denuncie el abuso de que fue objeto por un sacerdote, sino por qué espera 30 años para decidirse a hacerlo. Y la respuesta

tiene que ver con que la misma sociedad no ha sido capaz de generar los mecanismos para desactivar los dispositivos institucionales, políticos y culturales que alientan la proliferación de los abusos al ignorarlos, ocultarlos o dejándolos impunes, más las actitudes represivas (el pecado, la culpa, etc.) que avergüenzan a la víctima o que la hacen sentirse cómplice del daño recibido.

Ahora mismo, ante la crisis que socava la credibilidad de la Iglesia católica norteamericana, en algunos de los argumentos de los prelados puede verse la sugerencia de que son las víctimas y sus defensores, y no los victimarios, la fuente del problema. Además, es palpable la intención de evitar el escándalo y, sobre todo, de esconderse tras las leyes eclesiásticas, desde luego en detrimento del derecho de los individuos perjudicados y de sus familias. En suma, hay reacciones en que la Iglesia responde a los acusadores como adversarios no como víctimas,⁶ así lo deja ver el debate ante la petición de “tolerancia cero” por parte de las víctimas —“one strike, you’re out policy”— para los sacerdotes pederastas; y la postura de la Iglesia de querer cargar el castigo a los reincidentes y eximir a los infractores de “una sola vez”.

Por estos obstáculos institucionales y culturales, la organización de las víctimas se ha dilatado, en el doble sentido de la palabra; es decir, que se ha tardado en aparecer; pero también se ha expandido una vez surgida, como el caso de la Red de Supervivientes de Abusos de Sacerdotes (SNAP, por sus siglas en inglés), fundada en 1991, y que a la fecha cuenta con alrededor de 3,900 miembros que participan a través de correo electrónico.⁷

El tejido de este tipo de redes revela inmediatamente que no estamos ante hechos aislados, sino que se trata de conductas recurrentes, y por lo tanto hay que pensarlas en esos ámbitos de repetición donde los individuos (dañados o no psicológicamente) calculan los resultados posibles que conllevaría la satisfacción de su sexualidad recurriendo al uso de niños y niñas; este es un prisma de opciones que abarca desde el anonimato de la internet para consumir pornografía infantil y la “discreción” del turismo sexual, hasta el riesgo que implica el aprovecharse de una investidura para vencer la resistencia de la víctima,

como probablemente hicieron la mayoría de los 866 sacerdotes norteamericanos señalados por el periódico *The Washington Post*, que han sido acusados de abuso sexual de menores, desde 1960.⁸

No sería inconcebible asumir que varios de ellos, pastores al fin, amenazaron a sus “ovejas” con el advenimiento del infierno, en el caso de que osaran revelar el abuso a que fueron sometidas. Por el lado social, el empleo de la expresión “acusados” se queda allí y revela una deficiencia de diseño institucional, pues no implicó en la mayoría de los casos el arribo a un tribunal civil para determinar la inocencia o no de los presuntos implicados. Y en el lado psicológico, las víctimas tienden a ocultar el abuso, lo cual nos habla de una sociedad represiva; de modo que entre el enorme enojo y la angustia, las víctimas pretenden salvarse de la humillación de ser reconocidos como abusados

callando y disimulando, lo cual les hace cuestionarse su responsabilidad e incluso llegan a dudar si efectivamente sucedió aquello que vienen arrastrando desde la infancia: ¿cómo pudo haberme sucedido?, ¿cómo pude hacer esto?

En pocas palabras, procesan el hecho asumiendo toda la carga de la culpa, con lo que disuelven la figura activa del victimario:

many survivors put on a front and present (themselves) as capable, cheerful and competent while feeling wretched inside.⁹

En mi opinión, el silencio de la Iglesia es lo más grave y puede alcanzar un cariz de complicidad, ya que así se gesta la posibilidad de acrecentar el número de víctimas; de los más de 850 clérigos acusados 355 fueron discretamente separados de sus funciones a fin de evitar el escándalo, dejando en un segundo, tercero o

cuarto plano el interés de las víctimas, y exponiendo a los feligreses, además, al riesgo potencial que significa dejar en libertad y anonimato a victimarios comprobados.¹⁰ Asimismo, la decisión de reubicar a los sacerdotes acusados, parroquia tras parroquia, ha sido tomada bajo la percepción de que los implicados habían cometido un pecado, no un delito tan grave como la pederastia. Aunado a ello, las diócesis optaron por compensar económicamente a las víctimas que por su activismo en la búsqueda de vindicación podrían comprometer la reputación de la arquidiócesis, lo cual ha significado una erogación nada despreciable de 1000 millones de dólares.¹¹ Sin duda, el precio del silencio ha resultado caro y a ojos vista improductivo, por el desmoronamiento de la fachada de pureza cuando en enero de 2002 el escándalo, igual que el sol no se tapa con dedo, no pudo ser contenido.

LOS PODERES DEL SECRETO (Y DEL ESCÁNDALO)

Finalmente, un tercer aspecto que no hay que soslayar, es el manejo que los medios informativos pueden darle a esta clase de eventos, especialmente cuando reconocemos la tentación de abusar del escándalo para beneficio de intereses políticos y económicos de particulares, como lúcidamente lo señala Arcadi Espada en su libro *Raval. Del amor a los niños*,¹² donde describe cómo un titular en los periódicos: “Una pareja alquilaba a su hijo de 10 años a un pederasta por 30.000 pesetas el fin de semana”, generó una historia tremenda y falsa, que para colmar la sed de información de los lectores inventa una red internacional de prostitución infantil; como consecuencia, la vida de varios de los implicados fue destruida, sin mediar siquiera el atenuante de la presunción, ya una vez creada la atmósfera propicia para los excesos informativos, se les asumió como culpables aun antes de llegar a la instancia judicial, y quienes al final, después de la excarcelación, no recibieron ni el “usted perdone”, toda vez que no pudo fincárseles responsabilidad alguna.

Respecto de la pederastia como un fenómeno ocultado, la presencia de los medios ha sido fundamental para colocar este problema en la opinión pública, contribuyendo a la consolidación de un espacio público en donde los ciudadanos, y no sólo los puestos clave de las instituciones, procesan en un entramado democrático tanto la prevención del delito como el resarcimiento de las víctimas, así como las políticas de impartición de justicia. Quizá éste es el punto central de la discusión cuando se aboga por imponer penas de tribunales civiles a los sacerdotes infractores y por establecer responsabilidad penal a las autoridades religiosas que mantengan en secreto las denuncias acerca de sacerdotes pederastas o de algún modo los encubran.

En sentido contrario a la política del secreto, las organizaciones sociales interesadas han encontrado en la prensa escrita y televisiva un aliado importante en su lucha por abrir los archivos de los casos de pederastia presentes y pasados, así como para hacer que se revisen los acuerdos de confidencialidad pactados con anterioridad por las diócesis locales. En esta arena política, la Iglesia ha



tenido que modificar sus tácticas legales para desahogar las controversias ocasionadas por los abusos sexuales de sus sacerdotes, y se está viendo obligada a considerar la laicización de los pederastas descubiertos en sus filas para poder tratarlos en el fuero civil y eventualmente contribuir a castigar todas las conductas criminales.

La necesidad de establecer una política de prevención también ha despertado el interés por difundir en la ciudadanía los conocimientos elementales para que los padres y los niños puedan reconocer el abuso sexual y así prevenirlo, aportando programas para construir ambientes seguros, sin olvidar el apoyo y cuidado para los que ya sufrieron abusos. Por supuesto, todo esto no compete sólo a la Iglesia, aunque los obispos norteamericanos y el Papa han entendido también la urgencia de contar con una política especial para contener y abatir las conductas sexuales transgresoras de los sacerdotes, lo cual no deja de ser sólo una parte del universo paidófilo.

Por otro lado, también los medios pueden distorsionar la verdad simplificando los hechos y sugiriendo soluciones igualmente simplistas. El tema es complejo y no admite, si quiere cumplir un fin social, la tendencia a la simplificación ni a la exageración. Mucha gente es lastimada cuando indiscriminadamente se colocan en la opinión pública (por lo que simplemente serían opiniones publicadas) aseveraciones llamativas, pero imprecisas como que todos los abusadores son pedófilos, todos los pedófilos son incurables, todos los homosexuales son pederastas en potencia,¹³ o que el celibato de la comunidad sacerdotal atrae a una proporción mayor de hombres con problemas sexuales.

En todo caso, la Iglesia debe asumir la responsabilidad de preparar a los seminaristas que se van a ordenar, puesto que necesitan desarrollar una capacidad especial para llevar una vida de celibato. Este período de preparación serviría, además, para detectar a aquellos individuos que presentan síntomas de sexualidad inhibida (homosexual o no), regresiva o distorsionada desde el punto de vista psicológico, sin aludir a la orientación o preferencia sexual, aunque esto último es un problema cultural de la sociedad, no sólo de las iglesias.

En cambio, lo que sí es una preocupación de la Iglesia católica es que su grey está dejando de confiar en los procedimientos adoptados por los dignatarios eclesiásticos, cuyas reacciones a veces se tiñen de arrogancia y de falta de arrepentimiento. De allí, la suspicacia, cuando no rechazo, con que se recibió la petición de perdón de los 300 obispos norteamericanos; acción que fue percibida por las víctimas de abuso como insustancial y retórica, al no sustentarse en una política explícita para prevenir la pederastia y castigar a los culpables, que además se enmarca en una molestia más amplia producida por la falta de apertura de las instituciones que se sustraen al escrutinio público y no se adaptan oportunamente al ritmo de los cambios (lo cual incluye la postura global de los católicos ante la sexualidad, el matrimonio, la homosexualidad, el aborto, etcétera.)

El fenómeno de la pederastia es apenas la parte visible de un desacuerdo más profundo entre las necesidades de la comunidad y las propuestas de la Iglesia. Particularmente, los *survivors* (sobrevivientes al abuso sexual) rechazan a los dignatarios eclesiásticos que no parecen darse cuenta de que la conducta de los sacerdotes transgresores es una felonía mayor que el mero error moral.

Dicho de otro modo, mientras la Iglesia no envíe señales claras de que está desmontando el dispositivo que hasta ahora ha servido para encubrir a los sacerdotes pederastas y con ello ha permitido su proliferación, los niños y las niñas estarán en peligro. Del reconocimiento de la crisis de autoridad moral de la iglesia, podría generarse un cambio de actitudes global en una sociedad que se ha mostrado incapaz de ofrecer seguridad a sus miembros más vulnerables, sean niños, mujeres, discapacitados, ancianos, indígenas.

Desde el punto de vista social, el cambio esperado para consolidar una política de prevención contra los abusos sexuales por parte de la Iglesia, debe verse también como un producto de la participación de diversas fuerzas sociales en la búsqueda de un ambiente más seguro y respetuoso de la infancia; por lo tanto, es parte de un proceso más amplio, puesto que los crímenes sexuales se perpetran en cualquier parte, sobre todo si la combinación de deseos perversos y la

expectativa de impunidad se reproduce sistemáticamente, como si fuera un dispositivo de “válvula de escape” derivado de un modelo de sociedad represiva de la sexualidad. “Por la boca de la víctima habla el verdugo”.

A manera de conclusión, quiero enfatizar que la frase popular “la ropa sucia se lava en casa” no opera aquí. La pederastia es un asunto social y no sólo un problema de la “casa” (Iglesia católica).

La tarea central es profundizar el desmontaje de aquellos dispositivos que alimentan los abusos sexuales. Asimismo, es importante reflexionar sobre el modelo represivo de la sexualidad, abordarlo con apertura para consolidar un entramado democrático que procese una combinación equilibrada de vigilancia social y respeto a las libertades individuales.

En particular, la Iglesia, durante siglos caracterizada por la solidez de su coraza ante el escrutinio público, no puede en el caso de los sacerdotes pederastas esgrimir fueros ni secretos de confesión para evitar el escándalo o para sustraerse al más elemental sentido de la justicia que debe aplicarse, de lo contrario dejaría la herida abierta, impidiendo el resarcimiento moral e incluso psicológico de las víctimas.

La crisis moral y de credibilidad suscitada por el escándalo puede ser la oportunidad para que la Iglesia católica se replantee el valor religioso y social del celibato eclesiástico, tal vez es un llamado para asumir la sexualidad de sus sacerdotes como una realidad activa incluso cuando se la somete a la castidad.

Está visto que las redes de *survivors* y la conciencia ciudadana no permitirán que la Iglesia zanje el problema de la pederastia pretendiendo que se trata de un error moral, circunscrito a unos pocos sacerdotes que han caído en la tentación, sea por patologías individuales o porque los demonios andan sueltos. ■

César Gilabert Juárez, Doctor en Ciencias Sociales por la Universidad Autónoma Metropolitana; actualmente es investigador de El Colegio de Jalisco. Autor de los libros: El Hábito de la Utopía, Análisis del imaginario sociopolítico en el movimiento estudiantil de México, 1968. El Imperio de los Arcanos o los poderes invisibles del estado moderno.

Notas.

1. Cfr. Newsweek, Nueva York, 19 de abril de 1993, pp. 42-48.
2. Para el análisis de cómo los españoles del siglo XVI negaban la sexualidad femenina –ni hablar de la infantil- y cómo influía ese marco interpretativo en su percepción de la cultura indígena. Julio Montané. “La desnudez en Sonora colonial”. XXVI Simposio de Historia y Antropología de Sonora, 2002. Y para analizar el “pecado nefando” como conducta considerada no natural, bestial o contra natura, del mismo autor. “El pecado nefando en la Sonora colonial”. XXIV Simposio de Historia y Antropología de Sonora, 2000.
3. Vid. Marvin Harris. Nuestra especie. Madrid: Alianza, 1991.
4. César Gilabert. El imperio de los arcanos o los poderes invisibles del Estado moderno. Zapopan: El Colegio de Jalisco, 2002, pp. 150-151.
5. Declaraciones del Cardenal Juan Sandoval Iñiguez, Arzobispo de Guadalajara. Apud. Zenit.org, 14 de junio 2002.
6. “En estos momentos ocupa el primer plano de los grandes medios de comunicación social, nacionales e internacionales, el escándalo de los sacerdotes pedófilos, y a causa de ello se escupe en el rostro de la Iglesia y se le arroja lodo en abundancia”, declara el Cardenal Juan Sandoval Iñiguez.
7. Vid. www.survivorsnetwork.org
8. Rosa Townsed. “El Papa cesa a un tercer obispo de EE UU antes de la cumbre episcopal antipederastia”. El País, Madrid, miércoles 12 de junio de 2002, p.17.
9. “Muchos sobrevivientes –al abuso de los pederastas- se hacen fuertes presentándose como capaces, cariñosos y competentes sintiéndose desechos por dentro”. (Traducción propia) Eric Convey y Robin Washington. “Mea culpa from Law: Offers apology to U.S. Bishops”. Boston Herald, Boston, viernes 14 de junio de 2002.
10. Muy tardíamente, el cardenal de Boston, Bernard Law, admitió como errónea su política de guardar el secreto con el propósito de salvaguardar la reputación de la diócesis, en cuya jurisdicción el sacerdote John Georhan abusó de 130 menores: “ahora somos conscientes dentro de la Iglesia y en la sociedad en general de que el secreto impide con frecuencia el tratamiento y pone a otras personas en riesgo”. “The Necessary Dimensions of a Sexual Abuse Policy”, Origins, Boston, 25 de abril de 2002, p. 744.
11. Rosa Townsed, op.cit.
12. Arcadi Epada. Raval. Del amor a los niños. Barcelona: Anagrama, 2000.
13. Cfr. Arcadio Espada, op.cit.

Iglesias del Éxito: Empresas Multinivel

Cristina Gutiérrez Zúñiga

El sistema de ventas multinivel o redes de mercaderio es el sistema de distribución que emplea una empresa para vender productos por medio de distribuidores independientes, que a su vez se convierten en consumidores habituales del producto. Dichos distribuidores independientes carecen de una relación laboral con la empresa. Su vinculación legal es un contrato de distribución en donde se especifica la ausencia de responsabilidades de la empresa tanto en los aspectos fiscales como en la labor de distribución propiamente dicha; se establece un plan de compensaciones de acuerdo a la cantidad de ventas realizadas, y un código ético o de honor al cual deberá plegarse el distribuidor, que incluye reglas específicas para el uso del nombre y logo de la empresa. Cada distribuidor considera estar iniciando su propio negocio.

La operación de esta forma de ventas directas, a diferencia de un esquema de ventas a comisión o otras formas de distribución independiente está dada por dos características:

a) La formación de líneas de patrocinio o auspicio entre los distribuidores independientes, que vincula a cada nuevo distribuidor con quien lo haya invitado a firmar el contrato de distribución. A partir de ese momento, el patrocinador, auspiciador, o *upline* recibirá un porcentaje de las compras que su auspiciado, patrocinado o *downline* realice. De este vínculo procede el nombre de “red de mercaderio”. Esta vinculación hace que el patrocinador se interese en elevar el desempeño de su patrocinado y le proporcione por vía “informal” (es decir, no regulada desde la empresa) elementos de capacitación y asesoría para su trabajo.

b) La existencia de un plan de compensación que establece una escala ascendente de retribuciones económicas de acuerdo al nivel de desempeño del vendedor y su red. Paralelamente al plan de compensación existen otras formas de premiación como bonos en efectivo o viajes y autos de lujo a quien haya cumplido determinado puntaje en un período de tiempo. La idea es mantener al vendedor motivado para elevar su rendimiento al máximo, tanto en las

¿Es el éxito la medicina para la enfermedad que es él mismo? ¿Es el antídoto de sí mismo? ¿De qué nos salva el éxito: del fracaso, del sufrimiento? ¿Puede una empresa mercantil arrogarse misiones trascendentales a través de estrategias de motivación? Si es así ¿cómo? Las empresas de venta multinivel, ensaya Cristina Gutiérrez con agudeza, parecen proveer a sus miembros de algo más que satisfactores tangibles.

ventas propias como en el desempeño de su red.

Los esquemas de motivación parecen fundamentalmente económicos, y enfocados a potenciar la competencia individual por la ganancia. Una política que cada vez más empresas adoptan. Sin embargo el funcionamiento del multinivel no es el de una empresa típica. Cuando se presencian sus reuniones colectivas, uno sabe que se trata de algo más, aunque sea por su carácter masivo o por la euforia reinante entre los distribuidores y sus familias. Algunos autores han propuesto analizar este fenómeno en términos un movimiento social:

Cada distribuidor es legalmente el propietario de un negocio dirigido por un liderazgo corporativo frecuentemente reverenciado, frente al cual cada distribuidor esta no está legal sino moralmente subordinado. La mezcla de relaciones personales y pecuniarias está apoyado y mantenido por una ideología. La venta directa no es simplemente un medio para obtener un ingreso. Hacer dinero es un deber moral, una cruzada para lograr fines tanto privados como públicos. Los distribuidores comprometidos ven su trabajo como una forma superior de vida que conjunta valores políticos, relaciones sociales y creencias religiosas. Les da no un trabajo, sino una visión del mundo, una comunidad de personas de igual mentalidad, y un concepto de sí mismos. (Estas organizaciones) son negocios que se conducen de manera muy semejante a los movimientos sociales.¹

En la sociedad norteamericana, donde se calcula existen ocho millones de distribuidores², analistas sociales hacen énfasis en su particularidad histórica y proponen estudiarlos como corporativos cuasi-religiosos, entre los que también figurarían organizaciones como Alcohólicos

Anónimos por ejemplo. Los temas culturales del éxito económico, pensamiento positivo, servicio a los demás y propósito trascendente han sido evidentes en las organizaciones económicas en el último siglo de la historia americana.(...) Sin embargo, en contraste con organizaciones de ventas directas previas, las ideologías y las estructuras organizacionales de los corporativos cuasi-religiosos están diseñados para crear niveles de movilización participativa considerablemente más altos. (...) Para los corporativos cuasi-religiosos, el compromiso personal y la creencia en la causa son más importantes que las habilidades específicas o la experiencia previa. Los corporativos cuasi-religiosos usualmente tienen líderes carismáticos, mínima burocracia, pocas reglas y pocas jerarquías de autoridad. Su atractivo es la promesa de restaurar el orden natural de la prosperidad y la unidad de la vida.³

¿Qué significa “cuasi-religioso”? ¿Pueden ser denominadas religiones organizaciones que no pretenden serlo? Un autor norteamericano propone las siguientes precisiones, tomando en consideración el autoconcepto de las organizaciones en cuestión:

Los términos ‘para-religiones’ y ‘para-religioso’ se refieren a entidades ostensiblemente no religiosas que comparten características en común tanto con organizaciones religiosas como con proyectos seculares, que sin embargo tratan con preocupaciones últimas de la existencia. (...) Los términos ‘cuasi-religion’ y ‘cuasi-religioso’ se refieren a grupos que tratan con lo sagrado pero son anómalos dada la categoría popular de religión (americana). (Greil, 1993,p. 156)

Para efectos de este trabajo, consideraremos a las organizaciones

de ventas multinivel como una para-religión, considerando cómo –al igual que las organizaciones religiosas– promueven la formación de una comunidad creyente en un marco de valores últimos compartidos, pero se manifiestan como un proyecto secular, una empresa, un negocio. En tanto las defino como para-religiones, haré uso de conceptos generados originalmente en el campo específico de la sociología de las religiones para dar cuenta de su funcionamiento. Se trata no de causar polémicas ni adoptar el papel de juez de las categorías sociales –como la de religión–, sino de contribuir a analizar con categorías teóricas las formas fluidas –y extraeclesiales– que crecientemente está adoptando la creencia y lo sagrado en nuestro contexto.

A partir de la internacionalización de importantes empresas multinivel en Estados Unidos, como Amway, Tupper Ware, Stanhome o Mary Kay, el sistema empieza a difundirse en México a partir de los años ochenta. Asimismo, empiezan a surgir una serie de empresas locales que se apropian y adaptan el sistema de redes al entorno mexicano y que incluso en algunos casos están llegando ahora a la internacionalización también, principalmente en países iberoamericanos y entre la población hispana de los Estados Unidos. De acuerdo con el directorio de la Asociación Mexicana de Ventas Directas existen en México una cincuenta de empresas de venta directa y aproximadamente 1’650,000 distribuidores. De estas empresas, más de el 90%, han adoptado el sistema de redes de mercaderio o multinivel. La mayoría abrumadora de los distribuidores son mujeres que buscan un empleo de tiempo variable para incrementar el ingreso familiar. Su espectro socioeconómico abarca desde profesionistas hasta analfabetas.

TEODICEAS DE LA FELICIDAD A TRAVÉS DEL ÉXITO

Las afirmaciones anteriores en torno a las empresas norteamericanas son un buen inicio descriptivo e interpretativo del fenómeno en México. Los distribuidores independientes se conforman no como una empresa típica, sino como una comunidad o congregación⁴ que comparte un ideal común: la consecución del éxito. Han creado una verdadera teodicea de la felicidad. Así como nos dijo Weber que

las teodiceas constituyen explicaciones racionalmente aceptables para el sufrimiento humano, inclusive para la muerte⁵, el conjunto de nociones sobre la naturaleza humana y el mundo difundidas por las empresas multinivel se enfocan a explicar cómo la felicidad y el éxito son posibles para todo ser humano y están en directa correspondencia con la actitud que el individuo toma ante la vida. No trata –como las teodiceas del sufrimiento– de explicar las incongruencias entre destino y mérito. Por el contrario, trata de afirmar su total congruencia. Veremos ahora en qué consiste ese ideal del éxito y las vías que la propia institución ha implementado para comunicarlo a sus distribuidores.

La noción del éxito resulta central en una red de distribuidores que opera en base a la motivación, ya que carecen de una relación laboral y hasta de un lugar de trabajo común. Constituiría el equivalente de la noción de *salvación* de una doctrina religiosa cualquiera, entendiendo la salvación como un estado subjetivo que se persigue en el aquí y el ahora –aún cuando sea identificado por muchas doctrinas religiosas en lo ultramundano.⁶

Sin embargo, a pesar de su centralidad en el ambiente de las redes de mercadeo o multinivel, la única afirmación expresa que encontré en mi trabajo de campo fue que el *éxito es lograr aquello que la persona considera que es el éxito*. Aún cuando su consecución es considerada pilar de la visión y la misión de múltiples empresas multinivel, no hay una definición expresa. Definirlo es, afirman, una atribución de cada individuo. Opté por preguntar entonces por su contrario: ¿qué es el fracaso? Peor aún. El fracaso es como una palabra prohibida, su sola idea debe ser rechazada como un mal pensamiento que en sí mismo contagia negatividad. Afortunadamente con mi entrevistada de mayor confianza la estrategia resultó:

Yo: ¿Qué es el fracaso?

Entrevistada: El fracaso no existe. Es simplemente experiencia.

Yo: Pero que significa para ti que alguien diga “Mengana fracasó” o “es un fracasada”?

Entrevistada: Se dice eso siempre en comparación a algo. No se vale. No se puede decir que “no supiste como hacerla”. Mas bien (es que) para lo que tú quieres no usaste el camino adecuado. Lo que no acepto es no

intentar de nuevo. Dejarte caer, eso si es fracaso, la autolástima, te matas, te mueres.

Yo: Y el éxito?

Entrevistada: Es llegar a tu objetivo, y crear el siguiente. No un “ya llegué y ya me quedé”.⁷

Los contornos del éxito se dibujan pues por la actitud de establecer un objetivo y ser capaz de poner los medios adecuados para lograrlo. Mientras no se logre, todo lo que sucede debe ser convertido en experiencia, en aprendizaje que nos lleve a un nuevo intento a través de un medio más adecuado para el logro del objetivo. Pero el éxito mismo nunca se logra, porque conformarse con el objetivo original, identificarlo con el éxito es inmovilizarse, fracasar. El éxito es fundamentalmente ubicuo. Y de esa ubicuidad surge el movimiento constante, y la angustia constante: ¿seré un fracasado? Sin embargo dudar que se es una persona exitosa ya es un error, porque el elemento principal para lograr el éxito es nunca dudar de sí mismo, y mantener siempre una actitud positiva.

Los paralelismos con la angustia calvinista son tentadores: para los creyentes en la predestinación resulta imposible conocer el veredicto divino sobre su condena o salvación eterna. Y ante la total erradicación de recursos mágicos para el alivio de la angustia existencial, optan por la ascética intramundana, la dedicación a la profesión como signo de pertenencia a la comunidad de los elegidos, el estrangulamiento del consumo, y, como consecuencia de ambas, la generación de riqueza por medios legítimos y racionales, el capitalismo.⁸

Pero las empresas multinivel no son tan crueles como ese Dios radicalmente trascendente, ni tan productivas en términos históricos. Son sin embargo eficientes en “educar” distribuidores implicados en una dinámica de logro constante. Las ventajas para la empresa son obvias. Lo interesante es analizar cómo se hace posible la apropiación de esta teodicea por parte de los distribuidores. He identificado tres vías principales: la vía profética ejemplar, un sistema sacramental de ascensos, bonos y premios, y la dotación simbólica del producto de la empresa. Veremos cada una por separado y las ilustraré con fragmentos de mi trabajo de observación participativa y entrevistas en dos empresas multinivel

de Guadalajara.

LA VÍA PROFÉTICA EJEMPLAR⁹

El dueño-fundador de la empresa suele iniciar esta dinámica al relatar su propia vida como un camino a seguir: este seguimiento se da no por razones de obediencia, sino por que su ejemplo es una vía efectiva y real de salvación.

Por ejemplo en un seminario titulado LAS HERRAMIENTAS PARA EL ÉXITO el fundador dice:

“Yo antes estaba quebrado, y luego gordo y enfermo. ¿Por qué irán de la mano? Gordo, quebrado, enfermo. Seguro porque de lo mal que se siente uno, más come. Y luego resulta que no te creen que estás quebrado, porque para comer sí tienes y se nota...(risas) Me cayó el veinte de que no podía depender más que de mí mismo. No podía depender de la empresa en la que trabajaba, Alfa, ni de los políticos güeyes, que cada vez están peor. Puse un negocio de carnitas, enfermaba a la gente. Yo mismo estaba enfermo. Enfermo por lo que comía. Comida chatarra, carne engordada con hormonas, verduras con pesticidas, herbicidas... (Pero) hoy vamos a trabajar concentrados en los cinco pasos para el éxito. Yo ya lo viví. Y estoy seguro que a ustedes les pasa como a mí me pasó: que la gente de mi alrededor me decía “no se puede” “estás loco”, sí ¿verdad? Los que van empezando ya les tocó. Bueno, es que así nos educan, en el no se puede, en el miedo, llenos de mensajes equivocados. Yo sé que se les han olvidado los sueños. Pero éste es mi sueño, el sueño que yo soñé, no sabía que se llamaba [nombre de la empresa], ni que iban a ser ustedes (aplauso) pero éste es mi sueño. Atrévanse a tenerlo y a seguirlo”¹⁰

No se trata pues de fincar una autoridad basada en un carácter sobrenatural, sino de apelar a la eficacia de la trayectoria recorrida por el fundador para la obtención de ese estado subjetivo: el éxito.

El líder se esfuerza por aparecer como “gente como uno”, que ha escalado el camino del éxito porque se ha atrevido a tener un sueño y a seguirlo. Es la personificación del logro, que sin embargo se manifiesta accesible a cualquiera que lo intente. La historia del líder se repite incansablemente

por todos los medios. Circulan además anécdotas de su vida que difunden quienes han tenido el privilegio de estar cerca de él y presenciarlas. El líder administra su propio contacto combinando la accesibilidad completa con el privilegio que sabe significa para los distribuidores: cartas, llamadas telefónicas, regalos. Los distribuidores lo imitan, tratan de reconocer en ellos mismos los signos de una especie de linaje, la de los elegidos del éxito. No es extraño encontrar en la descripción de los inicios de la empresa el lenguaje propio de un mito de origen:

Las grandes empresas son producto de grandes visiones. [Nombre de la empresa] es un ejemplo de esta verdad. En 1973, [nombre del fundador] llegó a la conclusión de que la salud es un ingrediente necesario para una vida feliz. Esto dio lugar al nacimiento de una visión. Con la mirada puesta en el futuro, el Sr. [fundador] visualizó una compañía que ayudaría a la gente alrededor del mundo a alcanzar y atesorar bienestar total. Desde el primer momento se percató de que no es suficiente tener sólo salud física, sino lo ideal es un estado más perfecto de bienestar que debe estar balanceado en los cinco Pilares de la Salud: cuerpo, mente, familia, sociedad y finanzas saludables. Dos años después en 1975 la visión del Sr. [fundador] se convirtió en realidad con la formación de [nombre de la empresa] en Fukuoka, Japón.

La compañía siempre ha estado dedicada a la idea de que una vida plena y enriquecida debe ser completa a todos los niveles. La misión de [nombre de la empresa] es ofrecer productos, oportunidades comerciales y el apoyo necesario que permita conseguir lo anterior a las personas de todas las profesiones y condiciones sociales.

El Sr. [fundador] comenzó su cruzada desde Fukuoka en el Japón. Hoy día, [nombre de la empresa] se ha convertido en una empresa que llega a todo el mundo con operaciones completas en países que van desde el Japón hasta Portugal, desde Puerto Rico hasta España. En 1989, la compañía empezó a operar en el vasto mercado de Estados Unidos. En 1992, [nombre de la empresa] empezó en el Canadá y en 1993 comenzó a operar en México. Actualmente, [nombre de la empresa] es una de las compañías de *network marketing* más grandes del

mundo con ventas anuales de más de \$1,500 millones de dólares, más de 20 millones de clientes satisfechos en todo el mundo, un historial de éxito continuo y un crecimiento estable en tres décadas diferentes. Gracias a la misión que comenzó con la visión de un hombre, gentes de todo el mundo están alcanzando un bienestar equilibrado y desarrollan sus vidas sobre los Cinco Pilares de la Salud de [nombre de la empresa].¹¹

EL SISTEMA SACRAMENTAL DE BONOS, ASCENSOS Y PREMIOS

El logro de ascensos de nivel de acuerdo al plan de compensaciones, así como el alcanzar un bono en efectivo o premio especial como un auto o una casa, o “calificar” en base a la acumulación de puntos para un viaje de lujo, se anuncian dentro de las convenciones o *rallies* convocados periódicamente por la empresa. El anuncio y el premio lo da el propio fundador de la empresa, o el director o directora en su caso, y se genera una gran expectativa, es el momento estelar del evento. Recibirlo es sin duda un honor y un reconocimiento público, no sólo una retribución con valor económico. Por ejemplo, en la última reunión de una empresa local, todos los calificados, es decir, los que viajaron con gastos pagados por su alto desempeño en ventas en los cuatro meses previos, entraron por una puerta especial y les pusieron una camiseta en la que se leía “Soy testimonio de éxito”. A los ganadores de uno de los concursos, el fundador les regaló, además de un pase de abordar para viajar con él en el primer vuelo del jet de la empresa, un acróstico hecho con hojas de papel picado en las que se leía la palabra “éxito”

E: de excelencia

X: de multiplicación

I: de incansable

T: de todos los días

O: de [nombre de la empresa]

La empresa, o su líder reconoce que vas en el camino correcto. Constituye un momento de seguridad en la prosecución de la siempre ubicua salvación, la *certitudo salutis* en cinco minutos de gloria. Equivale en este sentido a lo que Weber denominaba gracia sacramental, es decir, expiación, perdón y esperanza de salvación cuyo otorgamiento es crecientemente monopolizado por la institución.¹² El sentimiento de amor y agradecimiento inunda a quien lo recibe:

Hombre maduro: Esto es el resultado de la filosofía [nombre de la empresa], usar y compartir, pero no sólo querer algo, sino convertirlo en deseo ardiente, y hacer lo conducente para lograr la meta.

Mujer joven: Yo voy a estar en el avión de [nombre de pila del dueño], voy a ser la primera. Los amo a todos. (Dirigiéndose al dueño) Te debo la vida y te debo mucho. Me comprometo a seguir trabajando.

Hombre maduro: Hoy, soy parte del éxito. Yo lloraba en las otras [reuniones] allá abajo donde están ustedes. Los invito a que lloren con nosotros, a que saquen lo humano, porque la próxima vez van a ser ustedes.

Pareja joven: Ella: Pues ya nos hemos ganado siete carros y la casa, y pues gracias a mi viejo, ora sí lo siento de corazón. A [nombre de pila del dueño] gracias por llamarme cuando murió mi mamá y mandarle flores. Hemos trabajado duro, ora sí que a los hijos casi no los vemos, pero nos dicen “los queremos ver ganadores”. ¿Qué les puedo decir? ¡De aquí no me saca nadie! ¡Sigo siendo chingona!

Hombre de edad mediana: Ya llevamos tres autos, y tres viajes internacionales, y todo consumiendo el producto y recomendándolo con honestidad. Para nosotros es un gozo estar en esta empresa, participar de esta familia de amor y de amistad. (Dirigiéndose al dueño) Compartir este sueño contigo, es sensacional! (aplausos).¹³

Es un momento memorable. Y al igual que en las bodas de parroquias populares en las que la foto oficial se toma junto al altar, el premiado pide a su familia que suba al estrado junto al fundador de la empresa, mientras alguien desde abajo les toma apresuradas fotos.

A partir de esa certificación momentánea, el distribuidor o distribuidora empieza a reproducir la vía profética ejemplar con su propia línea. De esta manera, en algunos de los testimonios de agradecimiento por el premio recibido, se dijo:

Hombre maduro: Desde aquí les puedo decir a mi gente (su línea) que sí se puede. Sigue así mengana, esfuérzate más perengano... (los nombra a cada

uno por su nombre, unos diez) Échale ganas. Gracias a Dios por hacer que [nombre de pila del dueño] viniera a esta mundo. El es el gran amigo que todos esperamos.¹⁴

La propia trayectoria certificada a través de este sistema sacramental de bonos y premios es, a decir de una entrevistada muy avezada, “el capital del líder”:

Para mí [el viaje a la convención de Alemania] fue importantísimo, es “un capital” haber ido, porque además de lo interesante y estimulante de ir y que te traten a todo lujo, y que tengas tanto contacto con otras formas de vivir y de pensar, es importante también como líder de un grupo, que tu red vea que vas, eres como su guía de lo que hay que hacer y de lo que se puede lograr”.¹⁵

Entrevistada: Este año va a ser para mí el año del compromiso, en donde les voy a plantear a toda mi línea subir un nivel para arriba.

Yo: ¿cómo piensas hacerlo, pues no hay esquemas de autoridad ni puestos desde los que puedas exigir el trabajo o cierta tarea en cierto tiempo?

Entrevistada: No formalmente, pero sí hay cierta autoridad, y sobretodo hay compromisos mutuos. Como cuando Gloria, mi *upline*, quería un coche y pues necesitaba calificar y le faltaba [que] una [de sus distribuidoras obtuviera el nivel] plata, y pues yo accedí a [apoyarla] y Gloria consiguió su coche. A mí también me conviene eso porque así las de mi línea ven que las de arriba van obteniendo lo que quieren. Es parte del capital.¹⁶

Podría decir que el momento de éxito dura poco. Pero hay que aprovecharlo para formular, desde esta nueva certeza, nuevos objetivos. Inmediatamente se reabren convocatorias para los siguientes premios, se propone el viaje del año, y cada líder de red se apresura a conformar los planes de su línea. En el caso de la empresa de suplementos alimenticios, a cada distribuidor le aparecerá en su estado de cuenta la cifra que ganaría si tuviera ya el siguiente nivel de acuerdo al plan de compensación.

EL CONSUMO DEL PRODUCTO O LA COMUNIÓN DE LOS FIELES

Los distribuidores deben ser antes que nada, consumidores del producto que la empresa vende. Deben conocerlo, experimentar sus efectos para creer

en él. La empresa genera información impresa y audiovisual sobre el producto, suele revestirlo como un medio para la obtención de una mejor salud, bienestar o apariencia. Pero la enseñanza del uso y la construcción de sus cualidades específicas se deja a la dinámica oral de los propios distribuidores. A través de reuniones de demostración, llamadas “seminarios de bienestar” o “juntas de producto y oportunidad”, se deja espacio para la expresión de testimonios de usuarios, que van desde el mejoramiento del cabello, el alivio del stress, hasta la cura del cáncer, el alcoholismo o la drogadicción. Puede convertirse, sin responsabilidad legal alguna por parte de la empresa, en una auténtica pócima mágica al servicio de la ilusión del grupo. Pero hay además una cualidad notable: el consumo del producto “produce” la actitud adecuada para la consecución del éxito. En un seminario de entrenamiento una señora joven anuncia orgullosamente que ya está formando su red:

Señora joven: Tengo siete firmados (llora, ríe, aplausos).

El líder de la junta: (Pregunta empáticamente): Cuéntame ¿qué te emociona tanto?

Señora joven: Porque es un reto para mí. Saliendo de la reunión de la otra semana, había estacionado el carro cerca del banco donde trabajan unas amigas, lo deje ahí para que lo vieran, está pintado de [nombre de un producto], y lo dejé ahí para luego forzarme a ir con ellas. Estaba yo así como ahora, había llorado, regresé al carro, tomé una agua [nombre de marca], le puse [nombre del producto], y en eso me decidí. Fui con ellas y firmé dos. Luego otros cinco, y pues me faltan dos, y pensé, pues ivoy el miércoles [hoy] y de ahí salen otros dos! (aplausos).¹⁷

En una sesión de supervisión de línea, un líder le propone a una pareja incrementar sus ingresos a 10,000 pesos mensuales en noventa días. Les propone un conjunto de marcadores de actividad de venta y de consumo de producto que deberán usar para autoevaluarse cada semana. Deben tomar por lo menos tres productos cinco veces al día. Y señala.

Es clarísimo: si tú te tomas los cinco, ¿no vas a hacer un mejor trabajo? ¿No vas a hablar de eso con todo mundo? Tú vas a ver en tus marcadores facilito cómo, cuándo te tomas los cinco,

tienes otro rendimiento.

A su vez les propone que usen los marcadores con su propia línea:

Al revisar los marcadores de tus distribuidores, y ves que no se lo tomaron, no es que los regañes, es que simplemente hazles ver que en todo lo demás bajó. Mira, el [nombre del producto] te empuja a hablar. ¡No lo puedes creer que te diga que lo tomó y no habló!¹⁸

No es sólo una poción mágica. Consumirlo es la afirmación de una creencia. Tomar el producto es que se cree en él. Creer en él te hace parte de la comunidad del éxito. Lo afirmas y lo muestras cada vez que lo haces: a solas y sobretodo, en los eventos colectivos. El consumo de producto en el caso de las empresas de suplementos alimenticios, toma dimensiones compulsivas. Por ejemplo, 7 u 8 sobres en tres horas de seminario. El consumo varía de acuerdo al producto promocionado por la empresa, pero por ejemplo en otra empresa, que vende productos con electromagnetismo, las distribuidoras se aseguran de usar el producto antes y durante las reuniones de demostración, no sólo para que lo vean los prospectos, sino para adquirir el *relax* y la seguridad que van a necesitar para hablar en público.

Frente a esta necesidad de consumir el producto, propios y ajenos se preguntan si causa adicción. No me dedico a análisis bioquímicos. Sólo puedo decir que, sociológicamente hablando, causan tanta adicción como la comunión de los viernes primeros. Es, en todo caso, una adicción semiótica. Se trata de una certificación simbólica en el difícil camino al éxito.

COMUNIDADES DE ÉXITO, COMUNIDADES DE CONSUMO AMPLIADO

Nos dice Appadurai (1991) que en las sociedades en donde el régimen mercantil abarca todos los contextos sociales y todas las cosas, se genera un fetichismo del consumidor, más que de la mercancía. Se consume para llegar a ser como el que consume en las imágenes publicitarias.

Las imágenes de sociabilidad (pertenencia, atractivo sexual, poder, distinción, salud, fraternidad, camaradería) que subyacen a buena parte de la publicidad se centran en

la transformación del consumidor, al grado de que la mercancía específica en venta es casi una idea tardía. Esta inversión doble de la relación entre las personas y las cosas puede considerarse la jugada cultural fundamental del capitalismo avanzado.

La oferta de ser a través del consumo de bienes es pues la estrategia de cualquier empresa para vender su producto. No se puede analizar este fenómeno simplemente como un engaño con fines mercantiles. Se trata de la intrincada relación entre bienes y símbolos, entre economía, cultura y socialidad. Desde esta perspectiva, las empresas multinivel ofrecen un producto revestido de significados, o mejor aún, crean los espacios para que en una dinámica social se revistan de significados los bienes ofertados. Pero además ofrecen si no un empleo, sí una forma de vida cuyo sustento es la prosecución del éxito, el logro creciente que se traduce en una creciente capacidad de consumo, la ilusión de una total accesibilidad al mercado. Los signos del éxito en una sociedad de relaciones anónimas se han estandarizado, y son precisamente éstos los utilizados por las propias multinivel en sus sistemas de bonos y premios ¹⁹(Clarke, 1999) que llamo sacramentales en tanto están revestidos como escalones en el camino de la salvación del fracaso. Para ello es preciso romper con la actitud tradicionalista del “ganar para vivir” (Weber, 1987), y desatar una serie de limitaciones al consumo que la propia “comunidad de origen impone”²⁰ (Douglas, 1999). Nada mejor para ello que administrar la ubicua promesa del éxito en una organización de autoempleados.

Cristina Gutiérrez Zúñiga, es doctora en ciencias sociales, especialista en sociología de la religión. Actualmente es investigadora del Colegio de Jalisco.

Notas.

1. Biggart, Nicole Woolsey. (Biggart, 1987, p. 9) Biggart, Nicole Woosley (1990). Charismatic capitalism: direct selling organizations in America. University of Chicago Press, Chicago Illinois.

2. <http://etext.virginia.edu/~jkh8x/soc257/nrms/dsotour.html>

3. (Bromley, 1995, p. 136-137). Bromley, David G. (1995) “Quasi

religious corporations. A new integration of religion and capitalism?” en Richard H. Roberts (ed.) Religion and the transformations of capitalism. Comparative approaches. Routledge, London and New York. pp. 135-160.

4. Por congregación se entiende una comunidad voluntaria unida en torno a un profeta y su misión. Véase Weber, Max, 1996, p. 364 y ss.

5. Weber Max, 1964

6. “Los bienes de salvación de todas las religiones, primitivas y cultivadas, proféticas y no proféticas, fueron más bien sólidamente inmanentes: salud, longevidad, riqueza, eran las promesas de la religión china, védica, zoroástrica, del antiguo judaísmo y del islamismo...Sólo los virtuosos de la religión, el asceta, el monje, el sufí, el derviche, perseguían un bien de salvación “extramundano”, en comparación con los más consistentes bienes intramundanos. Y ni siquiera este bien de salvación extramundano era en modo alguno sólo trascendente. Ni siquiera allí donde se creía a sí mismo tal. Psicológicamente considerado, era más bien el hábito presente, inmanente, lo que tenía una importancia primaria para el que buscaba la salvación.” (Weber, 1987, p 245 Tomo I)

7. Entrevista con Mónica Gallardo (pseud.) por Cristina Gutiérrez Zúñiga, 16 de enero 2002.

8. Weber, 1987 “La ética protestante y el espíritu del capitalismo” Ensayos sobre sociología de la religión, tomo I, Madrid, Taurus. Pp. 25-202

9. “Un hombre ejemplar que señala a los demás con su propio ejemplo el camino de la salvación religiosa, como Buda, cuya predicación nada sabe de un encargo divino ni de deber moral de obediencia, sino que se dirige al propio interés de quien necesita salvación para que recorra el mismo camino que él (profecía ejemplar)” (Weber, 1996, pp. 361-2)

10. Fundador y dueño de la empresa, Reunión Anual en Guadalajara, 2 de febrero de 2002.

11. Manual del Comerciante Independiente, p. 1. énfasis propio.

12. Adopto la concepción weberiana

de el sacramento como medio de gracia contenido en este párrafo: “El ‘desencantamiento’ del mundo, la eliminación de la magia como medio de salvación no fue realizada en la piedad católica con la misma consecuencia que en la religiosidad puritana.

El católico tenía a su disposición la gracias sacramental de su Iglesia como medio de compensar su propia insuficiencia: el sacerdote era el mago que realizaba el prodigio del cambio de vida y que tenía en sus manos el poder de atar y desatar; se podía acudir a él con humildad y arrepentimiento, y él otorgaba expiación, esperanza de gracia y certeza del perdón, garantizando así el alivio de la terrible angustia, vivir en la cual era para el calvinista destino inexorable...” (Weber, 1987, op cit. p. 117 Tomo I) La administración de estos medios fue monopolizada por la institución religiosa: “El racionalismo de la hierocracia, surgido de su ocupación profesional con el culto y el mito, o, en grado todavía mayor, con el cuidado de las almas, es decir, con la confesión y el consejo a los pecadores, intentó en todas partes monopolizar para sí la administración del bien de salvación religiosa y regular su otorgamiento dándole la forma de “gracia sacramental” o “gracia institucional”, administrable ritualmente sólo por ella y, por tanto, fuera del alcance del individuo.” Economía y Sociedad. Fondo de Cultura Económica. México, (1996, p. 249)

13. Testimonios anónimos de la Reunión Anual, Guadalajara 2 y 3 de febrero.

14. Testimonios anónimos de la Reunión Anual, Guadalajara 2 y 3 de febrero

15. Entrevista a Ana Rodríguez (pseud.) 25 de julio 2001.

16. Entrevista a Ana Rodríguez (pseud.), por Cristina Gutiérrez, 10 de enero de 2002.

17. Testimonio anónimo en sesión de capacitación, 31 de octubre 2001.

18. Arnaldo Urrea (pseud.) en sesión de supervisión, 28 de noviembre 2001.

19. Clarke, Alison J. (1999) Tupperware, The Promise of Plastic in 1950's America. Washington & London, Smithsonian Institution Press.

20. Douglas, Mary (1998) Estilo de Pensar. Gedisa, Barcelona, 1998.

El conocimiento de la genética humana permite conocer el futuro sobre la forma física y el talento intelectual con el que nace cada persona; además ayuda a descubrir a qué tipo de enfermedades es propenso cada individuo y, por consiguiente, a tomar medidas que lo alejen del riesgo que puede aparecer en la "ruta" de vida. Sobre este tema se mantuvo una charla con el doctor José María Cantú, egresado de la UNAM y especialista en Genética Humana, fundador de la Red Latinoamericana de Genética Humana e integrante del Consejo de la Organización del Genoma Humano (HUGO, por sus siglas en inglés). Cantú ha coordinado recientemente la organización del congreso mundial de la HUGO en Cancún (Abril 27-30, 2003), primera vez en un país Latinoamericano, en el que se celebraron los 50 años del descubrimiento de la estructura del ADN y el final de la secuenciación del Genoma Humano, "el final del principio" como dijese Francis Collins, Director del Proyecto del Genoma Humano. Cantú habla acerca de la importancia de la investigación en genética y los alcances de esta ciencia, principalmente en México a pesar del escaso presupuesto que se destina para su desarrollo.

-La organización (HUGO) señala que a más tardar en cinco años un recién nacido podrá tender su mapa genético. ¿Qué opinión nos da al respecto?

-En realidad lo que se ha planteado es el hecho de que en cinco años más será factible obtener la secuencia del genoma de un individuo con un costo aproximado de 10,000 Pesos. De algún modo los genes indicarán la ruta de vida más fácil y placentera a cada individuo, profesionalmente hablando. Aunque ya existen investigaciones genéticas específicas es importante subrayar que dentro de cinco años, antes de que un bebé abandone el hospital donde nació, podrá tener su mapa de vida, es decir, los padres podrán conocer su genoma, los genes en sí, tanto los normales como aquellos que pueden representar una carga patológica. Con el conocimiento de ello, se podrán prevenir y de algún modo evitar problemas para el niño en su futuro ya que se conocerán las enfermedades a las que es candidato en su edad adulta. Por otra parte, se podrá descubrir de alguna manera, la predisposición a desarrollar ciertos talentos.

La Genética Predecirá Talentos y Enfermedades

Entrevista al Dr. José María Cantú

Por: Ricardo Muñoz Munguía

No obstante, es indispensable dejar claro que el tener conocimiento también puede crear desventajas, sobre todo si tal conocimiento es divulgado y utilizado para estigmatización y discriminación. De ahí que la confidencialidad y el carácter privado de la información genética debe ser privilegio exclusivo del individuo o de sus padres o tutores.

-Además de esta exposición, ¿se podría pensar en ubicar al recién nacido en un futuro su perfil profesional o en algún oficio?

-Hay varios estudios que indican ciertas potencialidades, de disposición a las artes, por ejemplo. Pero también existen otras que implican riesgos de sufrir deterioro si se practica algún oficio. Por ejemplo, el "síndrome de demencia pugilística", es decir el deterioro neurológico similar a la Enfermedad de Alzheimer que se observa en algunos boxeadores, está relacionado con la doble fórmula de una variante, la E4, del gene de la Apolipoproteína E (APOE). Así, aquellos individuos que tengan dicha fórmula E4/E4 y que se dediquen a cualquier actividad que implique traumatismo cerebral crónico (boxeo, fútbol, karate, etc.), tiene un riesgo mayor de sufrir deterioro mental que quienes no la tienen. Ello es un ejemplo claro de que la dedicación a determinados oficios estará condicionada por los genes.

Por otra parte, sería importante conocer los genes que dan ciertas habilidades, por ejemplo para la música, que permita a una familia ser promotora de tales o cuales talentos.

-Estas posibles investigaciones, además de ayudarnos a conocer el físico y el posible talento futuros, ¿también descubre las debilidades?

-Han sido justamente las deficiencias físicas y mentales, retos de la Medicina de siempre, las impulsoras del estudio de los genes. Tradicionalmente, ocupaban la atención de los Genetistas los problemas congénitos.

Actualmente, con el desarrollo de la Biología Molecular y su aplicación a la investigación biomédica, es impresionante el número de enfermedades del adulto a las que se les está encontrando un componente genético. Por ejemplo, la enfermedad de Alzheimer tiene ya 8 formas hereditarias diferentes, es decir, que hay por lo menos 8 genes diferentes cuyas variaciones pueden producir la enfermedad. De modo que es posible saber mucho antes de que haya manifestaciones clínicas -incluso desde antes de nacer- si alguien trae un gene predisponente. Descubrir estos genes permite, por lo pronto tomar algunas medidas preventivas; no obstante, las cuestiones éticas que plantean los diagnósticos presintomáticos requieren mucha reflexión e investigación de los aspectos psico-sociales. Así pues, las enfermedades idiopáticas (de causa desconocida), están dejando de serlo ya que ahora sabemos de múltiples causas genéticas de la diabetes, la hipertensión, varias cardiopatías, el cáncer, etc.. Tales conocimientos permiten no solo hacer medicina predictiva sino también preventiva, ya que, por ejemplo, en la diabetes pueden indicarse hábitos dietéticos y de vida cotidiana que mejoren las perspectivas de salud.

-¿Los genes pueden modificarse, es decir se puede moldear, de algún modo, a un individuo?

- Sí. Es posible modificar los genes de las células germinales, óvulos y espermatozoides, así como de embriones tempranos. Esto se ha hecho en diferentes animales de experimentación, incluyendo monos transgénicos a los que se les ha agregado un gene humano, pero en el humano esta definitivamente prohibido. En lo que sí se está trabajando arduamente es en la modificación de las células somáticas (del cuerpo), para curar el cáncer por ejemplo. A este respecto, recuerdo una pregunta que me hicieron sobre si se podrían eliminar los genes del dolor. No conocemos todos los genes que participan en el fenómeno del dolor, sin embargo, hay una rara

forma de analgesia hereditaria que hace insensibles al dolor a quienes tiene el gene que la determina, estas personas sufren frecuentemente quemaduras y traumatismos severos, que a la larga les producen deformaciones y otros defectos estéticos.

-¿En la clonación, los individuos nacerán con las mismas capacidades físicas e intelectuales?

-No. Hay más de seis mil millones de genomas en el mundo. Cada genoma es único e imposible de reproducir ni siquiera por clonación. Los gemelos idénticos son propiamente clones naturales que, si bien presentan gran similitud en su apariencia física, tienen diferencias a nivel genómico.

-¿Qué se puede hacer con un bebé que tiene retardo mental?

-Hay muchos problemas genéticos que causan retardo mental. Estos son los grandes retos que continúan vigentes, pues no obstante que se descubren los genes y las mutaciones que los causan, los tratamientos no llegan aún. Tenemos todavía que recurrir a la ayuda terapéutica que ofrecen la rehabilitación y demás técnicas afines. no se puede hacer nada, desgraciadamente. En los casos de deterioro mental durante la vida adulta, hay que ser sumamente cuidadosos en proporcionar información, pues se conocen varios casos de suicidio en personas sanas, presintomáticas, que fueron informadas acerca de futuros padecimientos.

-¿En qué medida México, a través de sus instituciones, colabora al avance de este desarrollo científico?

Los investigadores Mexicanos del área de la genética humana colaboran de algún modo al desarrollo de este conocimiento. La contribución es bastante modesta comparada con la de los grupos de países desarrollados, debido a un reducido número de investigadores así como a los escasos fondos para apoyo de la investigación en México, esto condimentado con ciertos terrores burocráticos. En países como Estados Unidos de Norteamérica, Alemania, Francia o Japón, los apoyos gubernamentales son muy nutridos dándole a la investigación científica, el verdadero valor que en nuestro país no se ve. Aun así seguimos contribuyendo al estudio

del genoma humano. Los nuevos conocimientos llegan de inmediato, la transferencia de la tecnología igualmente y las aplicaciones se llevan a cabo en la medida de lo posible.

Uno de los retos más grandes que enfrenta la medicina mexicana es la de integrar todos estos conocimientos y técnicas para el diagnóstico y tratamientos al uso cotidiano en clínicas y hospitales. De ahí que se requiere un gran esfuerzo en cada una de las áreas de especialidad médica para lograrlo. Por ejemplo, la cardiología es una de las áreas que se ha visto con más influencia o con mayor avance en el conocimiento en genes que predisponen a problemas cardiovasculares. La hipertensión arterial esencial tiene más de cien diferentes genes cuyas mutaciones se han visto asociadas a este problema. Por ello es un tanto incongruente que el Instituto Nacional de Cardiología - institución que tanto prestigio ha dado

a la Medicina Mexicana- no tenga un departamento de genética.

Por otra parte, los costos de todos estos beneficios se han incrementado por lo que la medicina cada día se ha vuelto cada vez más cara, de todas maneras debemos intentar que todos estos beneficios lleguen a toda la población de la mejor manera.

La UNAM está haciendo un papel muy importante, en el Instituto de Fisiología Celular funciona ya el primer laboratorio de microarreglos de ADN -técnica que requiere alta tecnología robótica y bioinformática- que hace posible estudiar en una laminilla hasta 50 mil genes; este laboratorio es el primero que funciona en América Latina. Por otra parte hay una comunidad de investigadores que ya utilizan la tecnología del genoma humano que es aplicable también al estudio de parásitos y microbios nocivos para la salud.

México es un país pobre, muchos

millones de Mexicanos no tienen seguro médico. Ni siquiera un "paquete cures" aliviador. La medicina, actividad tradicionalmente humanista -altruista en todos sentidos, es vista ahora como negocio, de modo que sus productos diagnósticos y terapéuticos resultan cada vez más costosos e inaccesibles para las mayorías. De ahí que se esté produciendo una especie de **paupericidio** (del Lat. *Pauper*: pobre, y *caedere*: matar), que si bien es silencioso no se puede considerar inconsciente. Se trata de los pobres del mundo. Donde quiera se encuentren, en países ricos o pobres. De ahí el dilema que surge en cuanto al tipo de Sistema de Salud que más conviene para poder hacer accesibles los beneficios de la nueva Medicina a todos los seres humanos. Es obvio que los sistemas que tienden hacia una medicina privatizada son excluyentes. Los sistemas de protección universal, como el de Canadá y en general de

los países de Europa, son los que a la larga ofrecen la posibilidad de un buen ejercicio de los derechos humanos, de la equidad y la solidaridad. ■

Dr. José María Cantú, destacado investigador genetista mexicano, único miembro latinoamericano del Consejo de la Organización del Genoma Humano (HUGO por sus siglas en inglés).

Reproducido con autorización de la revista Siempre!

Porque la medicina empeoraba la enfermedad. Si las drogas siguen siendo un problema de salud pública, la guerra contra las drogas había agregado a ese problema, otro más grave de seguridad pública.

2. Porque al Estado no le incumbía regular la vida privada de sus miembros, ni sus decisiones personales. El hombre tenía el derecho a elegir los medios para procurarse felicidad. (Así esos medios no fueran del agrado de otros o fueran perjudiciales para su salud.)

3. Porque financió al crimen organizado mundial. La Política de la Prohibición generaba a los cárteles aproximadamente 80 mil millones de dólares de ganancias anuales.

4. Porque convirtió artificialmente a personas comunes en delincuentes y puso a una parte de la sociedad a perseguir criminalmente a la otra.

5. Porque cuanto más éxito teníamos en la implementación de la Política de Prohibición (de las drogas) más poderosos hacíamos a nuestros adversarios los narcotraficantes.

6. Porque la Política de la Prohibición generaba utilidades hasta del 6700% en el negocio de la droga (un gramo de cocaína alcanzaba en 1998 un precio de 200 dólares, cuando su costo de producción era de 3 dólares).

¿Por qué legalizamos las drogas?

37 razones de nuestra derrota en la Guerra contra las Drogas

Juan Manuel Mercado

Con el mismo desenfado de un profeta del pasado, Juan Manuel Mercado se nos presenta aquí en sentido contrario, como un agudo historiador del futuro. Nos propina algunas explicaciones irrefutables de nuestro fracaso en la Política de la Prohibición de las Drogas.

7. Porque países e instituciones financieras internacionales se mantenían del manejo de dinero sucio que generaban las ganancias del narcotráfico. (Las exportaciones de droga de países como Bolivia igualaban sus ingresos nacionales totales por exportaciones lícitas. Los ingresos conjuntos por turismo, exportaciones y servicios médicos de la ciudad de Miami, no igualaban a los del tráfico de droga.)

8. Porque el Estado no pudo nunca siquiera erradicar el tráfico de drogas en las prisiones, que están bajo su más minucioso control. ¿Acaso era sensato esperar que lo hiciera afuera?

9. Porque para vencer a los cocodrilos no era una buena táctica la lucha cuerpo a cuerpo, cuando bastaba secar su pantano. (Para derrotar al narcotráfico no hacía falta enfrentarse a las organizaciones criminales, si

se les podía vencer erradicando el mercado negro que las alimentaba y financiaba.)

10. Porque convertida en actividad lícita, la producción, distribución y consumo de droga, fue más factible al Estado establecer controles sanitarios, conocer canales de distribución, implementar mecanismos de inspección a expendedores y supervisión de la calidad de la droga.

11. Porque la mayor parte de muertes relacionadas con el consumo de drogas, se debían a su adulteración o a los dañinos efectos de las más baratas drogas químicas.

12. Porque la normalización del mercado de la droga ha permitido a los laboratorios farmacéuticos investigar y producir drogas inocuas y menos dañinas o adictivas, así como procurar más efectivos remedios para la rehabilitación de adictos.

13. Porque la legalización del comercio de drogas permitió que su venta a menores de edad dejara de estar en manos de las personas sin escrúpulos en que se encontraba. (Los criminales y traficantes de poca monta que estaban dispuestos a entregar droga a niños y jóvenes -a quienes en no pocas ocasiones inducían a la adicción- fueron sustituidos por empleados de farmacia.)

14. Porque los consumidores de drogas no tienen que entrar en contacto con el *bajo mundo* para provisionarse.

15. Porque los crímenes asociados a la Política de la Prohibición de las drogas constituían una proporción muy alta del total de los que se cometían en los países occidentales. (Solamente en los Estados Unidos se calculaba que en el 2001, 750 mil arrestos estuvieron relacionados con las drogas, y que el 40% de los delitos que se cometieron en ese país y el 60% de la población de sus cárceles purgaba condenas relacionadas con las drogas.)

16. Porque el abandono de la Política de la Prohibición de la producción, tráfico y consumo de drogas acabó de tajo con aproximadamente la mitad de los crímenes que se cometían en nuestras sociedades.

17. Porque los recursos económicos que el Estado distraía en la

implementación de su Política de Prohibición (aproximadamente diez mil millones de dólares anuales sólo en los Estados Unidos, en 2002), se han podido utilizar en una campaña de disuasión del consumo de drogas y en programas de tratamiento de adicciones.

18. Porque resulta 23 veces menos costosa y más efectiva la estrategia de salubridad e información sobre el consumo de drogas que la estrategia armada de la lucha contra el narcotráfico. (Es más barato disuadir o habilitar al consumidor que al proveedor).

19. Porque la guerra contra las drogas era incosteable. (En una operación conjunta contra el narcotráfico de la Guarda Costera y la Marina en Estados Unidos, durante 1987, que involucró en total 2512 días de navegación a un costo total de 40 millones de dólares, el resultado apenas llegó a 20 embarcaciones detenidas. Otro programa implementado ese mismo año por la Fuerza Aérea y sus sofisticados aviones y equipos de rastreo, logró detener ocho avionetas en quince meses.)

20. Porque sólo en los Estados Unidos, al 2001 se habían gastado aproximadamente 500 mil millones de dólares en la lucha contra las drogas, sin que eso hubiera incidido en alguna disminución en sus niveles de consumo interno.

21. Porque era y fue materialmente imposible vigilar las fronteras, cuando la totalidad de cocaína que se introducía a los Estados Unidos en un año, habría cabido en un sólo avión cargo C-5A.

22. Porque era y fue materialmente inviable la estrategia de destrucción de plantaciones, cuando se requería apenas una superficie de mil cien kilómetros cuadrados, de los más de cuarenta millones cultivables en Sudamérica, para satisfacer la demanda de cocaína de los Estados Unidos.

23. Porque la legalización no supuso que el Estado o la sociedad se convirtieran en promotores de su consumo, antes bien, mayores recursos humanos y financieros se destinaron después a desalentar su consumo, a tratar las adicciones y a investigar los efectos de las drogas.

24. Porque era contradictorio que

se condenara el consumo de algunas drogas, pero se tolerara y hasta promoviera el consumo de otras. Mientras era socialmente aceptada nuestra *afición* o hasta compulsión por el café, el tabaco, la comida, el alcohol, el sexo, el trabajo, la riqueza, el juego, el éxito, la religión, el poder, los medicamentos antidepresivos, ansiolíticos... el consumo de marihuana era visto como la antesala de la pérdida moral.

25. Porque las culpables de nuestra propensión adictiva no eran las drogas, ni los narcotraficantes, ni los consumidores, sino las pautas secretas que generan y toleran nuestras sociedades.

26. Porque condenábamos a los narcotraficantes por sacrificar su integridad, sus familias, su dignidad en búsqueda de riqueza y placer, sin advertir que estos son los valores que nuestra sociedad promueve (Walter Wink *dixit*).

27. Porque la nicotina o el alcohol, drogas aceptadas, eran más dañinas que las drogas prohibidas. A saber. El alcohol estaba (y sigue estando en los Estados Unidos) asociado al 40% de los intentos de suicidio, al 40% de las muertes por accidentes de tráfico, al 54% de los crímenes violentos, al 10% de los accidentes de trabajo. La nicotina, por su parte, hizo que el cáncer de pulmón haya pasado de ser una curiosidad médica a una enfermedad que mata anualmente en todo el mundo a tres millones de personas.

28. Porque el propio Instituto Nacional contra el Abuso de las Drogas de Estados Unidos reconocía en el 2002 que “el tabaco mataba a más de 430 mil norteamericanos cada año, más que el alcohol, la cocaína, la heroína, los crímenes, los suicidios, los accidentes de tráfico, los incendios, y el SIDA juntos”.

29. Porque la nicotina actúa neurológicamente en forma idéntica, y es más adictiva incluso que la cocaína.

30. Porque la Política de la Prohibición es intrínsecamente errónea, como lo había ya demostrado la *Prohibición del Alcohol* en los Estados Unidos apenas en 1914, que creó los mismos problemas y funestos efectos sociales que la Prohibición de las Drogas, y que finalmente fueron conjurados

de la misma manera (eliminando la prohibición).

31. Porque el mismo 1% de la población que era adicta a las drogas, lo había sido antes, y lo es ahora después de su legalización. No había razones para temer que con la legalización la humanidad iba a cambiar sustancialmente. (Quienes la consumían lo siguieron haciendo, quienes no lo hacían no lo hacen. Además, La Política de la Prohibición era de implementación reciente –mediados del siglo XX, y de endurecimiento aún más reciente –finales del siglo XX. ¿Acaso antes de la Prohibición la humanidad entera se había arrojado a los brazos de las drogas?).

32. Porque alrededor de 95% de la población adulta tomaba ya algún tipo de droga lícita o ilícita, antes de la eliminación de la prohibición de las drogas.

33. Porque la Política de la Prohibición genera el funesto efecto colateral llamado “del incremento de la potencia”. Debido al riesgo inherente en la comercialización del producto prohibido, el traficante encuentra más redituable transportar y distribuir productos más concentrados y fuertes, orientando de este modo los hábitos de consumo de sus clientes.

34. Porque el 76% de los consumidores de drogas optan por la más inocua de las drogas, la marihuana.

35. Porque la falta de acceso a jeringas dio como resultado que una tercera parte de los enfermos de SIDA en los Estados Unidos, haya adquirido el virus como consecuencia de compartirlas infectadas.

36. Porque Giorgio Samorini y demás etólogos descubrieron que virtualmente todos los animales se drogan (en el 2000 había 380 casos documentados). Las hormigas ganaderas se embriagan con las gotas que exuda el vientre de cierta especie de coleóptero que mantienen cautiva. El sapo merodea cerca de la seta amanita muscaria en espera de las moscas caídas a su alrededor que lamieron el ácido iboténico que supura la seta, ingiriendo indirectamente sus alcaloides activos. El reno busca frenéticamente amanita muscaria también. Elefantes se emborrachan consumiendo frutos de la palma que se

fermenta en su digestión. Los gorilas y mandriles con la iboca. El gato se embriaga y excita sexualmente con la planta silvestre nébeda. Las cabras, los ratones...

37. Porque fue gracioso (e inútil) que en la Revista *American Family Physician*, el médico John R. Hubbard, de la Escuela de Medicina de la Universidad de Vanderbilt, nos informara que la marihuana podría producir “anormalidades reproductivas, reducción del tamaño de los testículos, impotencia, disminución de los niveles de testosterona, infertilidad y, entre tantos otros males, desórdenes menstruales”. Como lo fue también aquella advertencia no menos verdadera de que la nicotina era un factor de interrupción del crecimiento del cerebro. ■

Mazamitla, Agosto 2027.

Juan Manuel Mercado es introvertido.

